Edgar Wallace

EL ÁNGEL DEL TERROR

Sobre esta edición

Obra original: *The Angel of Terror* – Edgar Wallace, 1922.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante IA.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

Capítulo 1

El silencio de la sala, que se había interrumpido cuando el presidente del jurado entregó su veredicto, se hizo aún más profundo. El juez, dirigiendo una rápida mirada por encima de sus lentes al alto prisionero, ordenó sus documentos con esa precisión y método que los hombres mayores muestran en momentos de tensión como este. Juntó los papeles blancos, azules y beige, y los apiló cuidadosamente en una pequeña repisa a la izquierda de su escritorio. Luego, tomó su pluma y escribió unas cuantas palabras en un formulario impreso que tenía frente a él.

Hubo otra pausa expectante. El juez tanteó debajo del escritorio, sacó un pequeño cuadrado de seda negra y lo colocó con cuidado sobre su peluca blanca. Entonces habló:

—James Meredith, tras un largo y minucioso juicio, ha sido usted declarado culpable del terrible crimen de asesinato premeditado. Estoy en total acuerdo con el veredicto del jurado. Después de escuchar el testimonio de la desafortunada dama con la que usted estaba comprometido —y cuyo testimonio intentó refutar de la manera más brutal—, quedan pocas dudas de que, cegado por los celos, usted le disparó a Ferdinand Bulford. La declaración de la señorita Briggerland respecto a que usted había amenazado a este pobre joven, y que la dejó a ella en un estado de furia, es inquebrantable. Por una terrible coincidencia, el señor Bulford estaba en la calle, frente a la puerta de su prometida cuando usted salió de allí, y enloquecido por sus celos enfermizos, usted lo mató a tiros.

»Sugerir, como lo ha hecho a través de su abogado, que aquella noche visitó a la señorita Briggerland para romper su compromiso y que la charla fue tranquila y sin reproches, es insinuar que esta dama ha cometido perjurio deliberadamente para condenarlo a muerte. Y cuando a esa vergonzosa acusación usted le suma un motivo —es decir, que con su muerte o encarcelamiento la señorita Briggerland, que es su prima, se beneficiaría económicamente de manera considerable—, solo consigue aumentar su propia infamia. Nadie que haya visto a esa joven en el estrado, una figura tan conmovedora y, si se

me permite decirlo, tan hermosa, podría aceptar ni por un segundo su fantástica explicación.

»¿Quién mató a Ferdinand Bulford? Un hombre que no tenía ni un solo enemigo en el mundo. Esa tragedia no tiene justificación. Ahora solo me queda dictar la sentencia que impone la ley. La petición de clemencia del jurado será enviada a las autoridades correspondientes…

A continuación, procedió a dictar la sentencia de muerte. El hombre alto en el banquillo de los acusados escuchó sin que se le moviera un solo músculo del rostro.

Así terminó el gran juicio por el asesinato de la calle Berkeley. Cuando, unos días después, se anunció que la pena de muerte había sido conmutada por cadena perpetua, hubo periódicos y personas que insinuaron que se trataba de un acto de indulgencia equivocado. Sugirieron que James Meredith habría sido ahorcado si hubiera sido un hombre pobre en lugar de ser, como lo era, el dueño de una inmensa fortuna.

—Y se acabó —dijo Jack Glover entre dientes mientras salía del tribunal junto al eminente abogado de la Corona que había defendido a su amigo y cliente—. La damisela gana.

Su acompañante lo miró de reojo y sonrió.
—Sinceramente, Glover, ¿crees que esa pobre chica sería capaz de hacer algo tan ruin como mentir sobre el hombre al que ama?
—¡Al que ama! —repitió Jack Glover con desprecio.
—Creo que tienes prejuicios —dijo el abogado, sacudiendo la cabeza —. Personalmente, creo que Meredith es un lunático; estoy convencido de que todo lo que nos contó sobre la conversación que tuvo con la chica es fruto de una imaginación enferma. Me quedé sumamente impresionado cuando vi a Jean Briggerland en el estrado. Ella… ¡por Dios, ahí está la dama en cuestión!

Habían llegado a la entrada del tribunal. Un auto grande estaba estacionado junto a la acera y uno de los asistentes le sostenía la puerta abierta a una joven vestida de negro. Alcanzaron a ver un rostro pálido y triste, de una belleza extraordinaria, y luego desapareció tras las

cortinas cerradas del vehículo.

El abogado dejó escapar un largo suspiro.
—¡Loco! —dijo con voz ronca—. ¡Debe estar loco! Si alguna vez he visto un alma pura en el rostro de una mujer, es en el suyo.
—Le ha pegado mucho el sol, Sir John. Se está poniendo sentimental —le soltó Jack Glover sin tacto, y el eminente abogado casi se ahoga de la indignación.

Jack Glover tenía la costumbre de decirle cosas groseras a sus amigos, incluso cuando le llevaban veinte años de ventaja y, por todas las reglas de la etiqueta profesional, merecían un trato respetuoso.
—¡De verdad! —dijo Sir John, ofendido—. ¡Hay momentos, Glover, en los que eres insoportable!

Pero para entonces, Jack Glover ya se alejaba caminando a paso firme por el Old Bailey, con las manos en los bolsillos y su sombrero de copa echado hacia atrás.
Encontró al canoso socio principal del bufete Rennett, Glover y Simpson (aunque hacía diez años que no había ningún Simpson en la firma) a punto de irse a casa.

El señor Rennett se volvió a sentar al ver a su socio menor.
—Me enteré de las noticias por teléfono —dijo—. Ellbery dice que no hay motivos para apelar, pero creo que la petición de clemencia le salvará la vida. Además, es un crimen pasional, y no cuelgan a nadie por celos homicidas. Supongo que fue el testimonio de la chica lo que inclinó la balanza, ¿no?

Jack asintió.
—Y parecía un ángel recién salido del refrigerador —dijo con desesperación—. Ellbery hizo lo que pudo para desestabilizarla, pero el viejo tonto está medio enamorado de ella. Lo dejé desvariando sobre su alma pura y demás atributos celestiales.

El señor Rennett se acarició su barba gris acero.
—Ella ha ganado —sentenció, pero el otro se volvió hacia él con un gruñido.
—¡Todavía no! —respondió casi con dureza—. Ella no ha ganado hasta que Jimmy Meredith esté muerto o…

—¿O…? —repitió su socio de manera significativa—. Ese "o" no va a pasar, Jack. Le darán cadena perpetua, dalo por hecho. Yo llegaría muy lejos para ayudar a Jimmy; arriesgaría mi carrera y mi reputación.

Jack Glover miró a su socio con asombro.
—¡Viejo zorro! —dijo con admiración—. No sabía que le tenías tanto aprecio a Jimmy.

El señor Rennett se levantó y empezó a ponerse los guantes. Parecía un poco incómodo por la reacción que había provocado.
—Su padre fue mi primer cliente —dijo a modo de disculpa—. Uno de los mejores hombres que han existido. Se casó ya mayor, por eso era tan excéntrico con el tema del matrimonio. Se podría decir que el viejo Meredith fundó nuestro bufete. Tu padre, Simpson y yo estábamos casi en la ruina cuando Meredith nos dio sus negocios. Ese fue nuestro punto de inflexión. Tu padre, en paz descanse, nunca se cansaba de hablar de ello. Me sorprende que nunca te lo haya contado.
—Creo que sí lo hizo —dijo Jack, pensativo—. Y de verdad llegarías muy lejos… Rennett… quiero decir, ¿para ayudar a Jim Meredith?
—Hasta el final —respondió el viejo Rennett con sequedad.

Jack Glover empezó a silbar una larga y lúgubre melodía.
—Veré al muchacho mañana —comentó—. Por cierto, Rennett, ¿viste que el otro día sacaron a un tipo de la cárcel y lo llevaron a una clínica privada para una operación menor? Hasta hicieron una pregunta al respecto en el Parlamento. ¿Es habitual?
—Se puede arreglar —dijo Rennett—. ¿Por qué?
—¿Crees que en unos meses podríamos conseguir que lleven a Jim Meredith a una clínica para… digamos, una operación de apéndice?
—¿Tiene apendicitis? —preguntó el otro sorprendido.
—Puede fingirlo —respondió Jack con calma—. Es la cosa más fácil del mundo de fingir.

Rennett lo miró por debajo de sus pobladas cejas.
—¿Estás pensando en el "o"? —lo desafió, y Jack asintió.
—Se puede hacer… si sigue vivo —dijo Rennett tras una pausa.
—Estará vivo —profetizó su socio—. Ahora el único detalle es… ¿dónde voy a encontrar a la chica?

Capítulo 2

Lydia Beale juntó los trozos de papel que ensuciaban su mesa, los hizo bola y los arrojó al fuego.

Llamaron a la puerta y se volvió a medias en su silla para recibir con una sonrisa a su robusta casera, quien entró llevando una bandeja con una gran taza de té y dos gruesas y apetitosas rebanadas de pan con mermelada.
—¿Terminó por hoy, señorita Beale? —preguntó la casera con ansiedad.
—Por hoy sí —dijo la chica asintiendo, y se levantó estirándose perezosamente.

Era esbelta, una cabeza más alta que la rechoncha señora Morgan. Los oscuros ojos violeta y el rostro delicado y espiritual los debía a sus antepasados celtas; la gracia de sus movimientos, al igual que las manos perfectas que descansaban sobre el tablero de dibujo, hablaban elocuentemente de su buena cuna.
—Me gustaría verlo, señorita, si me permite —dijo la señora Morgan, frotándose las manos en el delantal con anticipación.

Lydia abrió un cajón de la mesa y sacó una hoja grande de cartulina Windsor. Había terminado su boceto a lápiz y la señora Morgan soltó una exclamación de asombro. Era el dibujo de un hombre enmascarado manteniendo a raya a una turba de villanos a punta de pistola.
—Es maravilloso, señorita —dijo maravillada—. Supongo que ese tipo de cosas también suceden en la vida real.

La joven se rió mientras guardaba el dibujo.
—Pasan en las historias que ilustro, señora Morgan —dijo con sequedad—. Los verdaderos bandidos de la vida real vienen en forma de pasantes de abogados con órdenes judiciales y citaciones. De todos modos, es un alivio para esas ridículas ilustraciones de moda que hago. ¡Señora Morgan, no se imagina cómo me enferma ver la vitrina de una modista!

La señora Morgan asintió compasiva, y Lydia cambió de tema.
—¿Vino alguien esta tarde? —preguntó.
—Solo el joven de Spadd & Newton —respondió la robusta mujer con un suspiro—. Le dije que no estaba, pero soy muy mala mintiendo.

La chica dejó escapar un quejido.
—Me pregunto si algún día terminaré de pagar esas deudas —dijo desesperada—. Tengo suficientes requerimientos judiciales en el cajón como para empapelar la casa, señora Morgan.

Tres años atrás, el padre de Lydia Beale había muerto y ella había perdido al mejor amigo y compañero que cualquier chica pudiera tener. Sabía que él tenía deudas, pero no imaginaba lo endeudado que estaba. Un acreedor la había visitado el día después del funeral y había hecho alguna referencia grosera a lo conveniente de una muerte que cancelaba automáticamente las obligaciones de George Beale. Solo faltaba eso para empujar a la joven a una acción tan insensata como generosa: había escrito a todas las personas a las que su padre debía dinero, asumiendo la responsabilidad total de unas deudas que sumaban cientos de libras.
Fue su sangre celta lo que la impulsó a echarse al hombro una carga para la que no estaba preparada, pero nunca se había arrepentido de su acto impulsivo.

Hubo algunos acreedores que, al comprender lo sucedido, no la molestaron, y hubo otros que…
Ganaba un sueldo bastante decente en la plantilla del Daily Megaphone, que tenía una sección destacada de moda, pero habría tenido que cobrar el salario de un ministro para hacer frente a todas las exigencias que le llovieron al mes de haber asumido las deudas de su padre.
—¿Va a salir esta noche, señorita? —preguntó la mujer.

Lydia se sacudió de sus desagradables pensamientos.
—Sí. Voy a hacer unos dibujos de los vestidos en la nueva obra de Curfew. Llegaré a casa cerca de la medianoche.

La señora Morgan ya iba por la mitad de la habitación cuando se dio la vuelta.
—Algún día saldrá de todos sus problemas, señorita, ¡ya lo verá!

Apuesto a que se casará con un joven rico y refinado.

Lydia, sentada en el borde de la mesa, se echó a reír.
—Perdería su dinero, señora Morgan —dijo—. Los jóvenes ricos solo se casan con las chicas pobres y trabajadoras en los cuentos que yo ilustro. Si me caso, probablemente será con un joven muy pobre que se convertirá en un inválido crónico y necesitará cuidados. Lo odiaré tanto que no podré ser feliz con él, y me dará tanta lástima que no podré abandonarlo.

La señora Morgan bufó su desacuerdo.
—Hay cosas que suceden… —empezó.
—No a mí… al menos no los milagros —dijo Lydia, todavía sonriendo—. Además, no sé si quiero casarme. Primero tengo que pagar todas estas cuentas, y para cuando termine de pagarlas, ya seré una anciana canosa con un gorro de dormir.

Lydia había terminado su té y estaba de pie, con escasa ropa en medio de su dormitorio, preparándose para su compromiso en el teatro, cuando la señora Morgan regresó.
—Se me olvidó decirle, señorita —dijo—, vinieron un caballero y una dama.
—¿Un caballero y una dama? ¿Quiénes eran?
—No lo sé, señorita Beale. Yo estaba recostada en ese momento y la muchacha atendió la puerta. Le di órdenes estrictas de decir que usted no estaba.
—¿Dejaron algún nombre?
—No, señorita. Solo preguntaron si la señorita Beale vivía aquí y si podían verla.
—¡Mmm! —dijo Lydia frunciendo el ceño—. ¡Me pregunto qué les debemos!

Apartó el asunto de su mente y no volvió a pensar en ello hasta que se detuvo de camino al teatro para averiguar desde la oficina, por teléfono, la cantidad de dibujos que necesitaban.
El subdirector le contestó.
—Y, por cierto —añadió—, hoy preguntaron por ti en la oficina. Encontré una nota en mi escritorio cuando llegué esta noche. Unos viejos amigos tuyos que quieren verte. Brand les dijo que esta noche irías a cubrir una función en el Teatro Erving, así que probablemente te

los cruces.
—¿Quiénes son? —preguntó ella, confundida.
Tenía pocos amigos, ya fueran viejos o nuevos.
—No tengo la más remota idea —fue la respuesta.

En el teatro no vio a nadie que conociera, aunque miró a su alrededor con interés, y tampoco se le acercó nadie en los intermedios.
En la fila delante de ella, un poco a su derecha, había dos personas que la habían mirado con curiosidad al entrar. El hombre tendría unos cincuenta años, era muy moreno y calvo: la piel de su cabeza tenía casi el color del cobre, aunque era evidentemente europeo, pues los ojos que la observaban con benevolencia a través de unos gruesos lentes eran azules. Sin embargo, era un azul tan claro que, en contraste con la piel color caoba de su rostro bien afeitado, parecían casi blancos.

La joven que lo acompañaba era rubia y, para el ojo artístico de Lydia, singularmente hermosa. Su cabello era una mata de oro fino. El color era natural, Lydia era demasiado experta como para equivocarse en eso. Sus rasgos eran regulares e impecables. La joven artista pensó que nunca en su vida había visto una boca de "cupido" tan perfecta. Había algo tan fresco y dulcemente inocente en la joven, que el corazón de Lydia se sintió atraído hacia ella, apenas pudiendo mantener la vista en el escenario. La desconocida parecía tener casi el mismo interés en ella, pues Lydia la sorprendió escudriñándola hacia atrás en dos ocasiones. Se quedó pensando quién sería. La joven estaba vestida con elegancia, y alrededor de su cuello llevaba una cadena de platino que le debía llegar hasta la cintura, una cadena que se interrumpía cada pocos centímetros por una gran esmeralda.

Le costó un poco de esfuerzo concentrarse de nuevo en el escenario y en su trabajo. Con un cuaderno de dibujo sobre las rodillas, esbozó los disfraces algo extravagantes que habían despertado un leve interés en la obra por parte del público, y por el momento olvidó a su encantadora compañera.

Al final de la función, atravesó el vestíbulo y se ciñó más su gastado abrigo alrededor de los delgados hombros, pues la noche era cruda y un viento del suroeste arrastraba gruesos copos de nieve mojada bajo la marquesina protectora de vidrio hasta la misma entrada. Los espectadores más afortunados caminaban con cuidado por el fango

hacia sus autos que los esperaban, luego los taxis se unieron a la procesión de vehículos; hubo un ruido de puertas de coches al cerrarse y un alboroto de órdenes a los apresurados asistentes, hasta que del caos surgió algo parecido al orden.
—¿Taxi, señorita?

Lydia negó con la cabeza. Un autobús la llevaría a Fleet Street, pero ya habían pasado dos llenos de pasajeros, y comenzaba a desesperarse, cuando un taxi de aspecto particularmente elegante se detuvo junto a la acera.
El conductor se inclinó sobre el protector brillante que lo resguardaba en parte del clima y gritó:
—¿Está ahí la señorita Beale?

La joven se sobresaltó por la sorpresa y dio un paso hacia el vehículo.
—Yo soy la señorita Beale —dijo.
—Su editor me ha enviado a buscarla —dijo el hombre con presteza.

El editor del Megaphone había cometido muchos actos excéntricos. Había expresado opiniones sobre sus dibujos que la hacían estremecer solo de recordarlas. La había despertado a medianoche para que dibujara los trajes en un baile de disfraces, pero nunca antes había hecho algo tan humano como enviarle un taxi. Sin embargo, no quiso mirar con demasiado detenimiento ese taxi regalado y subió a su cálido interior.

Las ventanas estaban empañadas por la nieve y el aguanieve que había estado cayendo todo el tiempo que ella estuvo en el teatro. Vio pasar luces borrosas a toda prisa y se dio cuenta de que el taxi iba a buena velocidad. Frotó las ventanas e intentó mirar afuera al cabo de un rato. Luego trató de bajar una, pero no pudo. De repente, se puso en pie de un salto y golpeó el cristal con furia para llamar la atención del conductor. No cabía duda de que estaban cruzando un puente, y no era necesario cruzar un puente para llegar a Fleet Street.

Si el conductor la oyó, no dio muestra alguna de ello. La velocidad del automóvil aumentó. Ella golpeó de nuevo la ventanilla con furia. No tenía miedo, pero sí estaba enojada. Poco después llegó el temor. Fue cuando intentó abrir la puerta y descubrió que estaba asegurada por

fuera; encendió un fósforo y comprobó que las ventanas habían sido atornilladas. El borde del agujero donde había entrado el tornillo estaba crudamente reciente, y la cabeza del tornillo brillaba nueva y reluciente.

No llevaba paraguas —nunca llevaba uno al teatro— y no tenía nada más sólido como arma que una pluma fuente. Podía romper los cristales de una patada. Se recostó en el asiento y descubrió que no era una operación tan sencilla como había imaginado. Dudó incluso en intentarlo; entonces la sensación de pánico la abandonó y volvió a ser dueña de sí misma, serena otra vez. No la estaban secuestrando. Esas cosas no ocurrían en el siglo veinte, salvo en novelas sensacionalistas. Frunció el ceño. Había dicho casi exactamente lo mismo aquel día a alguien... a la señora Morgan, que había insinuado un matrimonio romántico. Desde luego, no ocurría nada malo. El conductor la había llamado por su nombre. Probablemente el editor quería verla en su casa; vivía en algún lugar del sur de Londres, recordaba ella. Eso lo explicaría todo. Y sin embargo, su instinto le decía que algo inusual estaba ocurriendo, que una experiencia desagradable era inminente.

Intentó apartar ese pensamiento de su mente, pero era demasiado vívido, demasiado insistente.

Probó otra vez la puerta y luego, al advertir un débil resplandor reflejado sobre el techo forrado de tela del taxi, miró hacia atrás por el pequeño visor. Vio dos enormes faros de automóvil a pocos metros del coche. Otro vehículo los seguía; alcanzó a distinguir su silueta cuando pasaron junto a un poste de alumbrado.

Estaban en una de las carreteras de los suburbios exteriores. Mirando por la ventanilla, por encima del hombro del conductor, vio árboles a un lado del camino y una larga cerca gris. Mientras observaba, el automóvil de atrás avanzó de pronto, los adelantó y quedó delante; vio alejarse sus luces traseras con una punzada de desesperanza. Luego, antes de comprender lo sucedido, el gran coche redujo la velocidad y giró de lado, bloqueando la carretera, y el taxi se detuvo con una sacudida que la lanzó contra la ventanilla. Vio dos figuras bajo la tenue

luz de los faros del taxi, oyó a alguien hablar y la puerta fue abierta bruscamente.

—¿Quiere bajar, señorita Beale? —dijo una voz agradable; y aunque sentía las piernas extrañamente débiles, obedeció.

El segundo hombre estaba junto al conductor. Llevaba un largo impermeable cuyo cuello levantado le cubría hasta la punta de la nariz.

—Puede volver con sus amigos y decirles que la señorita Beale está en buenas manos —estaba diciendo—. También puede encender una o dos velas a su santo favorito en agradecimiento por seguir vivo.

—No sé de qué está hablando —dijo el conductor con mal humor—. Estoy llevando a esta señorita a su oficina.

—¿Desde cuándo se publica el *Daily Megaphone* en estos espantosos suburbios? —preguntó el otro cortésmente.

Vio a la muchacha y se quitó el sombrero.

—Venga, señorita Beale —dijo—. Le prometo un viaje más cómodo... aunque no puedo garantizar que el final sea menos sorprendente.

Capítulo 3

El hombre que había abierto la puerta era una persona de mediana edad, de baja estatura y complexión robusta. Tomó suavemente a la joven del brazo y, sin hacer preguntas, ella lo acompañó hasta el auto que estaba más adelante, seguidos por el hombre del impermeable. No se pronunció ni una palabra, y Lydia estaba demasiado desconcertada para hacer preguntas hasta que el auto se puso en marcha. Entonces, el hombre más joven se echó a reír.

—¡Qué astuto, Rennett! —dijo—. ¡Le digo que esa gente es sobrehumanamente brillante!
—No soy un gran admirador de la villanía —dijo el otro con voz ronca, y el más joven, que estaba sentado frente a la chica, se rió.
—Debe tomárselo con una actitud imparcial, mi querido amigo. Personalmente, los admiro. Admito que me dieron un buen susto cuando me di cuenta de que la señorita Beale no había llamado al taxi, sino que se lo habían puesto ahí cuidadosamente para ella, pero aun así, puedo admirarlos.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó la joven, desconcertada—. Estoy muy confundida… ¿A dónde vamos ahora? ¿A la oficina?
—Me temo que no llegará a la oficina esta noche —dijo el joven con calma—, y es imposible explicarle exactamente por qué fue secuestrada.
—¿Secuestrada? —dijo la chica con incredulidad—. ¿Quiere decir que ese hombre…?

—Se la estaba llevando a las afueras —dijo el otro con calma—. Probablemente habría conducido toda la noche y la habría dejado abandonada en algún lugar inaccesible. No creo que tuviera intención de hacerle daño; nunca corren riesgos innecesarios, y lo único que querían era hacerla desaparecer por esta noche. Cómo llegaron a enterarse de que la habíamos elegido a usted es algo que me desconcierta —añadió—. ¿Puede formular alguna teoría, Rennett?

—¿Elegido a mí? —repitió la joven sobresaltada—. De verdad, creo que tengo derecho a una explicación, y si no les importa, me gustaría que

me llevaran de vuelta a mi oficina. Tengo un trabajo que conservar —añadió con seriedad.
—Seis libras con diez a la semana, y unas cuantas guineas extra por sus ilustraciones —dijo el hombre del impermeable—. Créame, señorita Beale, nunca terminará de pagar sus deudas con ese sueldo, ni aunque viva cien años.

Ella solo pudo soltar un jadeo.
—Parece saber mucho sobre mis asuntos privados —dijo, cuando recuperó el aliento.
—Muchísimo más de lo que se imagina.

Ella intuyó que él sonreía en la oscuridad, y su voz sonaba tan amable y arrepentida que no pudo ofenderse.
—En los últimos doce meses, se han dictado treinta y nueve sentencias en su contra, y en el año anterior, veintisiete. Vive con exactamente treinta chelines a la semana, y todo lo demás va a parar a los acreedores de su padre.
—¡Es usted muy impertinente! —dijo acaloradamente y, a su propio juicio, de manera ridícula.

—En realidad, soy muy pertinente. Por cierto, mi nombre es Glover… John Glover, de la firma Rennett, Glover y Simpson. El caballero a su lado es el señor Charles Rennett, mi socio principal. Somos un bufete de abogados, pero cuánto tiempo seguiremos siéndolo —añadió de forma intencionada— depende más bien de usted.
—¿De mí? —dijo la chica con genuino asombro—. Bueno, no puedo decir que le tenga mucho aprecio a los abogados…
—Eso lo puedo entender perfectamente —murmuró el señor Glover.
—Pero ciertamente no deseo disolver su sociedad —continuó ella.

—Es un poco más grave que eso —dijo el señor Rennett, que estaba sentado a su lado—. El hecho es, señorita Beale, que estamos actuando de una manera completamente ilegal, y vamos a revelarle los detalles de un acto que tenemos en mente, el cual, si usted le pasa la información a la policía, resultará en nuestra ruina profesional. Así que, como verá, esta aventura es infinitamente más importante para nosotros de lo que por el momento es para usted. ¡Y ya llegamos! —dijo, interrumpiendo la pregunta de la chica.

El auto dobló por un camino estrecho y avanzó un trecho a través de una avenida de árboles antes de detenerse en el pórtico con columnas de una gran casa.
Rennett la ayudó a bajar y la guio a través de la puerta, que se abrió casi en cuanto se detuvieron, hacia un gran vestíbulo revestido de madera.

—Por aquí, permítame mostrarle el camino —dijo el hombre más joven. Abrió una puerta y ella se encontró en una gran sala de estar, exquisitamente amueblada e iluminada por dos lámparas de araña plateadas suspendidas del techo tallado.
Para su alivio, una mujer mayor se levantó para recibirla.

—Esta es mi esposa, señorita Beale —dijo Rennett—. No hace falta que le explique que esta es también mi casa.
—Así que encontraste a la señorita —dijo la señora mayor, dándole una sonrisa de bienvenida—. ¿Y qué opina la señorita Beale de su propuesta?

El joven Glover entró en ese momento, y despojado de su largo impermeable y su sombrero, demostró ser del tipo de hombre que las universidades producen por cientos. También era apuesto, notó Lydia con inconsistencia femenina, y había algo en sus ojos que inspiraba confianza. Saludó con una sonrisa y un movimiento de cabeza a la señora Rennett, y luego se volvió hacia la joven.

—Bien, señorita Beale, no sé si debería explicárselo yo o si mi culto y distinguido amigo prefiere ahorrarme la molestia.
—Yo no —se apresuró a decir el hombre mayor—. Querida —se dirigió a su esposa—, creo que dejaremos que Jack Glover hable con esta señorita.

—¿No lo sabe? —preguntó la señora Rennett con sorpresa, y Lydia se echó a reír, aunque estaba muy lejos de sentirse divertida. La posible pérdida de su empleo, la inquietante aventura de la noche y ahora este nuevo misterio se combinaban para ponerle los nervios de punta.

Glover esperó a que la puerta se cerrara tras su socio y su esposa, y pareció inclinado a esperar un poco más, pues se quedó de pie de espaldas al fuego, mordiéndose los labios y mirando pensativo hacia la alfombra.

—No sé muy bien cómo empezar, señorita Beale —dijo—. Y después de verla, mi conciencia empieza a trabajar horas extras. Pero será mejor que empiece por el principio. Supongo que habrá oído hablar del asesinato de Bulford.
La joven lo miró fijamente.
—¿El asesinato de Bulford? —dijo con incredulidad, y él asintió.
—Pues claro, todo el mundo ha oído hablar de eso.

—Entonces, afortunadamente, no es necesario explicar todas las circunstancias —dijo Jack Glover, con una pequeña mueca de disgusto.
—Solo sé —lo interrumpió la joven— que el señor Bulford fue asesinado por un tal señor Meredith, que estaba celoso de él, y que el señor Meredith, cuando subió al estrado de los testigos, se comportó de manera vergonzosa con su prometida.

—Exactamente —asintió Glover con un brillo en los ojos—. En otras palabras, repudió la insinuación de que estaba celoso, juró que ya le había dicho a la señorita Briggerland que no podía casarse con ella y que ni siquiera sabía que Bulford la estaba cortejando.
—Hizo eso para salvar su vida —dijo Lydia en voz baja—. La señorita Briggerland juró en el estrado que tal entrevista nunca había ocurrido.
Glover asintió.

—Lo que usted no sabe, señorita Beale —dijo con gravedad—, es que Jean Briggerland era prima de Meredith y que, a menos que sucedan ciertas cosas, ella heredará la mayor parte de las seiscientas mil libras del patrimonio de Meredith. Debo explicarle que Meredith es uno de mis mejores amigos, y el hecho de que ahora esté cumpliendo cadena perpetua no lo hace menos amigo. Estoy tan seguro, como de que usted está sentada ahí, de que él no mató a Bulford, igual que yo tampoco lo hice. Creo que todo fue un complot para asegurar su muerte o su encarcelamiento. Mi socio piensa lo mismo. La verdad es que Meredith estaba comprometido con esa chica; descubrió ciertas cosas sobre ella y su padre que no hablan muy bien de ellos. En realidad nunca estuvo enamorado de ella, por muy hermosa que sea, y cayó en la trampa del compromiso. Cuando descubrió el rumbo que tomaban las cosas y escuchó algunas de las extrañas historias que se contaban sobre Briggerland y su hija, rompió el compromiso y fue esa

noche a decírselo.

La joven había escuchado este relato con cierto desconcierto.
—No veo exactamente qué tiene que ver todo esto conmigo —dijo, y Jack Glover volvió a asentir.
—Lo entiendo perfectamente —dijo él—, pero le contaré otra parte de la historia que no es de dominio público. El padre de Meredith era un hombre excéntrico que creía en los matrimonios a temprana edad, y fue una condición de su testamento que, si Meredith no estaba casado antes de cumplir los treinta años, el dinero pasaría a su hermana, a sus herederos y sucesores. Su hermana era la señora Briggerland, que ya falleció. Sus herederos son su esposo y Jean Briggerland.

Se hizo el silencio. La joven se quedó mirando el fuego, pensativa.
—¿Cuántos años tiene el señor Meredith?
—Cumple treinta el próximo lunes —dijo Glover en voz baja—, y es necesario que se case antes del próximo lunes.
—¿En la cárcel? —preguntó ella.
Él negó con la cabeza.

—Si ese tipo de cosas estuvieran permitidas, ya se habría arreglado, pero por alguna razón el Ministro del Interior se niega a ejercer su discreción en este asunto, y se ha negado rotundamente a permitir que se celebre tal matrimonio. Se opone por motivos de orden público, y me atrevería a decir que, desde su punto de vista, tiene razón. Meredith tiene que cumplir una condena de veinte años.
—Entonces, ¿cómo…? —empezó Lydia.

—Permítame contarle esta historia de una forma más o menos comprensible —dijo Glover con esa sonrisita suya—. Créame, señorita Beale, ya no estoy tan entusiasmado con el plan como antes. Si por casualidad —habló pausadamente—, pudiéramos traer a James Meredith a esta casa mañana por la mañana, ¿se casaría con él?
—¿Yo? —jadeó—. ¿Casarme con un hombre al que no he visto… un asesino?
—No es un asesino —dijo él con dulzura.
—¡Pero es absurdo, imposible! —protestó ella—. ¿Por qué yo?

Él se quedó en silencio por un momento.

—Cuando se propuso este plan, buscamos a alguien para quien un matrimonio semejante pudiera representar una ventaja —dijo él, hablando lentamente—. Fue idea de Rennett que examináramos los registros del Tribunal de Condado de Londres para descubrir si había alguna muchacha que necesitara dinero con urgencia. No existe manera más segura de desenterrar esqueletos financieros que revisar los archivos del Tribunal de Condado. Encontramos cuatro casos; solo uno resultó adecuado, y esa fue usted. No me interrumpa por un momento, por favor —dijo, levantando la mano en ademán de advertencia cuando ella estaba a punto de hablar—. También hemos hecho averiguaciones muy minuciosas sobre usted; demasiado minuciosas, de hecho, porque los Briggerland han olido algo sospechoso y llevan una semana siguiéndonos la pista. Sabemos que no está comprometida para casarse; sabemos que soporta una carga bastante pesada de deudas; y sabemos también que no tiene familiares ni amigos que dependan de usted. Lo que le ofrecemos, señorita Beale —y créame que me siento bastante canalla por ser el intermediario de esta propuesta— son cinco mil libras al año por el resto de su vida, una suma inmediata de veinte mil libras y la seguridad de que su marido no la molestará desde el momento mismo en que se case.

Lydia escuchaba como quien sueña. No parecía real. Dentro de poco despertaría y encontraría a la señora Morgan con una taza de té en la mano y un plato de sus indigestos pasteles. Tales cosas no ocurrían, se decía; y sin embargo allí estaba un joven, de pie junto al fuego, explicando con el tono más corriente y conversacional una oferta que pertenecía estrictamente al reino del romance, y ni siquiera de un romance demasiado convincente.

—Me ha dejado usted sin aliento —dijo al cabo de un rato—. Todo esto requiere reflexión; y si el señor Meredith está en prisión...

—El señor Meredith no está en prisión —dijo Glover tranquilamente—. Fue liberado hace dos días para ser trasladado a una clínica, donde debía someterse a una pequeña operación. Escapó anoche de la clínica y en este preciso momento se encuentra en esta casa.

Ella no pudo hacer otra cosa que mirarlo boquiabierta, y él continuó:

—Los Briggerland saben que ha escapado; probablemente sospechaban que estaba aquí, porque esta tarde hemos recibido la visita de la policía y han registrado tanto el interior de la casa como los terrenos. Saben, naturalmente, que el señor Rennett y yo éramos sus asesores legales, y esperábamos que vinieran. Cómo logró escapar a su vigilancia es asunto aparte. Ahora bien, señorita Beale, ¿qué dice usted?

—No sé qué decir —respondió ella, sacudiendo la cabeza impotente—. Sé que estoy soñando, y que si tuviera el valor moral de pellizcarme con fuerza, despertaría. De algún modo no quiero despertar; es todo tan fascinantemente imposible.

Él sonrió.

—¿Puedo ver al señor Meredith?

—No hasta mañana. Debo decirle que ya hemos hecho todos los preparativos para su boda; la licencia ha sido obtenida y mañana, a las ocho de la mañana —por cierto, en este país los matrimonios celebrados antes de las ocho o después de las tres no son legales— un clérigo vendrá y la ceremonia será realizada.

Siguió un largo silencio.

Lydia estaba sentada al borde de la silla, con los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos.

Glover la observaba con gravedad, con compasión, maldiciéndose por ser el ejecutor de aquel grotesco plan concebido por él mismo. Finalmente ella levantó la cabeza.

—Creo que aceptaré —dijo con cierta fatiga—. Y se equivocó usted respecto al número de citaciones judiciales; fueron setenta y cinco en dos años... y estoy tan cansada de los abogados...

—Gracias —dijo Jack Glover cortésmente.

Capítulo 4

Toda la noche se había quedado sentada en el pequeño dormitorio al que la señora Rennett la había conducido, pensando, pensando y pensando. No pudo dormir, aunque lo había intentado con todas sus fuerzas, y pasó la mayor parte de la noche yendo de la ventana a la puerta, dándole vueltas a la asombrosa situación en la que se encontraba. Nunca había pensado seriamente en el matrimonio, y en realidad un matrimonio como este no le causaba ningún terror y podría haberlo aceptado con alivio, de haber sido el preludio un poco menos agitado. La perspectiva de ser esposa solo de nombre, incluso el pensamiento de que su marido estaría, durante los próximos veinte años, tras los muros de una prisión, no la angustiaba ni la horrorizaba. De alguna manera, aceptaba sin reservas la afirmación de Glover de que Meredith era inocente.

Se preguntaba qué diría la señora Morgan y qué explicación daría en la oficina. No estaba particularmente enamorada de su trabajo, y no le supondría ningún trauma dejarlo y entregarse al estudio serio del arte. ¡Cinco mil libras al año! Podría vivir en Italia, estudiar con los mejores maestros, tener su propio auto… las posibilidades parecían ilimitadas. ¿Y las desventajas?

Se encogió de hombros al responderse a sí misma la pregunta por vigésima vez. ¿Qué desventajas había? No podría casarse, pero es que tampoco quería casarse. No era del tipo de mujer que se enamora, se decía a sí misma; era demasiado independiente, demasiado sofisticada, y entendía a los hombres y sus debilidades demasiado bien.

—El Señor me diseñó para ser una solterona —se dijo.

A las siete de la mañana —una mañana gris y triste, pensó Lydia, mirando por la ventana—, la señora Rennett entró con un poco de té.
—Me temo que no has dormido, querida —dijo con una mirada a la cama—. Esto es muy duro para ti.

Puso la mano sobre el brazo de la chica y se lo apretó con suavidad.

—Y es muy duro para todos nosotros —añadió con una sonrisa irónica —. Supongo que todos nos meteremos en un lío terrible.

Eso también se le había ocurrido a la joven, recordando el panorama sombrío que Glover había pintado en el auto.
—¿No será esto muy grave para ustedes, si las autoridades descubren que han sido cómplices de la fuga? —preguntó ella.

—¿Fuga, querida? —El rostro de la señora Rennett se convirtió en una máscara—. Yo no he oído nada de ninguna fuga. Todo lo que sabemos es que el pobre señor Meredith, anticipando que el Ministerio del Interior le permitiría casarse, había hecho arreglos para celebrar la boda en esta casa. Cómo llegó el señor Meredith aquí es un asunto que escapa totalmente a nuestro conocimiento —concluyó la diplomática señora, y Lydia se echó a reír a pesar de sí misma.

Pasó media hora arreglándose para la prueba que se avecinaba. Cuando el reloj de una iglesia dio las ocho, se oyó otro toque en la puerta. Era la señora Rennett de nuevo.
—Están esperando —dijo. Su rostro estaba un poco pálido y le temblaban los labios.

Lydia, sin embargo, era la calma personificada mientras entraba a la sala de estar por delante de su anfitriona.
Había cuatro hombres. A Glover y a Rennett ya los conocía. Supuso que un tercer hombre que llevaba cuello clerical era el sacerdote oficiante, y toda su atención se concentró en el cuarto. Era un hombre demacrado, sin afeitar, con el pelo corto; su rostro y su figura estaban tan consumidos que la ropa le colgaba. Su primer sentimiento fue de repulsión. El segundo fue un impulso de lástima. James Meredith, pues adivinó que se trataba de él, parecía horriblemente enfermo. Se dio la vuelta cuando ella entró y la miró fijamente; luego, caminando rápidamente hacia ella, le tendió su delgada mano.

—La señorita Beale, ¿verdad? —dijo—. Siento conocerla en unas circunstancias tan desagradables. Glover se lo ha explicado todo, ¿no es así?

Ella asintió. Sus ojos hundidos tenían una cualidad magnética que la fascinaba.

—¿Entiende los términos? ¿Glover le ha dicho exactamente por qué debe celebrarse este matrimonio? —dijo, bajando la voz—. Créame, le estoy profundamente agradecido por acceder a mis deseos.

Sin preámbulos, se acercó a donde estaba el clérigo.
—Empezaremos ahora —dijo simplemente.

La ceremonia le pareció tan irreal a la chica que no se dio cuenta de lo que implicaba, ni siquiera cuando le deslizaron un anillo (un anillo que le quedaba holgado, pues Jack Glover había intentado adivinar la talla a ciegas) en el dedo. Se arrodilló para recibir la solemne bendición y luego se puso lentamente de pie y miró a su esposo de forma extraña.

—Creo que me voy a desmayar —dijo.

Fue Jack Glover quien la atrapó y la llevó al sofá. Se despertó con la confusa idea de que alguien estaba intentando hipnotizarla, y abrió los ojos para encontrarse con el sombrío rostro de James Meredith.

—¿Mejor? —preguntó él con ansiedad—. Me temo que ha pasado por un momento difícil, ¿y dijo usted que no durmió, señora Rennett?

La señora Rennett negó con la cabeza.
—Bueno, dormirá usted esta noche mejor que yo —sonrió él, y luego se volvió hacia Rennett, un hombre de semblante grave y ansioso, que estaba de pie acariciándose nerviosamente la pequeña barba, observando al novio—. Señor Rennett —dijo—, debo decirle en presencia de testigos que me he escapado de una clínica a la que había sido enviado por la clemencia del Secretario de Estado. Cuando le informé que había recibido permiso para venir a su casa esta mañana a casarme, le dije algo que no era cierto.

—Lamento escuchar eso —dijo Rennett cortésmente—. Y, por supuesto, es mi deber entregarlo a la policía, señor Meredith.

Todo era parte del juego. La joven observó la actuación, sabiendo que esta escena estaba cuidadosamente ensayada para absolver a Rennett y a su socio de cualquier complicidad en la fuga.

Rennett apenas había terminado de hablar cuando se oyó un fuerte y

repetido golpe en la puerta principal, y Jack Glover se apresuró al vestíbulo para abrir. Pero no era el policía que esperaba. Era una joven con un gran abrigo de marta cibelina, abrigada hasta los ojos. Pasó empujando a Jack, cruzó el vestíbulo y entró directamente en la sala de estar.

Lydia, de pie y aún temblorosa junto a la señora Rennett, vio entrar a la visitante y, cuando esta se desabrochó el abrigo, la reconoció con un respingo. ¡Era la hermosa joven que había visto en la platea del teatro la noche anterior!

—¿Y qué podemos hacer por usted? —Era la voz de Glover de nuevo, suave y en tono de burla.
—Quiero a Meredith —dijo la joven secamente, y Glover se rió entre dientes.

—Usted ha querido a Meredith por mucho tiempo, señorita Briggerland —dijo—, y es probable que se quede con las ganas. Ha llegado justo un poco tarde.

Los ojos de la joven se posaron en el clérigo.
—Demasiado tarde —dijo lentamente—, ¿entonces ya está casado?

Se mordió los labios rojos y asintió; luego miró a Lydia, y sus ojos azules no mostraban ninguna expresión.
Meredith había desaparecido. Lydia miró a su alrededor buscándolo en su angustia, pero se había ido. Se preguntó si habría salido a buscar a la policía para entregarse, y todavía se lo estaba preguntando cuando se oyó el sonido de un disparo.

Provenía del exterior de la casa, y ante el ruido, Glover salió corriendo por la puerta, cruzó el vestíbulo y salió a toda prisa al aire libre. Aún estaba nevando y no había rastro de ningún ser humano. Corrió por un sendero que iba paralelo a la casa, dobló la esquina y se adentró en una zona de arbustos. Allí la nieve no había cuajado, y siguió el camino del jardín que serpenteaba a través de los espesos matorrales de laurel hasta terminar en un cobertizo de herramientas toscamente construido. Al tener la cabaña a la vista, se detuvo.

Un hombre yacía en el suelo, con el brazo extendido, la cabeza en un

charco de sangre y su mano lívida aferrando un revólver.
Jack lanzó una exclamación de horror y corrió al lado del hombre caído.

Era James Meredith, y estaba muerto.

Capítulo 5

Jack Glover oyó pasos que bajaban por el sendero y se volvió para encontrarse con un hombre que tenía la palabra "detective" escrita por todas partes. Jack se volvió y miró de nuevo el cuerpo mientras el hombre se acercaba.

—¿Quién es este? —preguntó el oficial bruscamente.
—Es James Meredith —dijo Jack simplemente.
—¿Muerto? —dijo el oficial, sobresaltado—. ¡Se ha suicidado!

Jack no respondió y observó al inspector mientras hacía un examen breve y rápido del cuerpo. Una bala había entrado justo debajo de la sien izquierda, y había una marca de pólvora cerca del rostro.

—Un asunto muy turbio, señor Glover —dijo el oficial de policía con seriedad—. ¿Puede explicar por qué este hombre está aquí?
—Vino a casarse —dijo Jack con apatía—. Me atrevería a decir que eso le sorprende, pero es la verdad. Se casó hace menos de diez minutos. Si me acompaña a la casa, le explicaré su presencia aquí.

El detective vaciló, pero justo en ese momento apareció otro de sus compañeros en escena, y Jack les guio de vuelta a la casa a través de una puerta trasera hasta el despacho de Rennett.
El abogado los estaba esperando y se encontraba solo.

—Si no me equivoco, usted es el inspector Colhead, de Scotland Yard —dijo Glover.
—Ese es mi nombre —asintió el oficial—. Entre nosotros, señor Glover, no creo que deba hacer ninguna declaración que no esté dispuesto a verificar públicamente.

Jack notó el significado de la advertencia con una pequeña sonrisa, y procedió a contar la historia de la boda.
—Solo puedo decirle —dijo en respuesta a otra pregunta— que el señor Meredith entró en esta casa a las ocho menos cuarto de esta mañana y se entregó a mi socio. A las ocho en punto, como usted bien sabe, el señor Rennett telefoneó a Scotland Yard para decir que el señor Meredith estaba aquí. Durante el tiempo que estuvo esperando, se

casó.

—¿Por casualidad se alojaba aquí un clérigo, señor? —preguntó el oficial de policía con sarcasmo.
—Se daba la casualidad de que se alojaba aquí —dijo Jack con calma—, porque yo había hecho los arreglos para que estuviera aquí. Sabía que, si era humanamente posible, el señor Meredith vendría a esta casa y que su deseo era casarse, por razones que mi socio le explicará.
—¿Lo ayudó a escapar? Esa es una pregunta capciosa —sonrió el detective.

Jack negó con la cabeza.
—Puedo responderle con absoluta sinceridad que no lo hice, de la misma manera que tampoco lo ayudó el Ministro del Interior cuando le dio permiso para ir a una clínica.

Poco después, el detective regresó al cobertizo, y Jack y su socio se quedaron solos.
—¿Y bien? —dijo Rennett con voz temblorosa—, ¿qué pasó?
—Está muerto —dijo Jack en voz baja.
—¿Suicidio?
Jack lo miró de forma extraña.
—¿Se suicidó Bulford? —preguntó.
—¿Dónde está el ángel?
—La dejé en la sala de estar con la señora Rennett y la señorita Beale.
—La señora Meredith —corrigió Jack con suavidad.
—Esto complica las cosas —dijo Rennett—, pero creo que podremos librarnos de nuestra parte del problema, aunque vaya a verse un poco negro.

Encontraron a las tres mujeres en la sala de estar. Lydia, muy pálida, salió a su encuentro.
—¿Qué pasó? —preguntó, y luego lo adivinó por la expresión de su rostro—. ¿No estará muerto? —dijo sin aliento.

Jack asintió. Todo el tiempo sus ojos estuvieron fijos en la otra joven. Sus hermosos labios estaban ligeramente caídos. Había una mirada de dolor y tristeza en sus ojos que le cortó el aliento a Jack.
—¿Se disparó a sí mismo? —preguntó ella en voz baja.
Jack la miró con frialdad.

—De lo único que estoy seguro —y Lydia se estremeció ante la crueldad de su voz— es de que usted no le disparó, señorita Briggerland.

—¡Cómo se atreve! —estalló Jean Briggerland. El rápido rubor que subió a sus mejillas fue la única otra evidencia de emoción que dejó entrever.
—Me atrevo a mucho —dijo Jack secamente—. Me preguntó si es un caso de suicidio, y le digo que no lo es: es un caso de asesinato. James Meredith fue encontrado con un revólver aferrado en su mano derecha. Recibió un disparo en la sien izquierda, y si me explica cómo cualquier hombre, sosteniendo una pistola de forma normal, puede lograr esa hazaña, aceptaré su teoría del suicidio.

Se hizo un silencio sepulcral.
—Además —continuó Jack, encogiéndose levemente de hombros—, el pobre Jimmy no tenía ninguna pistola.

Jean Briggerland había bajado los ojos y permanecía allí con la cabeza gacha y los labios apretados. Poco después, levantó la mirada.
—Sé cómo se siente, señor Glover —dijo suavemente—. Puedo entender muy bien que, creyendo cosas tan terribles sobre mí como lo hace, debe de odiarme.
Su boca tembló y su voz se volvió ronca por el dolor.
—Amaba a James Meredith —dijo—, y él me amaba a mí.

—La amaba lo suficiente como para casarse con otra persona —dijo Jack Glover, y Lydia quedó conmocionada.
—Señor Glover —dijo ella en tono de reproche—, ¿le parece correcto decir estas cosas, con el pobre señor Meredith yaciendo muerto?

Él se volvió lentamente hacia ella, y vio en sus ojos, habitualmente risueños, una dureza que no había visto antes.
—La señorita Briggerland nos ha dicho que la odio —dijo con voz uniforme—, y no ha dicho más que la verdad. La odio tal vez más allá de lo comprensible… señora Meredith. —Enfatizó las palabras, y la joven se estremeció—. Y un día, si los Circunstancialistas me perdonan la vida…
—Los Circunstancialistas —dijo Jean Briggerland lentamente—. No le entiendo del todo.

Jack Glover se rió, y no fue una risa agradable.
—Tal vez lo haga —dijo bruscamente—. En cuanto a que amaba al pobre Jim… bueno, usted sabrá. Estoy tratando de ser educado con usted, señorita Briggerland, ¡y de no regodearme en el hecho de que llegó demasiado tarde para detener esta boda! ¿Y quiere que le diga por qué llegó demasiado tarde? —Sus ojos volvían a reír—. Fue porque yo había acordado con el vicario de San Pedro que estuviera aquí a las nueve de esta mañana, sabiendo perfectamente que usted y su pequeño ejército de espías descubrirían la hora de la boda y se asegurarían de estar aquí antes. Y luego, en secreto, mandé llamar a un viejo amigo mío de Oxford para que estuviera aquí a las ocho… él ya estaba aquí anoche.

Ella seguía de pie mirándolo sin ninguna evidencia visible de la ira que Lydia pensó que habría estado justificada.
—No tenía ningún deseo de detener la boda —dijo la joven, con voz baja y suave—. Si Jim prefirió casarse de esta manera con alguien que no lo conoce, solo me queda aceptar su decisión. —Se volvió hacia la chica y le tendió la mano—. Siento mucho que esta tragedia haya llegado a usted, señora Meredith —dijo—. ¿Puedo desearle una felicidad mayor que cualquiera que haya encontrado hasta ahora?

Lydia se sintió conmovida por su sinceridad, un poco dolida por la brusquedad de Glover, y solo pudo estrechar con calidez la pequeña mano que se le tendía.
—Yo también lo siento —dijo ella con un poco de vacilación—. Por usted más que por… cualquier otra cosa.
La joven bajó los ojos y de nuevo le temblaron los labios; luego, sin decir una palabra, salió de la habitación, ajustándose el abrigo de marta cibelina alrededor del cuello.

Era mediodía cuando el auto de Rennett dejó a Lydia Meredith en la puerta de su alojamiento.
Encontró a la señora Morgan en un gran estado de ansiedad, y la robusta y pequeña mujer casi derramó lágrimas de alegría al verla.
—¡Oh, señorita, no se imagina lo preocupada que he estado! —balbuceó—, y han pasado por aquí desde la oficina de su periódico preguntando dónde estaba. Pensé que la habían atropellado o algo así, y los del Daily Megaphone han enviado a gente a todos los hospitales…

—He sido atropellada —dijo Lydia con cansancio—. Mi pobre mente ha estado bajo las ruedas de una docena de autobuses, y mi alma ha estado en cien colisiones.
La señora Morgan la miró boquiabierta. No tenía sentido de la metáfora.

—Está todo bien, señora Morgan —se rió su inquilina por encima del hombro mientras subía las escaleras—. No me ha pasado de verdad, ya sabe, solo he tenido un momento de gran preocupación… y, por cierto, mi nombre es Meredith.
La señora Morgan se dejó caer en una silla del vestíbulo.
—¿Meredith, señorita? —dijo con incredulidad—. Pero si yo conocía a su padre…

—Me he casado, eso es todo —dijo Lydia con seriedad—. Ayer me dijo que me casaría románticamente, pero ni siquiera en los vuelos más salvajes de su imaginación, señora Morgan, podría haber supuesto jamás que me casaría de una manera tan violenta y desesperada. Me voy a la cama. —Hizo una pausa en el rellano y miró hacia abajo a la atónita mujer—. Si alguien pregunta por mí, no estoy en casa. Ah, sí, puede decirle al Megaphone que llegué a casa muy tarde y que me he ido a la cama, y que mañana llamaré para explicarlo.

—Pero, señorita —tartamudeó la mujer—, su esposo…
—Mi esposo está muerto —dijo la chica con calma. Se sintió como un bruto, pero de alguna manera no podía exteriorizar ni un ápice de dolor —. Y si viene ese abogado, por favor dígale que tendré veinte mil libras por la mañana. —Y con esa última y asombrosa declaración, se fue a su habitación, dejando a su casera sin palabras.

Capítulo 6

El registro policial de la casa y los terrenos de Dulwich Grange, la residencia del señor Rennett, ocupó toda la mañana, y ni la asistencia de Rennett ni la de Jack fue solicitada u ofrecida.
Antes del almuerzo, el inspector Colhead se acercó al despacho.

—Hemos echado un buen vistazo por su propiedad, señor Rennett —dijo—, y creo que sabemos dónde se escondía el difunto.
—¿Ah, sí? —dijo el señor Rennett.
—Esa cabaña que tienen en el jardín se usa, supongo, como cobertizo para herramientas. No hay herramientas allí ahora, y uno de mis hombres descubrió que se puede levantar todo el suelo; funciona con una bisagra y está equilibrado con contrapesos.

El señor Rennett asintió.
—Creo que fue utilizado como bodega de vinos por un antiguo inquilino de la casa —dijo con frialdad—. No tenemos sótanos en Grange, ya sabe. Yo no bebo vino y nunca he tenido ocasión de usarlo.
—Ahí es donde estaba escondido. Encontramos una manta y almohadas ahí abajo, y, como usted dice, obviamente ha sido una bodega, porque hay un conducto de ventilación que conduce hacia los arbustos. Nunca hubiéramos encontrado la trampilla, pero uno de mis hombres sintió cómo una de las esquinas del suelo cedía bajo sus pies.

Los dos hombres no dijeron nada.
—Otra cosa —continuó el detective lentamente— es que me inclino a pensar que Meredith no se suicidó. Encontramos huellas, bastante frescas, que conducen a la parte trasera de la cabaña.
—¿Un pie grande o un pie pequeño? —preguntó Jack rápidamente.
—Es un pie bastante grande —dijo el detective—, y tiene tacones de goma. Lo seguimos hasta una puerta en la parte trasera de su propiedad, y la puerta ha sido abierta recientemente, probablemente por el señor Meredith cuando vino a la casa. Es un caso extraño, señor Rennett.

—¿Qué pasa con la pistola?
—Eso también es nuevo —dijo Colhead—. De fabricación belga e

imposible de rastrear, me imagino. No se puede seguir la pista a estas armas belgas. Se pueden comprar en cualquier tienda de cualquier ciudad de Ostende o Bruselas, y no creo que sea práctica de los vendedores llevar ningún registro de los números de serie.

—De hecho —dijo Jack en voz baja—, es el mismo tipo de pistola que mató a Bulford.
Colhead arqueó las cejas.
—Así es, pero ¿no se estableció que esa era el arma propia del señor Meredith?

Jack negó con la cabeza.
—Lo único que se estableció es que él había visto el cuerpo y recogió la pistola que estaba cerca del hombre muerto. El disparo se efectuó cuando él abría la puerta de la casa del señor Briggerland. Entonces vio la figura en la acera y recogió la pistola. Estaba en esa posición cuando la señorita Briggerland, quien testificó en su contra, salió de la casa y lo vio.

El detective asintió.
—Yo no tuve nada que ver con el caso —dijo—, pero recuerdo haber visto el arma, y era idéntica a esta. Hablaré con el jefe y le haré saber lo que dice sobre todo este asunto. Por supuesto, tendrá que prestar declaración en la investigación.

Cuando se hubo ido, los dos hombres se miraron el uno al otro.
—Bueno, Rennett, ¿cree que nos vamos a meter en un lío, o vamos a perjurarnos hasta ponernos a salvo?
—No hay necesidad de perjurio, no de perjurio grave —dijo el otro con cautela—. Por cierto, Jack, ¿dónde estaba Briggerland la noche en que asesinaron a Bulford?

—Cuando la señorita Jean Briggerland se recuperó de su horror, subió las escaleras y despertó a su padre, quien, a pesar de lo temprano de la hora, estaba en la cama y dormido. Cuando llegó la policía, o mejor dicho, cuando llegó el detective a cargo del caso, lo cual debió ser tiempo después de que el agente de servicio en el puesto apareciera, el señor Briggerland fue descubierto con una pintoresca bata y, supongo, un no menos pintoresco pijama.
—Aterrorizado también, supongo —dijo Rennett secamente.

Jack guardó silencio durante mucho tiempo. Entonces:
—Rennett —dijo—, ¿sabe que estoy más inquieto por esta chica que por cualquier consecuencia para nosotros mismos?
—¿De qué chica está hablando?
—De la señora Meredith. Mientras el pobre Meredith vivía, ella no corría un peligro particular. Pero, ¿se da cuenta de que lo que eran ventajas desde nuestro punto de vista, a saber, el hecho de que ella no tuviera parientes en el mundo, son hoy una fuente de considerable peligro para esta desafortunada dama?

—Lo había olvidado —dijo Rennett pensativo—. Lo que hace que las cosas sean un poco más complicadas es el testamento que Meredith hizo esta mañana antes de casarse.
Jack soltó un silbido.
—¿Hizo un testamento? —dijo con sorpresa.
Su socio asintió.
—Recuerda que estuvo aquí conmigo durante media hora. Bueno, insistió en redactar un testamento y mi esposa y Bolton, el mayordomo, lo presenciaron.
—¿Y ha dejado su dinero…?
—A su esposa, absolutamente —respondió el otro—. El pobre hombre estaba tan frenéticamente interesado en mantener el dinero fuera del tesoro de los Briggerland, que estaba preparado para confiar todo su dinero a una chica a la que ni siquiera había visto.

Jack se puso serio ahora.
—¿Y los Briggerland son sus herederos? ¿Se da cuenta de eso, Rennett? ¡Va a ser un infierno!
El señor Rennett asintió.
—Yo también pensé eso —dijo en voz baja.

Jack se hundió en un asiento, con el rostro contraído en una mueca horrible, y el hombre mayor no interrumpió sus pensamientos. De repente, el rostro de Jack se iluminó y sonrió.
—¡Jaggs! —dijo en voz baja.
—¿Jaggs? —repitió su desconcertado socio.
—Jaggs —dijo Jack, asintiendo—, él es el hombre. Tenemos que responder a la estrategia con estrategia, Rennett, y Jaggs es el chico indicado para hacerlo.

El señor Rennett lo miró impotente.
—¿Podría Jaggs sacarnos también de nuestros problemas? —preguntó con sarcasmo.
—Podría incluso hacer eso —respondió Jack.
—Entonces tráigalo, porque tengo la impresión de que se va a divertir como nunca en su vida.

Capítulo 7

La señorita Jean Briggerland llegó a su casa de Berkeley Street poco después de las nueve en punto. No llamó, sino que abrió con una llave y fue directamente al comedor, donde su padre estaba desayunando, con un periódico apoyado delante de él.

Era el hombre de tez oscura que Lydia había visto en el teatro, y levantó la vista por encima de sus gafas con montura de oro cuando la muchacha entró.

—Has salido muy temprano —dijo.

Ella no respondió; despojándose lentamente de su abrigo de piel negra, lo arrojó sobre una silla, se quitó el pequeño sombrero que adornaba su bien formada cabeza y lo lanzó junto al abrigo. Después acercó una silla y se sentó a la mesa, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos y los ojos azules fijos en su padre.

La naturaleza la había favorecido de tal modo que su rostro no necesitaba artificio alguno; la piel era clara y fina, y el frío de la mañana solo había llevado un tenue matiz rosado a su hermoso semblante.

—Bueno, querida mía —el señor Briggerland levantó la vista y sonrió a través de sus gafas—, ¿así que el pobre Meredith se ha suicidado?

Ella no habló, manteniendo los ojos fijos en él.

—Muy triste, muy triste —el señor Briggerland sacudió la cabeza.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó ella tranquilamente.

El señor Briggerland se encogió de hombros.

—Supongo que al verte volvió corriendo a su escondite, el cual había sido localizado durante la noche por personas interesadas; luego, al verme junto al cobertizo... cometió el acto precipitado y fatal. De algún modo pensé que regresaría a su madriguera.

—¿Y usted estaba preparado para él? —dijo ella.

Él sonrió.

—Un caso clarísimo de suicidio, querida mía —respondió.

—Le dispararon en la sien izquierda, y la pistola fue encontrada en su mano derecha —dijo la muchacha.

El señor Briggerland se sobresaltó.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Quién se dio cuenta de eso?

—Ese abogado bien parecido, Glover.

—¿La policía lo notó?

—Supongo que sí, cuando Glover llamó su atención sobre el hecho —dijo la muchacha.

El señor Briggerland se quitó las gafas y las limpió.

—Todo se hizo con tanta prisa... tuve que volver por la puerta del jardín para reunirme con la policía. Cuando llegué, descubrí que habían oído el disparo y habían entrado en la casa. Aun así, nadie sabría que yo estaba en el jardín, y en cualquier caso mi relación con la captura de un convicto fugado no aparecería en los periódicos.

—Pero un caso de suicidio sí aparecería —dijo la muchacha—. Aunque supongo que la policía no revelará quién les informó de que James Meredith estaría en Dulwich Grange.

El señor Briggerland se recostó en su silla, con los gruesos labios apretados, y no ofrecía un espectáculo agradable.

—No se puede recordar todo —gruñó.

Se levantó de la silla, fue hasta la puerta y la cerró con llave. Después cruzó hacia un escritorio, abrió un cajón y sacó un pequeño revólver. Hizo girar el tambor, miró a lo largo del cañón y las recámaras para asegurarse de que no estuviera cargado; luego volvió a encajarlo y, colocándose frente a un espejo, trató, con la pistola en la mano derecha, de llevar el cañón hasta su sien izquierda. Descubrió que aquello era imposible y manifestó su disgusto con un gruñido.

Después probó sosteniendo la pistola con el pulgar sobre el gatillo y la mano abrazando la parte posterior de la culata. Así tuvo más éxito.

—Así es —dijo satisfecho—. Podría haberse hecho de esa manera.

Ella no se estremeció ante aquella visión espantosa, sino que lo observó con el mayor interés, aún con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Él podría haber estado explicándole una nueva forma de sacar en el tenis, por toda la emoción que despertaba en ella.

El señor Briggerland volvió a la mesa, jugueteó con una tostada y la untó lentamente con mantequilla.

—Todo el mundo va este año a Cannes —dijo—, pero creo que yo me quedaré en Montecarlo. Montecarlo tiene una tranquilidad muy reconfortante, especialmente si uno consigue una villa en la colina, lejos del ferrocarril. Ayer le dije a Morden que llevara el coche nuevo y nos esperara en Boulogne. Dice que la nueva carrocería es exquisita. Tiene un dispositivo microfónico para hablar con el chófer, el aparato eléctrico de calefacción es espléndido y...

—Meredith estaba casado.

Si ella hubiese arrojado una bomba, no habría producido una conmoción mayor. Él la miró boquiabierto y se echó hacia atrás en la silla.

—¿Casado? —Su voz fue apenas un chillido.

Ella asintió.

—¡Es mentira! —rugió él. Toda su suavidad desapareció; el rostro se le deformó y arrugó de ira, volviéndose todavía más oscuro—. ¡Casado, pequeña embustera! ¡No podía haberse casado! Apenas pasaban unos minutos de las ocho y el párroco no llegó hasta las nueve. ¡Te romperé el cuello si vuelves a asustarme así! Ya te he hablado antes de eso...

Continuó desvariando, y ella lo escuchó impasible.

—Fue casado a las ocho por un hombre que trajeron de Oxford y que pasó la noche en la casa —repitió con absoluta calma—. No tiene

sentido que se deje llevar por la furia. He visto a la novia y he hablado con el clérigo.

Del bravucón colérico y desatado pasó a convertirse en una criatura gimiente y lamentable. Le temblaba la barbilla, y las grandes manos que había apoyado sobre el mantel se agitaban con fiebre.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió—. Dios mío, Jean, ¿qué vamos a hacer?

Ella se levantó y fue hasta el aparador, sirvió una fuerte dosis de brandy de un decantador y se la llevó sin decir palabra. Estaba acostumbrada a aquellos ataques y a su inevitable desenlace. No se sentía herida, sorprendida ni disgustada. Aquella figura pálida y etérea era el verdadero socio dominante de la alianza. No poseía nervios; no conocía el miedo. Había adquirido la fría precisión de un gran cirujano para quien la compasión era una emoción distante, una emoción que jamás penetraba en el quirófano. No era más extraordinaria que ellos, salvo en que no se sentía obligada por las convenciones y leyes que gobiernan a los hombres como miembros de una sociedad ordenada. No se requiere más valor para matar que para curar. Ella había debatido aquella cuestión consigo misma y la había resuelto a su entera satisfacción.

—Tendrá que aplazar su viaje a Montecarlo —dijo mientras él bebía el brandy con avidez.

—Ahora lo hemos perdido todo —balbuceó—, todo.

—Esta muchacha no tiene familiares —dijo la hija serenamente—. Sus herederos legales somos nosotros.

Él dejó el vaso y la miró, recobrando casi de inmediato su antiguo semblante.

—Querida mía —dijo admirativamente—, eres realmente maravillosa. Desde luego, fui infantil. Ahora bien, ¿qué sugieres?

—Abra esa puerta —dijo ella en voz baja—. Quiero llamar a la doncella.

Mientras él caminaba hacia la puerta, ella pulsó el timbre, y poco después la mujer marchita que la atendía entró en la habitación.

—Hart —dijo—, quiero que encuentre mi anillo de esmeralda, el pequeño, el collarcito de perlas y el alfiler de corbata con diamante. Empáquelos cuidadosamente en una caja con algodón.

—Sí, señora —dijo la mujer, y salió.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Jean? —preguntó su padre.

—Voy a devolverle estas joyas a la señora Meredith —respondió la muchacha fríamente—. Fueron regalos que me hizo su marido, y siento que después de este trágico final de mi sueño ya no puedo soportar verlas.

—Él no te regaló esas cosas; te dio la cadena. Además, estás desperdiciando buen dinero.

—Sé que nunca me las dio, y no estoy desperdiciando buen dinero —dijo ella pacientemente—. La señora Meredith las devolverá, y me dará la oportunidad de arrojar un poco de luz sobre James Meredith, una oportunidad que deseo muchísimo.

Más tarde subió a su bonito saloncito del primer piso y escribió una carta.

«Querida señora Meredith:

Le envío las pocas joyas que James me dio en días más felices. Son todo lo que conservo de él y usted, como mujer, comprenderá que, aunque poseerlas me trae muchos recuerdos dolorosos, también han sido un cierto consuelo para mí. Ojalá pudiera desprenderme de la memoria con la misma facilidad con que le envío estas cosas (pues siento que en realidad le pertenecen a usted), pero más aún desearía poder borrar y hacer desaparecer el incidente que ha convertido al señor Glover en un enemigo tan encarnizado mío.

Al pensar en el pasado, veo que yo tuve la culpa; pero sé que usted simpatizará conmigo cuando conozca la verdad. Era una muchacha joven, inexperta en las maneras de los hombres; quizá di demasiada

importancia a las atenciones del señor Glover y resentí su conducta con demasiada brusquedad. En aquellos días me parecía imperdonable que un hombre que profesaba ser el mejor amigo del pobre James hiciera la corte a la prometida de éste, aunque supongo que esas cosas suceden y la muchacha moderna las soporta. Un hombre rara vez perdona a una mujer que le hace sentirse ridículo: es la única ofensa verdaderamente imperdonable que una joven puede cometer. Por eso no resiento su enemistad tanto como usted podría imaginar. Créame, siento profundamente su situación en estos días tan difíciles. Permítame decir una vez más que espero que su futuro sea luminoso.»

Secó la carta con el secante, la guardó en un sobre y escribió la dirección; luego tomó un libro de uno de los estantes bien surtidos, acercó su sillón al fuego y comenzó a leer.

El señor Briggerland entró una hora después, miró por encima de su hombro el título del libro y dejó escapar un sonido de desaprobación.

—No puedo entender tu afición por esa clase de libros —dijo.

El libro era uno de los dos volúmenes de *Crónicas del Crimen*, y ella alzó la vista con una sonrisa.

—¿No puedes? Es muy fácil de explicar. Es la obra más alentadora de toda mi colección. Siéntate un momento.

—Un registro de criminales vulgares —gruñó él—. Sus malditos discursos finales antes de morir, sus procesiones hacia Tyburn... ¡bah!

Ella volvió a sonreír y bajó la mirada hacia el libro. Los amplios márgenes estaban cubiertos de anotaciones a lápiz escritas de su mano.

—Son un magnífico ejercicio mental —dijo—. En cada caso he anotado cómo el criminal podría haber evitado ser arrestado, pero todos eran tan vulgares y tan estúpidos... En realidad, la policía de aquella época no merece ningún mérito por haberlos capturado. Lo mismo ocurre con los criminales modernos...

Fue hasta el estante, tomó dos grandes álbumes de recortes, los llevó junto al fuego y abrió uno sobre sus rodillas.

—Vulgares y estúpidos, todos ellos —repitió mientras pasaba rápidamente las páginas.

—A veces también atrapan a los inteligentes —dijo Briggerland sombríamente.

—Nunca —respondió ella, cerrando el libro de golpe—. En Inglaterra, en Francia, en América y en casi todos los países civilizados, hoy mismo hay asesinos caminando libremente, respetados por sus conciudadanos. Asesinos cuyos crímenes la policía ignora por completo. Mira esto.

Abrió nuevamente el libro.

—Aquí está el caso de Rell, que envenena a un acreedor molesto con herbicida. Todo el pueblo sabía que había comprado el veneno; todo el mundo sabía que estaba endeudado con ese hombre. ¿Qué posibilidad tenía de escapar? Aquí está Jewelville: mata a su esposa, la entierra en el sótano y luego atrae la atención sobre sí mismo huyendo. Aquí Morden, que asesina a su cuñada por el dinero del seguro y que además compra el veneno a plena luz del día y es encontrado con un frasco en el bolsillo. Personas así merecen la horca.

—Por el amor de Dios, ojalá dejaras de hablar de horcas —dijo Briggerland con voz temblorosa—. Eres inhumana, Jean, por Dios...

—Soy un ángel —sonrió ella—, ¡y tengo recortes de prensa que lo prueban! *The Daily Recorder* dedicó media columna a mi aparición en el estrado durante el juicio de Jim.

Él miró hacia el escritorio, vio la carta y la tomó.

—Así que le has escrito a la dama. ¿Vas a enviarle las joyas?

Ella asintió.

Él la miró rápidamente.

—No habrás hecho ninguna de tus rarezas con ellas, ¿verdad? —preguntó con suspicacia, y ella sonrió.

—Mi querido padre —dijo Jean Briggerland con tono lánguido—, después de mi discurso sobre la estupidez del criminal promedio, ¿imaginas que haría algo tan torpe?

Capítulo 8

—Y ahora, señora Meredith —dijo Jack Glover—, ¿qué va a hacer?

Él había pasado la mayor parte de la mañana con la nueva heredera, y Lydia había escuchado, boquiabierta, mientras él recitaba una larga e incomprensible lista de valores, propiedades, rentas de terrenos, saldos y cosas por el estilo que ella había heredado.

—¿Qué voy a hacer? —dijo ella, sacudiendo la cabeza con desesperanza—. No lo sé. No tengo la menor idea, señor Glover. Es tan desconcertante. ¿He entendido bien que todas estas propiedades son mías?

—Todavía no —dijo Jack con una sonrisa—, pero son tan suyas que, basándonos en la fuerza del testamento, estamos dispuestos a adelantarle dinero casi sin límite. El testamento tiene que ser validado y se debe llevar a cabo la sucesión, pero cuando se resuelvan estos trámites legales y hayamos pagado los altísimos impuestos sobre la herencia, tendrá derecho a disponer de su fortuna como desee. De hecho —añadió—, ya podría hacerlo. En cualquier caso, no puede seguir viviendo aquí en la calle Brinksome, y me he tomado la libertad de alquilar un apartamento amueblado en su nombre. Uno de nuestros clientes se ha ido al Continente y me ha dejado el apartamento para que disponga de él. El alquiler es muy bajo, unas veinte guineas a la semana.

—¡Veinte guineas a la semana! —exclamó la joven horrorizada—. Pero si no puedo…

Y entonces se dio cuenta de que sí «podía».

Veinte guineas a la semana no eran nada para ella. Este hecho, más que cualquier otro, le hizo comprender la magnitud de su fortuna.

—Supongo que será mejor que me mude —dijo con dudas—. La señora Morgan va a dejar esta casa y me preguntó si tenía algún plan. Creo que estaría dispuesta a venir como mi ama de llaves.

—Excelente —asintió Jack—. También necesitará una sirvienta y, por supuesto, tendrá que alojar a Jaggs por las noches.

—¿Jaggs? —preguntó ella con asombro.

—Jaggs —repitió Jack solemnemente—. Verá, señorita… le pido perdón, señora Meredith. Estoy bastante preocupado por usted, y quiero que tenga a mano a alguien de mi entera confianza, durmiendo en su apartamento por la noche. Me atrevería a decir que piensa que soy como una anciana miedosa —dijo al verla sonreír— y que mis temores son infundados, pero estará de acuerdo en que su propia experiencia de la semana pasada respalda la teoría de que cualquier cosa puede pasar en Londres.

—Pero, de verdad, señor Glover, no querrá decir que estoy en un peligro grave… ¿de parte de quién?

—De mucha gente —dijo él diplomáticamente.

—¿De la pobre señorita Briggerland? —desafió ella, y él entornó los ojos.

—La pobre señorita Briggerland —dijo en voz baja—. Sin duda es más pobre de lo que esperaba ser.

—Tonterías —se burló la chica. Estaba irritada, lo cual era inusual en ella—. Mi querido señor Glover, ¿por qué continúa su cruzada personal contra ella? ¿Cree que eso es jugar limpio, sinceramente? ¿No será más bien un caso de vanidad herida de su parte?

Él la miró atónito.
—¿Vanidad herida? ¿Se refiere a despecho?

Ella asintió.
—¿Por qué habría de estar despechado? —preguntó él lentamente.

—Usted lo sabrá mejor —respondió Lydia, y entonces él cayó en la cuenta.

—¿Acaso he estado cortejando a la señorita Briggerland por

casualidad? —preguntó.

—Usted sabrá —repitió ella.

—¡Dios santo! —y entonces empezó a reírse, y ella pensó que nunca se detendría.

—¡Supongo que la cortejé, y ella se enfadó porque me atreví a cometer semejante acto de traición hacia su prometido! Sí, eso fue. La cortejé a espaldas del pobre Jim, ella me puso en mi lugar, ¿y por eso estoy tan molesto con ella?

—Tiene usted muy buena memoria —dijo Lydia, con una sonrisita despectiva.

—Mi memoria no es tan buena como el poder de invención de la señorita Briggerland —dijo Jack—. ¿No se le ocurre pensar, señora Meredith, que si yo hubiera cortejado a esa joven, no estaría hoy aquí?

—¿A qué se refiere? —preguntó ella.

—Me refiero —dijo Jack Glover con sobriedad— a que no habría sido Bulford, sino yo, quien habría sido atraído con engaños desde su club mediante un mensaje telefónico, y a quien se le habría dicho que esperara afuera de la puerta en la calle Berkeley. Habría sido yo quien habría muerto asesinado a tiros por el padre de la señorita Briggerland desde la ventana del salón.

La joven lo miró con asombro.
—¡Qué acusación tan absurda! —dijo al fin con indignación—. ¿Insinúa que esta chica ha sido cómplice de un asesinato?

—No solo insinúo que fue cómplice, sino que me juego la vida a que ella lo planeó —dijo Jack con cautela.

—Pero la pistola fue encontrada cerca del cuerpo del señor Bulford —dijo Lydia casi triunfante, al concebir este argumento irrefutable.

Jack asintió.
—Desde el cuerpo de Bulford hasta la ventana del salón había

exactamente nueve pies. Era posible lanzar la pistola para que cayera cerca de él. Bulford estaba esperando allí por instrucciones de Jean Briggerland. Hemos rastreado la llamada telefónica que recibió en el club; provino de la casa de los Briggerland en la calle Berkeley, y el empleado del club estaba seguro de que era una voz de mujer. No descubrimos eso hasta después del juicio. El pobre Meredith estaba en el vestíbulo cuando se disparó el tiro. La señal se dio cuando él giró el pomo para salir. Escuchó el disparo, bajó corriendo los escalones y vio el cuerpo. Si recogió o no la pistola, no lo sé. Jean Briggerland jura que la tenía en la mano, pero, por supuesto, ¡Jean Briggerland es una mentirosa sin remedio!

—No puede saber lo que está diciendo —dijo Lydia en voz baja—. Es una acusación terrible, terrible, contra una joven cuyo propio rostro refuta tal afirmación.

—Su rostro es su fortuna —espetó Jack, y luego añadió con tono compungido—: Siento ser grosero, pero de alguna manera la sola mención de Jean Briggerland despierta lo peor de mí. Ahora bien, aceptará a Jaggs, ¿verdad?

—¿Quién es él? —preguntó ella.

—Es un viejo pensionista del ejército. Un tipo raro, listo como un lince; a pesar de su edad, es un viejo bastante fuerte.

—Ah, es viejo —dijo ella con cierto alivio.

—Es viejo y, en cierto modo, está incapacitado. No tiene uso de su brazo derecho, y anda un poco mal de un tobillo como resultado de una bala de los bóeres.

Ella se rió a pesar de sí misma.
—No suena como una clase de guardián muy atractivo.
—Es un viejo perfectamente limpio, aunque confieso que no lo aparenta —continuó Jack—, y no la molestará a usted ni a su servidumbre. Puede darle un cuarto donde sentarse, y darle un poco de pan con queso y un vaso de cerveza, y no la importunará.

A Lydia la situación ya le causaba gracia. Era absurdo que Jack Glover

imaginara que ella necesitaba un guardián, pero si él insistía, como lo hacía, sería mejor tener a alguien tan inofensivo como el poco agraciado Jaggs.

—¿A qué hora vendrá?

—A eso de las diez de la noche todos los días, y se irá sobre las siete de la mañana. A menos que usted lo desee, no tendrá que verlo nunca —dijo Jack.

—¿Cómo llegó a conocerlo? —preguntó con curiosidad.

—Yo conozco a todo el mundo —dijo el joven en tono jactancioso—, no olvide que soy abogado y tengo que lidiar con gente muy extraña.

Recogió sus papeles y los guardó en su maletín.
—Y ahora, ¿cuáles son sus planes para hoy? —preguntó.

A ella le molestaba la tutela autoimpuesta que él había asumido, pero no podía olvidar lo que le debía.

Por algún medio extraordinario, la había mantenido al margen del caso Meredith y no la habían llamado a declarar en la investigación judicial. De paso, de una forma igual de misteriosa, se las había arreglado para exculparse a sí mismo y a su socio; aunque el Colegio de Abogados estaba llevando a cabo su propia investigación (esto la joven no lo sabía), parecía probable que lograra escapar de las consecuencias de un acto que constituía una flagrante infracción de la ley.

—Voy a tomar el té a casa de la señora Cole-Mortimer —dijo.

—¿La señora Cole-Mortimer? —dijo él rápidamente—. ¿Cómo es que conoce a esa señora?

—De verdad, señor Glover, es usted casi impertinente —ella sonrió a pesar de su molestia—. Vino a visitarme dos o tres días después de aquella terrible mañana. Conocía al señor Meredith y era una vieja amiga de la familia.

—De hecho —dijo Jack con frialdad—, ella no conocía a Meredith, salvo

de un simple «hola y adiós», y desde luego no era amiga de la familia. Es, sin embargo, amiga de Jean Briggerland.

—¡Jean Briggerland! —dijo la joven exasperada—. ¿No puede olvidarse de ella? Es usted como el hombre de los libros de Dickens: ¡ella es la cabeza de su rey Carlos! De verdad, para ser un abogado respetable y responsable, está usted simplemente consumido por los prejuicios. Por supuesto que era amiga del señor Meredith. ¡Incluso me trajo una fotografía suya de cuando estudiaba en Eton!

—Proporcionada por Jean Briggerland —dijo el imperturbable Jack con calma—, y si le hubiera traído un par de calcetines que usó cuando era un bebé, supongo que también los habría aceptado.

—Ahora está siendo verdaderamente detestable —dijo la chica—, y yo tengo mucho que hacer.

Él se detuvo en la puerta.
—No olvide que puede mudarse a Cavendish Mansions mañana. Le enviaré la llave, y el día que se mude, Jaggs se presentará a su puesto, radiante y sonriente. No habla mucho…

—No creo que usted le dé jamás la oportunidad al pobre hombre —dijo ella con tono mordaz.

Capítulo 9

La señora Cole-Mortimer era representante de una numerosa clase de mujeres que viven tan cerca de la línea fronteriza que separa a la buena sociedad de la sociedad que no es tan buena, que los miembros de ambos grupos pensaban que ella pertenecía al otro. Tenía una casa pequeña donde daba grandes fiestas, y nadie sabía muy bien cómo esta viuda de un coronel de la India lograba llegar a fin de mes. El hecho era que su estilo de vida resultaba costoso de mantener; tenía automóvil, daba recepciones en Londres durante la temporada y desaparecía de la metrópoli cuando lo correcto era desaparecer, una época de exilio que tiene lugar entre las carreras de Goodwood en el sur y las de Doncaster en el norte.

A Lydia le había sorprendido recibir la visita de esta elegante dama, y había aceptado de buena gana la historia de su amistad con James Meredith. Había recibido con agrado la invitación de la señora Cole-Mortimer. Necesitaba algo de distracción, algo que alisara los deshilachados hilos de su vida, que ahora estaban aún más enredados de lo que jamás hubiera imaginado.

El señor Rennett le había entregado mil libras el día después de la boda, y cuando se recuperó de la impresión de poseer una suma tan grande, contrató un taxi y se dio el gusto de entregarse a un desenfreno de compras.

El alivio que sintió cuando él le informó que se haría cargo de sus asuntos y saldaría las deudas que la habían preocupado durante tres años fue tan grande que sintió como si le hubieran quitado un enorme peso de encima.

Fue con uno de sus vestidos nuevos que Lydia, sintiéndose más segura de lo habitual, hizo su visita. Esperaba encontrar una multitud en la casa de Hyde Park Crescent, y se sorprendió cuando, al ser conducida al salón, encontró solo a cuatro personas presentes.

La señora Cole-Mortimer era una mujercita pálida y vivaz de cuarenta y tantos años. Sería poco caballeroso decir cuánto representaba ese «y tantos». Se acercó a Lydia con las manos extendidas.

—Querida —dijo con desmesurado placer—, me alegro de que hayas podido venir. ¿Conoces a la señorita Briggerland y al señor Briggerland?

Lydia levantó la vista hacia la alta figura del hombre que había visto en la platea la noche anterior a su boda y lo reconoció al instante.

—Señor Marcus Stepney, creo que no se conocen.

Lydia saludó con una inclinación de cabeza a un hombre de aspecto elegante de unos treinta años, inmaculadamente vestido. Era muy apuesto, pensó ella, con un atractivo moreno, pero resultaba un poco demasiado «moderno» para su gusto. No le gustaban los hombres de revista de moda, y aunque el crítico más exigente no habría podido encontrar ningún defecto en su correcta vestimenta, le dio la impresión de ir demasiado arreglado.

Lydia no esperaba encontrarse con la señorita Briggerland y su padre, aunque tenía un vago recuerdo de que la señora Cole-Mortimer había mencionado su nombre. Entonces, en un instante, recordó las sospechas de Jack Glover, de las que se había burlado. La asociación de ideas la hizo sentir un poco incómoda, y Jean Briggerland, cuya intuición rozaba lo asombroso, debió de leer la duda en su rostro.

—La señora Meredith esperaba vernos, ¿verdad, Margaret? —dijo, dirigiéndose a la parlanchina anfitriona—. Seguramente le dijiste que éramos grandes amigas.

—Por supuesto que lo hice, querida. Conociendo a tu querido primo y a su querido padre, no era de extrañar que conociera a toda la familia —y sonrió con complicidad de una a la otra.

¡Por supuesto! Qué absurda era, pensó Lydia. Casi había olvidado, y probablemente Jack Glover también lo había olvidado, que los Briggerland y los Meredith eran parientes.

Se encontró conversando en un rincón de la habitación con la joven, y se puso a estudiar su rostro de nuevo. Una inspección más cercana no hizo más que consolidar su juicio anterior. Sonrió para sus adentros al

recordar la ridícula advertencia de Jack Glover. Era como matar a una mariposa con un martillo de vapor, desatar tanta venganza contra esta frágil pieza de porcelana.

—¿Y cómo te sientes ahora que eres muy rica? —preguntó Jean con amabilidad.

—Todavía no me he dado cuenta —sonrió Lydia.

Jean asintió.
—Supongo que aún tienes que arreglar cuentas con los abogados. ¿Quiénes son? Ah, sí, por supuesto, el señor Glover era el abogado del pobre Jim. —Suspiró—. Me disgustan los abogados —dijo con un escalofrío—, ¡son tan extremadamente paternalistas! Sienten que ellos y solo ellos están calificados para dirigir tu vida y tus acciones. Supongo que es una segunda naturaleza en ellos. Luego, por supuesto, ganan muchísimo dinero con comisiones y honorarios, aunque estoy segura de que a Jack Glover no le preocuparía eso. Es realmente un buen chico —dijo con seriedad—, y no creo que pudieras tener un mejor amigo.

Lydia se sintió conmovida ante la generosidad de esta joven a la que aquel hombre había difamado tanto.

—Ha sido muy bueno conmigo —dijo—, aunque, por supuesto, es un poco quisquilloso.

Los labios de Jean temblaron de diversión.
—¿Te ha advertido sobre mí? —preguntó solemnemente—. ¿Te ha dicho que soy un ogro terrible? —Y luego, sin esperar respuesta—: A veces pienso que el pobre Jack está solo un poco… bueno, no diría loco, pero sí un poco raro. Sus aversiones son tan violentas. Literalmente detesta a Margaret, aunque nunca he podido entender por qué.

—A mí no me odia —rio Lydia, y Jean la miró de forma extraña.

—No, supongo que no —dijo—. No me imagino a nadie odiándote, Lydia. ¿Puedo llamarte por tu nombre?

—Me encantaría que lo hicieras —dijo Lydia con calidez.

—No me imagino a nadie odiándote —repitió la joven pensativa—. Y, por supuesto, Jack no te odiaría porque eres su cliente… una cliente muy rica y atractiva, además, querida. —Le dio unos golpecitos en la mejilla a la joven y Lydia, por alguna razón, se sintió tonta.

Pero, como si no fuera consciente de la incomodidad que había causado, Jean continuó.
—Tampoco lo culpo, la verdad. ¡Tengo la astuta sospecha de que todas estas advertencias contra mí y contra otros posibles enemigos le proporcionarán una excelente excusa para verte todos los días y actuar como tu guardaespaldas personal!

Lydia negó con la cabeza.
—Esa parte ya la ha delegado —dijo, devolviéndole la sonrisa—. Ha designado al señor Jaggs como mi guardaespaldas.

—¿El señor Jaggs? —El tono fue uniforme, la nota de interrogación no pareció forzada.

—Es un anciano caballero en quien el señor Glover está interesado, un viejo pensionista del ejército. Más allá del hecho de que no puede usar su brazo derecho, que cojea de la pierna izquierda y que le gusta la cerveza y el queso, parece un perro guardián admirable —dijo Lydia con humor.

—¿Jaggs? —repitió la joven—. Me pregunto dónde he oído ese nombre antes. ¿Es detective?

—No, no lo creo. Pero el señor Glover piensa que debería tener a algún tipo de hombre durmiendo en mi nuevo apartamento y Jaggs fue debidamente contratado.

Poco después, el señor Marcus Stepney se acercó y a Lydia le pareció bastante poco interesante. Menos aburrido fue Briggerland, pues tenía un sinfín de historias y experiencias que contar, y tenía, además, una de esas voces suaves y tranquilizadoras que son tan raras en los hombres.

Ya había oscurecido cuando salió con el señor y la señorita Briggerland,

y sintió que la tarde no había sido en vano. Pues tenía un concepto más claro del carácter de la joven y estaba poniendo el interés de Jack Glover en una mejor perspectiva. La parte mercenaria del asunto la asqueaba un poco. Había algo tan misterioso, tan feo en su visión de la vida, y bien podría haber no poco interés personal en sus cuidados hacia ella.

Se quedó de pie en el escalón de la casa hablando con la joven, mientras el señor Briggerland encendía un cigarrillo con un encendedor patentado. Hyde Park Crescent estaba desierto, salvo por un hombre que estaba cerca de la barandilla que protegía el área de la casa de la señora Cole-Mortimer. Al parecer, se estaba atando los cordones de los zapatos.

Bajaron a la acera y el señor Briggerland buscó su auto.
—Me gustaría llevarla a casa. Mi chofer prometió estar aquí a las cuatro. Estos hombres son de lo más poco fiables.

Por el otro extremo del Crescent aparecieron las luces de un auto. Al principio Lydia pensó que podría ser el del señor Briggerland e iba a excusarse porque quería irse a casa sola. El auto se acercaba, además, a una velocidad tremenda. Lo observó mientras se dirigía furiosamente hacia ella, y no se dio cuenta de que el señor Briggerland y su hija la habían dejado sola en la acera y se habían alejado unos pasos.

De repente el auto dio un volantazo, se subió a la acera y se abalanzó sobre ella. Parecía que nada podría salvarla, y se quedó paralizada por el horror, esperando la muerte.

Entonces un brazo le agarró la cintura, un brazo poderoso que la levantó del suelo y la lanzó hacia atrás contra la barandilla, mientras el auto pasaba a toda velocidad, y el guardabarros no la alcanzó por apenas un centímetro. El vehículo frenó de golpe, y la joven, con el rostro pálido, vio a Briggerland y a Jean correr hacia ella.

—Nunca me habría perdonado si le hubiera pasado algo. Creo que mi chofer debe estar borracho —dijo Briggerland con voz agitada.

Ella no tenía palabras. Solo pudo asentir, y entonces recordó a su salvador y se dio la vuelta para encontrarse con los ojos solemnes de

un anciano encorvado, cuya barba blanca y puntiaguda y cejas blancas y erizadas le daban un aspecto de halcón. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo. Con la otra se tocaba su maltrecho sombrero.

—Perdón, señorita —dijo con voz ronca—, me llamo Jaggs. Y me presento para el servicio.

Capítulo 10

Jack Glover escuchó con mucha atención la historia que contó la joven. Había pasado por su alojamiento a la mañana siguiente para obtener su firma en algunos documentos, y ella, sin aliento y un poco avergonzada, le contó lo que había sucedido.

—Por supuesto que fue un accidente —insistió ella—; de hecho, el señor y la señorita Briggerland casi son atropellados por el auto. Pero no sabe lo agradecida que estoy de que su señor Jaggs estuviera en el lugar.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Jack.

—No lo sé —respondió la joven—. Simplemente se alejó cojeando sin decir una palabra más y no volví a verlo, aunque me pareció verlo de reojo cuando entré a esta casa anoche. ¿Cómo es que estaba allí? —preguntó con curiosidad.

—Eso tiene una explicación sencilla —respondió Jack—. Le dije al viejo que no la perdiera de vista desde el anochecer hasta el amanecer.

—Entonces, ¿cree que estoy a salvo durante el día? —bromeó ella.

Él asintió.

—No sé si reírme de usted o enojarme mucho —dijo ella, sacudiendo la cabeza en tono de reproche—. ¡Por supuesto que fue un accidente!

—No estoy de acuerdo —dijo Jack—. ¿Alcanzó a ver al chofer?

—No —dijo ella sorprendida—. No se me ocurrió mirarlo.

Él asintió. —Si lo hubiera hecho, probablemente habría visto a un viejo amigo, es decir, al caballero que se la llevó del Teatro Erving —dijo en voz baja.

A Lydia le resultaba difícil analizar sus propios sentimientos. Sabía que Jack Glover estaba equivocado, monstruosamente equivocado. Estaba completamente segura de que su fantástica teoría no tenía fundamento y, sin embargo, no podía ignorar su sinceridad. Al recordar

que Jean lo había descrito como «un poco raro», intentó encajar esa descripción con lo que ella conocía de él, solo para admitir para sus adentros que, en lo que a ella respectaba, él había sido excepcionalmente normal. La insinuación de que su objetivo era mercenario y que la veía como un partido rentable para sí mismo, la descartó sin pensarlo.

—De todos modos, me agrada su señor Jaggs —dijo ella.

—Más de lo que le agrado yo, deduzco por su tono —sonrió Jack—. No es un mal viejo.

—Es un viejo muy fuerte —dijo ella—. Me levantó como si fuera una pluma… Aún no sé cómo escapé. Falló el mecanismo de dirección —explicó innecesariamente.

—Vaya —dijo Jack con cortesía—, ¡y se arregló justo a tiempo para permitirle al chofer esquivar a Briggerland y a su angelical hija!

Ella hizo un gesto de desesperación. —Usted no tiene remedio —dijo —. Esas cosas pasaban en la Edad Media; los hombres y las mujeres no se asesinan unos a otros en el siglo veinte.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó él—. La naturaleza humana no ha cambiado en dos mil años. El instinto de matar es tan fuerte como siempre, o las guerras serían imposibles. Si cualquier hombre o mujer pudiera cometer un asesinato a sangre fría, no hay razón por la que no pudiera cometer cien. En Inglaterra, Estados Unidos y Francia se detectan cincuenta asesinatos a sangre fría cada año. El doble de esa cantidad no se detecta. El crimen no se vuelve más imposible porque el criminal sea apuesto.

—No tiene remedio —repitió ella, y Jack no hizo más intentos de convencerla.

El jueves de esa semana cambió su alojamiento por un hermoso apartamento en Cavendish Place, y la señora Morgan había prometido reunirse con ella una semana después, cuando hubiera resuelto sus propios asuntos de negocios.

Lydia tuvo la suerte de conseguir dos sirvientas de una de las agencias, una de las cuales dormiría en el lugar. El apartamento no era ilimitado, y se arrepintió de haber prometido poner una habitación a disposición del anciano señor Jaggs. Si iba a estar despierto toda la noche, como ella suponía, y dormía de día, se le podría haber acomodado en la cocina, y así se lo insinuó a Jack. Para su sorpresa, el abogado rechazó esa idea.

—No le conviene que su servidumbre sepa que tiene un vigilante.

—¿Y qué imagina que pensarán que es? —preguntó ella con desdén—. ¿Cómo puedo tener a un anciano en el apartamento sin explicar por qué está ahí?

—Su explicación podría ser que se encarga de limpiar los zapatos.

—No le tomaría toda la noche limpiar los zapatos. Además, le estoy demasiado agradecida como para querer que haga algo.

El señor Jaggs se presentó de nuevo al servicio esa noche. Llegó a las nueve y media, un anciano de aspecto andrajoso, y Lydia, que aún no se había acostumbrado a su nueva magnificencia, salió al pasillo a recibirlo.

Ciertamente no era una figura atractiva, y Lydia descubrió que, además de sus otras desgracias, tenía un ligero estrabismo.

—No tuve la oportunidad de darle las gracias el otro día, señor Jaggs —dijo—. Creo que me salvó la vida.

—No hay de qué, señorita —dijo él con su voz ronca—. ¡El deber es el deber! Ella pensó que él miraba por encima de su hombro, hasta que se dio cuenta de que su curiosa y desviada línea de visión era parte de su dolencia.

—Le mostraré su habitación —dijo apresuradamente.

Lo guio por el pasillo, abrió la puerta de una pequeña habitación que había sido preparada para él y encendió la luz.

—Demasiada luz para mí, señorita —dijo el anciano sacudiendo la cabeza—. Me gusta sentarme a oscuras y escuchar, eso es lo que me gusta, sentarme a oscuras y escuchar.

—Pero no puede sentarse a oscuras, querrá leer, ¿no es así?

—No sé leer, señorita —dijo Jaggs alegremente—. Tampoco escribir. Y no creo que me vaya peor por eso.

Con renuencia, ella apagó la luz. —Pero no podrá ver su comida.

—Puedo encontrarla a tientas, señorita —dijo con una risita ronca—. No se preocupe por mí. Me quedaré aquí sentado a pensar un buen rato.

Si antes se sentía incómoda, ahora estaba realmente azorada. La sola vista de la puerta tras la cual el viejo Jaggs estaba sentado para «pensar un buen rato» la irritaba. No pudo conciliar el sueño durante mucho tiempo esa noche pensando en él sentado en la oscuridad, y «escuchando», como él decía, y, para cuando se quedó dormida, ya había resuelto firmemente poner fin a un estado de cosas que le resultaba particularmente desagradable.

Se despertó cuando la sirvienta le trajo el té, para enterarse de que Jaggs se había ido.

La sirvienta también tenía sus propias opiniones sobre el «anciano». Dijo que no había dormido en toda la noche de tanto pensar en él, aunque probablemente esto fuera una exageración.

El arreglo debe terminar, pensó Lydia, y pasó por la oficina de Jack Glover esa tarde para decírselo. Jack escuchó sin hacer comentarios hasta que ella hubo terminado.

—Lamento que le preocupe, pero se acostumbrará a él con el tiempo, y le agradecería si lo retuviera un mes. Me aliviaría de mucha ansiedad.

Al principio ella estaba decidida a salirse con la suya, pero él fue tan insistente, tan suplicante, que al final se rindió.

Lucy, la nueva sirvienta, sin embargo, no fue tan fácil de convencer.

—No me gusta, señorita —dijo—, parece un viejo vagabundo y estoy segura de que nos asesinarán en nuestras camas.

—Qué optimista eres, Lucy —rio Lydia—. Por supuesto que no hay ningún peligro por parte del señor Jaggs, y la verdad es que me fue de gran utilidad.

La chica refunfuñó y asintió con cierto enfado, y Lydia tuvo el presentimiento de que iba a perder a una buena sirvienta. En esto no se equivocaba.

El viejo Jaggs llegó a las nueve y media esa noche, y la sirvienta le abrió la puerta; esta marchó altivamente delante de él y le abrió la puerta de su cuarto.

—Ahí está su habitación —espetó—, y la verdad, preferiría tener su cuarto vacío que aguantar su compañía.

—¿De verdad, señorita? —dijo Jaggs con voz sibilante, y Lydia, atraída por el sonido de las voces, se acercó a la puerta y escuchó con cierta diversión.

—Señor, bendito sea, tampoco es un mal cuarto. Apaga la luz, mi niña, no me gusta la luz. Me gusta la oscuridad, como en esas celditas de la prisión de Holloway, a donde te llevaron hace dos años por robarle a tu patrona.

La sonrisa desapareció del rostro de Lydia. Escuchó a la chica dar un grito ahogado.

—¡Viejo mentiroso! —siseó.

—Lucy Jones, así te llamas ahora… en aquellos tiempos solías ser Mary Welch —rio por lo bajo el viejo Jaggs.

—No voy a permitir que me insulten —casi gritó Lucy, aunque había una nota de miedo en su voz estridente—. Me voy esta misma noche.

—No lo harás, mi niña —dijo el viejo Jaggs con complacencia—. Vas a dormir aquí esta noche, y te irás por la mañana. Si intentas salir por esa puerta antes de que yo te deje, te arrestarán.

—No tienen nada en mi contra —dijo la chica, traicionada por los nervios.

—Cartas de recomendación falsas, mi niña. Fingir que vienes de la agencia, cuando no es así. Ese es otro delito. Que Dios te bendiga, tengo suficiente en tu contra para meterte en la cárcel por un año.

Lydia dio un paso adelante. —¿Qué es eso que dice de mi sirvienta?

—Buenas noches, señora. —El anciano se tocó la frente con los nudillos a modo de saludo—. Solo estaba teniendo una discusión con su señorita.

—¿Está diciendo que es una ladrona?

—Por supuesto que lo es, señorita —dijo Jaggs con desdén—. ¡Pregúnteselo usted misma!

Pero Lucy se había metido en su habitación, había dado un portazo y pasado el pestillo.

A la mañana siguiente, cuando Lydia se despertó, el apartamento estaba vacío, excepto por ella misma. Pero apenas había terminado de vestirse cuando llamaron a la puerta, y apareció una chica de campo, arreglada y de aspecto lozano, con una amplia sonrisa y una expresión de alegría que le calentó el corazón a Lydia.

—Usted es la señora que busca una sirvienta, ¿no es así?

—Sí —dijo Lydia sorprendida—. ¿Pero quién la envió?

—Ayer recibí un telegrama, señora, desde el campo.

—Entre —dijo Lydia, desconcertada.

—¿No es correcto? —preguntó la muchacha, un poco decepcionada —. Me enviaron el dinero del pasaje. Vine en el primer tren.

—Todo está perfectamente bien —dijo Lydia—; solo me pregunto quién dirige este apartamento, ¿yo o el señor Jaggs?

Capítulo 11

Jean Briggerland había pasado una tarde muy ocupada. Había habido un desfile de visitantes en la hermosa casa de la calle Berkeley.

El señor Briggerland tenía inclinaciones filantrópicas y había fundado un club en el East End de Londres que tenía como objetivo elevar el nivel moral de Limehouse, Wapping, Poplar y los distritos adyacentes. Se inauguró sin ostentación, con un hombre llamado Faire como gerente general. El señor Faire había tenido a lo largo de su vida varios enfrentamientos agitados con la policía, en los que invariablemente había resultado perdedor. Y fue en su papel de persona reformada que asumió la dirección de este club de mejoramiento social.

Bienintencionados oficiales de policía habían advertido al señor Briggerland que Faire tenía mala reputación. El señor Briggerland escuchó, agradeció la advertencia, pero explicó que Faire había caído bajo la influencia del nuevo movimiento de progreso, y que de ahí en adelante sería un ciudadano ejemplar. Más tarde, la policía tuvo ocasión de hacer extensiva su advertencia a su fundador. El club estaba siendo utilizado por conocidos personajes criminales; hombres que ya habían estado en la cárcel y estaban haciendo méritos para una visita de regreso.

Una vez más, el señor Briggerland señaló el propósito de la institución, que consistía en introducir a los hombres malos en la sociedad de hombres y mujeres buenos, y despertar en ellos el deseo de cosas mejores. Citó un texto famoso con gran efecto. Pero aun así, la policía seguía sin estar convencida.

Era costumbre de la señorita Jean Briggerland recibir a miembros selectos del club e invitarlos a tomar el té en la calle Berkeley. Sus amistades pensaban que era algo muy «dulce» y muy «atrevido», y se preguntaban si no temía contagiarse de algún tipo de enfermedad peculiar del East End de Londres. Pero Jean no se preocupaba por esas cosas. Aquella tarde, después de que se hubiera marchado el último de

sus visitantes, bajó a la pequeña salita matinal donde tenían lugar aquellas recepciones y se encontró con dos hombres, que se levantaron torpemente cuando ella entró.

La amable influencia del club no había logrado que parecieran otra cosa que lo que eran. Llevaban la palabra «presidiario» escrita por todas partes.

—Me alegro mucho de que hayan venido —dijo Jean con dulzura—. Señor Hoggins…

—Ese soy yo, señorita —dijo uno, con una sonrisa.

—Y el señor Talmot.

El segundo hombre mostró los dientes.

—Siempre me alegra ver a los miembros del club —dijo Jean, ocupada con la tetera—, especialmente a hombres que lo han pasado tan mal como ustedes. Acaba de salir de la cárcel, ¿no es así, señor Hoggins? —preguntó ella con inocencia.

Hoggins se puso rojo y tosió.

—Sí, señorita —dijo con voz ronca y añadió sin venir a cuento—: ¡Yo no lo hice!

—Estoy segura de que era inocente —dijo ella con una sonrisa de simpatía—, y de verdad, aunque fuera culpable, no creo que ustedes tengan tanta culpa. ¡Miren qué mal lo pasan! Qué desventajas sufren, mientras aquí, en el West End, la gente desperdicia dinero que en realidad debería ir a parar a sus esposas e hijos.

—Así es —dijo el señor Hoggins.

—Conozco a una chica que es tremendamente rica —continuó parloteando Jean—. Vive en el 84 de Cavendish Mansions, justo en el último piso, y, por supuesto, es muy tonta al dormir con las ventanas abiertas, especialmente porque la gente podría bajar desde el tejado; allí hay una escalera de incendios. Siempre tiene un montón de joyas (creo que las guarda debajo de la almohada), y por lo general hay unos

cuantos cientos de libras esparcidos por el dormitorio. A eso es a lo que yo llamo poner la tentación en el camino de los débiles.

Levantó sus ojos azules, vio el brillo en los ojos del hombre y prosiguió.

—Le he dicho un montón de veces que hay peligro, pero ella solo se ríe. Hay un anciano que duerme en la casa… un anciano bastante débil que solo puede usar un brazo. Por supuesto, si ella gritara, supongo que él acudiría a su rescate, pero un verdadero ladrón no la dejaría gritar, ¿verdad? —preguntó.

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—No —suspiró uno.

—Especialmente ya que podrían escapar limpiamente si fueran listos —dijo Jean—, y no es probable que la dejaran en condiciones de delatarlos, ¿verdad?

El señor Hoggins se aclaró la garganta.

—No es muy probable, señorita —dijo.

Jean se encogió de hombros.

—Las mujeres hacen estas cosas y luego culpan al pobre hombre para el que mil libras serían una fortuna, solo porque va y las toma. Personalmente, no me gustaría vivir en el 84 de Cavendish Mansions.

—84 de Cavendish Mansions —murmuró el señor Hoggins distraídamente.

Su última condena había sido de diez años de trabajos forzados. Su próxima condena sería de por vida. Nadie lo sabía mejor que Jean Briggerland mientras continuaba hablando del club y de la maravillosa labor que estaba realizando.

Despidió a sus visitantes y regresó a su sala de estar. Cuando se disponía a subir la escalera, su sirvienta la interceptó.

—Mary está en su habitación, señorita —le dijo en voz baja.

Jean frunció el ceño, pero no respondió.

La mujer, que aguardaba a la joven de pie y con torpeza en el centro de la habitación, la saludó con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, señorita —dijo—, pero esta mañana perdí mi trabajo. Ese viejo me descubrió. Es un sabueso… un detective.

Jean Briggerland la observó con rostro impasible, salvo porque su hermosa boca adquirió la patética y pequeña inclinación que había despertado la piedad de un juez y de todo un ejército de abogados.

—¿Cuándo pasó esto? —preguntó.

—Anoche, señorita. Él llegó y yo me puse un poco insolente con él, y se volvió contra mí, el viejo demonio, y me dijo mi verdadero nombre y que yo había conseguido el trabajo falsificando recomendaciones.

Jean se sentó despacio en la silla veneciana acolchada que había frente a su escritorio.

—¿Jaggs? —preguntó.

—Sí, señorita.

—¿Y por qué no vino aquí de inmediato?

—Pensé que podrían haberme seguido, señorita.

La joven se mordió el labio y asintió.

—Hizo muy bien —dijo, y luego, tras un momento de reflexión, añadió —: Estaremos en París la semana que viene. Será mejor que se vaya en el tren nocturno y nos espere en el apartamento.

Le dio a la sirvienta algo de dinero y, después de que esta se marchara, se sentó durante una hora frente al fuego, mirando hacia sus rojas profundidades.

Por fin se levantó, un poco entumecida, corrió la pesada cortina de seda sobre las ventanas y encendió la luz, y había en su rostro una sonrisa que resultaba muy hermosa de ver. Porque en aquella hora le había llegado una inspiración.

Buscó a su padre en su estudio y le contó su plan, y él palideció y se estremeció ante el mismísimo horror del mismo.

Capítulo 12

El señor Briggerland, al parecer, tenía algún otro objetivo en la vida que la regeneración de las clases criminales. Era sociólogo, un título impreciso que abarca una gran cantidad de investigaciones inquisitivas sobre los asuntos de los demás. Además, había publicado un libro sobre el tema. Su nombre figuraba en la portada y el libro había sido reseñado a su favor; aunque, en honor a la verdad, él no hizo más que sugerir el título, ya que la obra en cuestión había sido realizada por un escritor sobre la materia que, a cambio de una compensación, había permitido al señor Briggerland adoptar al fruto de su cerebro.

Una mañana en que una pálida luz solar amarilla iluminaba su comedor, el señor Briggerland dejó su periódico y miró a su hija al otro lado de la mesa. Tenía un club en el East End de Londres y su gerente había telefoneado esa mañana enviando un informe un tanto desafortunado.

—¿Te acuerdas de ese hombre, Talmot, querida? —preguntó.

Ella asintió y levantó la vista rápidamente. —Sí, ¿qué pasa con él?

—Está en el hospital —dijo el señor Briggerland—. Me temo que él y Hoggins estaban implicados en algún plan nefando y que, al intentar entrar —a lo que, por supuesto, no tenían derecho a entrar— en un bloque de apartamentos en Cavendish Place, el pobre Talmot resbaló y cayó desde el alféizar de una ventana del cuarto piso, rompiéndose la pierna. Hoggins tuvo que llevarlo al hospital.

La joven estiró la mano para tomar tocino del plato caliente.

—Debería haberse roto el cuello —dijo con calma—. ¿Supongo que ahora la policía está haciendo indagaciones delicadas?

—No, no —se apresuró a asegurarle el señor Briggerland—. Nadie sabe nada al respecto, ni siquiera el… ejem… afortunado ocupante del apartamento que evidentemente intentaban robar. Solo me enteré porque el gerente del club, que recibe información de esta índole, pensó que me interesaría.

—De todos modos, me alegro de que no lo lograran —dijo Jean al cabo de un momento—. La posibilidad de que lo intentaran me preocupaba bastante. El tipo como Hoggins es tan torpe que era casi seguro que fracasarían.

Era un hecho curioso que mientras su padre hacía las referencias más cautelosas a todas sus hazañas y las revestía con ropajes de eufemismos, su hija nunca intentaba semejante disfraz. El psicólogo encontraría en la reticencia del señor Briggerland el embrión de una rectitud antaño dominante, de la cual no quedaba rastro en el equipamiento moral de su hija.

—He estado intentando ubicar a ese hombre, Jaggs —continuó ella con un leve ceño fruncido de desconcierto—, y me desconcierta por completo. Llega todas las noches en un taxi, a veces desde St. Pancras, a veces desde Euston, a veces desde la estación de London Bridge.

—¿Crees que es detective?

—No lo sé —dijo pensativa—. Si lo es, ha sido importado de las provincias. No es un hombre de Scotland Yard. Por supuesto, puede ser un viejo policía jubilado, y he estado intentando rastrearlo desde esa fuente.

—No debería ser difícil averiguar todo sobre él —dijo el señor Briggerland con soltura—. Un hombre con sus dolencias debería ser bastante conocido.

Miró su reloj.

—Mi cita en Norwood es a las once —dijo. Hizo una pequeña mueca de disgusto.

—¿Preferirías que fuera yo? —preguntó la joven.

El señor Briggerland habría preferido con creces que ella hubiera asumido la desagradable experiencia que tenía por delante, pero no se atrevía a confesarlo.

—¿Tú, querida? ¡Claro que no! No permitiría que pasaras por una experiencia semejante. No, no, no me importa en absoluto.

No obstante, se tomó dos vasos largos de brandy antes de marcharse.

Su auto lo dejó ante las puertas de hierro de un edificio de estuco bajo y feo, rodeado de altos muros, y el empleado uniformado, tras examinar sus credenciales, le permitió la entrada. Tuvo que esperar un poco antes de que llegara un segundo empleado para conducirlo ante el superintendente médico, un hombre de edad avanzada que no parecía abrumado de alegría por el honor que el señor Briggerland le dispensaba.

—Lamento no poder acompañarlo en el recorrido, señor Briggerland —dijo—. Tengo un compromiso en la ciudad, pero mi asistente, el doctor Carew, lo guiará por el manicomio y le dará toda la información que necesite. Esto, por supuesto, como usted sabe, es una institución privada. Habría pensado que obtendría más material para su libro en uno de los grandes manicomios públicos. Sabe usted, las personas que envían a Norwood no son los casos leves, y verá escenas bastante terribles. ¿Está preparado para eso?

El señor Briggerland asintió. Estaba preparado hasta el equivalente de dos buenos tragos de brandy. Además, era plenamente consciente de que Norwood era el manicomio al que se trasladaba a los lunáticos más peligrosos.

El doctor Carew resultó ser un alienista joven y entusiasta que ponía su cuerpo y alma en su trabajo.

—Supongo que está preparado para ver cosas espeluznantes —dijo con una sonrisa, mientras conducía al señor Briggerland a lo largo de un pasillo con bóveda de piedra.

Abrió una puerta de acero, cuyas barras estaban revestidas con gruesas capas de caucho, cruzó un terreno cubierto de hierba (en Norwood no había caminos pavimentados con losas de piedra) y entró en uno de los tres edificios que constituían el manicomio propiamente dicho.

Fue una experiencia desgarradora, desoladora y, hasta cierto punto, decepcionante para el señor Briggerland. Cierto es que su corazón no

se rompió, porque estaba hecho de un material inquebrantable, y su decepción se vio contrarrestada por un cierto y vago alivio.

Al cabo de dos horas de inspección, se encontraban afuera, en los grandes campos de juego, observando a los pacientes menos violentos deambular sin rumbo fijo. Excepto uno, no estaban acompañados por cuidadores, pero en el caso de este hombre, dos robustos individuos uniformados caminaban a cada uno de sus lados.

—¿Quién es él? —preguntó Briggerland.

—Ese es un caso bastante triste —dijo el alienista con alegría. Había señalado muchos «casos tristes» con el mismo semblante jovial—. Es médico y un auténtico homicida. Por suerte lo descubrieron antes de que hiciera alguna fechoría, o de lo contrario estaría en Broadmoor.

—¿No temen nunca que estos hombres escapen? —preguntó el señor Briggerland.

—Ya me lo ha preguntado antes —dijo el doctor con sorpresa—. № Verá, un manicomio no es como una prisión; para lograr una buena fuga de la cárcel se necesita ayuda externa. Nadie quiere ayudar a escapar a un lunático; de lo contrario, sería más fácil que salir de prisión, porque no tenemos patrullas en los terrenos, los pabellones se pueden abrir desde el exterior sin llave y la patrulla nocturna que visita los pabellones cada media hora no tiene tiempo para ninguna otra observación. ¿Le gustaría hablar con el doctor Thun?

El señor Briggerland dudó solo un segundo. —Sí —dijo con voz ronca.

No había nada en el aspecto del paciente que sugiriera que fuera peligroso en modo alguno. Un hombre rubio, con barba y ojos de un azul pálido, extendió la mano impulsivamente hacia el visitante y, tras una vacilación momentánea, el señor Briggerland se la estrechó y sintió su mano atrapada en un apretón como el de un tornillo de banco. Los dos cuidadores intercambiaron miradas con el médico del manicomio y se alejaron un poco.

—Creo que puede hablar con él sin temor —dijo el doctor en voz baja; no tan baja, sin embargo, como para que el paciente no la oyera, pues se echó a reír.

—Sin temor, favor ni prejuicio, ¿eh? Sí, así es como tomaron juramento a los oficiales en mi consejo de guerra.

—El doctor era el general responsable de las pérdidas en Caporetto —explicó el doctor Carew—. Allí fue donde los italianos sufrieron bajas tan graves.

Thun asintió. —Por supuesto, yo era perfectamente inocente —le explicó a Briggerland con seriedad y, tomando al visitante del brazo, paseó por el campo, mientras el médico y los dos cuidadores los seguían a distancia. El señor Briggerland respiró un poco más deprisa al sentir la fuerza de los bíceps del paciente.

—Mi condena —dijo el doctor Thun con gravedad— se debió al hecho de que había mujeres sentadas en el consejo de guerra, lo cual, por supuesto, va en contra de todo reglamento.

—Ciertamente —murmuró el señor Briggerland.

—Mantenerme aquí —continuó Thun— forma parte del complot del gobierno italiano. Naturalmente, no quieren que alcance a mis enemigos, a quienes tengo sobradas razones para creer que se encuentran en Londres.

El señor Briggerland respiró hondo. —Están en Londres —dijo un poco ronco—. Da la casualidad de que sé dónde están.

—¿De verdad? —dijo el otro con naturalidad, y luego una nube pasó por su rostro y sacudió la cabeza—. Están a salvo de mi venganza —dijo con cierta tristeza—. Mientras me tengan en este lugar fingiendo que estoy loco, no tengo ninguna posibilidad.

El visitante miró a su alrededor y vio que los tres hombres que los seguían estaban fuera del alcance del oído.

—Supongamos que viniera mañana por la noche —dijo, bajando la voz — y lo ayudara a escapar. ¿Cuál es su pabellón?

—El número 6 —dijo el otro en el mismo tono. Sus ojos brillaban intensamente.

—¿Cree que se acordará? —preguntó Briggerland.

Thun asintió.

"Vendrá mañana por la noche… el número 6, el primer cubículo a la izquierda", susurró, "¿no me fallará? Si pensara que va a fallarme…" Sus ojos volvieron a encenderse.

—No le fallaré —dijo el señor Briggerland a toda prisa—. Cuando el reloj marque las doce, puede esperarme.

—Usted debe de ser el mariscal Foch —murmuró Thun, y luego, con toda la astucia de un loco, cambió de tema a medida que el médico y los cuidadores, que habían notado su agitación, se acercaban. —Créame, señor Briggerland —continuó con aire desenfadado—, la estrategia de los Aliados estuvo errada hasta que yo asumí el mando del ejército…

Diez minutos más vez tarde, el señor Briggerland se encontraba en su auto de camino a casa, un poco sin aliento y más que un poco aterrorizado por la desagradable tarea que se había impuesto; pero también jubiloso por su asombroso éxito.

Jean había dicho que tal vez tendría que visitar una docena de manicomios antes de encontrar su oportunidad y al hombre adecuado, y lo había logrado al primer intento. Sin embargo… se estremeció ante la imagen que evocó: aquella escalada por el alto muro (ya había localizado el pabellón, pues había seguido al general y a los cuidadores y lo había visto quedar a buen recaudo), aquella asociación a medianoche con un loco…

Entró de improviso adonde estaba Jean con sus noticias.

—Al primer intento, querida, ¿qué te parece? —Su rostro moreno brillaba con un orgullo casi infantil, y ella lo miró con una media sonrisa.

—Pensé que lo harías —dijo ella con calma—. En cualquier caso, esa es

la parte tosca del trabajo.

—¡La parte tosca! —dijo él indignado.

Ella asintió.

—La mitad de la dificultad va a consistir en encubrir tu visita al manicomio, porque es seguro que este hombre mencionará tu nombre, y no todo se descartará como imaginación de un loco. Ahora creo que haré mi prometida visita a la señora Meredith.

Capítulo 13

Había una cosa que desconcertaba y casi mortificaba a Lydia Meredith, y era que la profecía de Jean Briggerland no se hubiera cumplido. Jean había dicho, medio en broma, que Jack Glover sería un visitante frecuente del apartamento; en realidad, no apareció ni una sola vez. Incluso cuando ella visitaba las oficinas de Rennett, Glover y Simpson, era el señor Rennett quien la atendía, y Jack permanecía invisible. A veces el señor Rennett explicaba que estaba en los tribunales, pues Jack llevaba todo el trabajo judicial; otras veces decía que había regresado a casa.

Lo vio una vez fugazmente mientras pasaba en coche frente a los Tribunales de Justicia, en el Strand. Estaba de pie sobre la acera hablando con un abogado de peluca, de modo que quizá el señor Rennett no había dicho más que la verdad al afirmar que el tiempo del joven estaba absorbido casi por completo por los procesos judiciales.

Sintió suficiente curiosidad como para consultar la guía telefónica y averiguar dónde vivía. Había unos cincuenta Glover, y diez de ellos eran John Glover; y ella era lo bastante mujer para llamar a seis de los más probables solo para descubrir que su señor Glover no figuraba entre ellos. No supo hasta más tarde que su nombre completo era Bertram John Glover; de lo contrario, habría encontrado su dirección sin dificultad.

La señora Morgan había llegado ya, para infinito alivio de Lydia, y había tomado el control de los asuntos domésticos. La nueva criada era tan perfecta como puede serlo una criada nueva, y salvo por la intrusión nocturna del taciturno Jaggs, por quien, por alguna razón, la señora Morgan había tomado simpatía, la corriente de su vida doméstica transcurría suavemente.

Ya comenzaba a acostumbrarse a la posesión de la riqueza. El hábito de ser rica es uno de los más fáciles de adquirir, y se descubrió negociando la compra de una pequeña casa en Curzon Street y de una residencia más pretenciosa en Somerset con una sangre fría que la asombraba y atemorizaba.

La compra y llegada de su primer automóvil, así como la contratación de su chófer, habían sido experiencias emocionantes. También resultaba increíble que sus nuevos banqueros le entregaran, sin vacilación alguna, enormes sumas de dinero con solo estampar su firma sobre un pequeño trozo rectangular de papel.

Incluso había superado la sensación de pánico que la asaltaba en sus primeras visitas al banco. En aquellas ocasiones iniciales se había sentido un poco como una falsificadora inexperta que intentara obtener dinero mediante engaños; y era para ella a la vez un alivio y un motivo de asombro que el indiferente cajero le deslizara gruesos fajos de billetes por debajo de la reja sin siquiera llamar a un policía.

—Es un apartamento encantador —dijo Jean Briggerland, mirando aprobatoriamente el salón rosado—, aunque, claro, querida, éste ya estaba amueblado para ti. Me muero de ganas de ver qué harás con tu propia casa cuando tengas una.

Había telefoneado aquella mañana a Lydia diciendo que iba a hacerle una visita y preguntando si era conveniente, y las dos muchachas estaban solas.

—Es un bonito apartamento y sentiré mucho dejarlo —convino Lydia—. Es extraordinariamente silencioso. Duermo como un tronco. No hay ningún ruido que moleste, salvo que la otra mañana ocurrió algo bastante desagradable.

—¿Qué fue? —preguntó Jean, removiendo su té.

—En realidad no sé qué ocurrió —dijo Lydia—. Oí unos gemidos espantosos muy temprano por la mañana y me levanté para mirar por la ventana. Había dos hombres en el patio. Creo que uno se había herido gravemente. Nunca descubrí qué pasó.

—Debían de ser obreros, imagino —dijo Jean—, o quizá estaban borrachos. Personalmente, nunca me ha gustado alquilar apartamentos amueblados —continuó—. Siempre se rompe algo y luego llega una cuenta enorme al final. Y además siempre pierdo las llaves. Normalmente se tienen dos o tres. Debes tener mucho cuidado con eso, querida; cobran una barbaridad por las llaves perdidas —

prosiguió charlando.

—Creo que el agente inmobiliario me dio tres —dijo Lydia.

Fue hacia su pequeño secreter, lo abrió y sacó un cajón.

—Sí, tres —dijo—. Una está aquí, otra la llevo conmigo y la señora Morgan tiene una.

—¿Has visto últimamente a Jack Glover?

Jean jamás prolongaba una pregunta ni una sílaba más de lo necesario.

—No, no lo he visto —sonrió Lydia—. No fuiste una buena profetisa.

—Supongo que estará ocupado —dijo la muchacha despreocupadamente—. Creo que podría gustarme muchísimo Jack... si no tuviera esa pasión por dar órdenes a todo el mundo. ¡Qué torpe soy!

Había volcado su taza de té y el contenido corría sobre la pequeña mesa. Sacó rápidamente su pañuelo y trató de detener el derrame.

—¡Oh, por favor, no estropees tu hermoso pañuelo! —dijo Lydia, levantándose apresuradamente—. Traeré un trapo.

Salió corriendo de la habitación y regresó casi de inmediato para encontrar a Jean de pie, de espaldas al secreter, examinando con una sonrisa las ruinas de su pañuelo.

—Déjame ponerlo en agua o quedará manchado —dijo Lydia, extendiendo la mano.

—Prefiero hacerlo yo misma —rió Jean Briggerland, guardando el pañuelo en su bolso.

Había muchas razones por las que Lydia no debía tocar aquel delicado trozo de batista y encaje; la más importante era la llave que Jean había tomado del secreter durante la ausencia de Lydia y que había envuelto dentro del pañuelo manchado de té.

Pocos días después, el señor Bertram John Glover se entrevistó con un alto funcionario de Scotland Yard, y la entrevista no resultó particularmente satisfactoria para el abogado. Podría haber sido peor de no ser porque el comisario de policía era amigo del socio de Jack.

El funcionario escuchó pacientemente mientras el abogado, con habilidad profesional, ordenaba todos sus hechos y añadía a ellos las sospechas que habían madurado hasta convertirse en convicciones.

—Llevo sentado en esta silla veinticinco años —dijo el jefe del C.I.D.— y he oído historias que dejan en ridículo a las mejores y peores novelas detectivescas. He escuchado a excéntricos, detectives aficionados, delincuentes, clérigos y escritores expertos de ficción; pero jamás en mi experiencia he oído nada tan improbable como su teoría. Da la casualidad de que he conocido a Briggerland y también a su hija, y no creo haber tenido el placer de conocer a una muchacha más hermosa.

Jack gimió.

—¿No se siente bien? —preguntó desagradablemente el jefe.

—Estoy perfectamente, señor —dijo Jack—; solo que estoy cansado de oír hablar de la belleza de Jean Briggerland. No me parece un argumento demasiado sólido frente a los hechos...

—¡Hechos! —dijo el otro despectivamente—. ¿Qué hechos nos ha presentado?

—Los hechos de la historia de los Briggerland —dijo Jack desesperadamente—. Briggerland estaba arruinado cuando se casó con la señorita Meredith creyendo que obtendría una fortuna con su esposa. Ha vivido de su ingenio toda la vida, y hasta que esta muchacha tuvo unos quince años vivían en la pobreza. Habitaban una diminuta casa en Ealing cuyo alquiler estaba siempre atrasado; luego Briggerland conoció a un rico australiano de mediana edad que estaba loco por su hija. El australiano murió repentinamente.

—Por una sobredosis de veronal —dijo el jefe—. Se estableció en la investigación judicial —hice sacar todos los documentos después de

recibir su carta— que tenía la costumbre de tomar veronal. Usted sugiere que fue asesinado. Si lo fue, ¿por qué? Le dejó a la muchacha unas seis mil libras.

—Briggerland pensó que ella lo heredaría todo —dijo Jack.

—Eso es una conjetura —interrumpió el jefe—. Continúe.

—Briggerland se trasladó al West End —prosiguió Jack— y cuando la muchacha tenía diecisiete años conoció a un hombre llamado Gunnesbury, que se volvió tan loco por ella como el otro. Gunnesbury era un comerciante de las Midlands con esposa e hijos. Estaba tan obsesionado con ella que reunió todo el dinero líquido que pudo conseguir —unas veinticinco mil libras— y huyó al continente. Se suponía que la muchacha había partido antes, y él debía reunirse con ella en Calais. Nunca llegó a Calais. La teoría fue que se arrojó por la borda. Hallaron su cadáver y lo llevaron a Dover, pero no había rastro del dinero que había retirado del Midland Bank.

—Eso también es una teoría —dijo el jefe, sacudiendo la cabeza—. Nunca se estableció la identidad de la muchacha. Se sabía que era amiga de Gunnesbury, pero había pruebas de que ella estaba en Londres la noche de su muerte. Fue un caso evidente de suicidio.

—Un año más tarde —continuó Jack—, ella forzó un encuentro con Meredith, su primo. El padre de éste acababa de morir; Jim había regresado del África Central para arreglar ciertos asuntos. No era hombre de mujeres, sino un tipo serio y reservado cuyo único interés en la vida era la caza. La historia de Meredith ya la conoce usted.

—¿Y eso es todo? —preguntó cortésmente el jefe.

—Todos los hechos que he podido reunir. Debe de haber otros casos imposibles de descubrir para cualquier investigador.

—¿Y qué espera que haga yo?

Jack sonrió.

—No espero que haga nada —dijo francamente—. No está usted

precisamente apoyando mis opiniones con entusiasmo.

El jefe se levantó, señal de que la entrevista había terminado.

—Me gustaría ayudarle si realmente necesitara ayuda —dijo—. Pero cuando viene a decirme que la señorita Briggerland, una joven cuya inocencia se refleja en su rostro, es una criminal despiadada, una asesina y una conspiradora... bien, señor Glover, ¿qué espera que le responda?

—Espero que proporcione la debida protección a la señora Meredith —dijo Jack bruscamente—. Espero, señor, que recuerde que le he advertido que Lydia Meredith puede morir en uno de esos accidentes en los que el señor y la señorita Briggerland son especialistas. Voy a poner mi advertencia por escrito, y si algo le ocurre a Lydia Meredith, habrá graves problemas en el Thames Embankment.

El jefe tocó una campanilla y entró un agente.

—Muestre al señor Glover el camino de salida —dijo con rigidez.

Jack se había calmado considerablemente para cuando llegó al Thames Embankment, y se sentía inclinado a molestarse consigo mismo por haber perdido los estribos.

Detuvo a un canillita, tomó un periódico de su mano y, haciendo señas a un taxi, se dirigió a su oficina.

Había poco en la edición vespertina excepto las noticias deportivas, pero en la primera página un párrafo llamó su atención.

«PELIGROSO LUNÁTICO PRÓFUGO»

«El superintendente médico del manicomio de Norwood informa que el doctor Algernon John Thun, interno del establecimiento, escapó anoche y se cree que se encuentra prófugo en las inmediaciones. Se han organizado grupos de búsqueda, pero no se ha encontrado rastro del hombre. Se sabe que tiene tendencias homicidas, hecho que

convierte su recaptura inmediata en una necesidad de suma urgencia».

A continuación venía una descripción del hombre buscado. Jack pasó a otra sección del periódico y borró el párrafo de su mente.

Su socio, sin embargo, sacaría el tema a colación durante el almuerzo. El manicomio de Norwood estaba cerca de Dulwich, y el señor Rennett estaba comprensiblemente preocupado.

—Las mujeres en mi casa están muertas de miedo —dijo durante el almuerzo—. No quieren salir de noche y mantienen todas las puertas cerradas con llave. ¿Cómo te fue en tu entrevista con el comisionado?

—Nos separamos de la peor manera —dijo Jack—, y, Rennett, el próximo hombre que me hable del hermoso rostro de Jean Briggerland va a terminar muerto por ello, aunque tenga que imitarla y contratar al espeluznante Jaggs para que lo haga.

Capítulo 14

Aquella noche el "siniestro Jaggs" llegó más tarde de lo habitual. Lydia lo oyó arrastrando los pies por el pasillo y, poco después, la puerta de su habitación se cerró con un clic. Estaba sentada al piano y había dejado de tocar al oír su llamada; y cuando la señora Morgan entró para anunciar su llegada, cerró el piano y giró sobre el taburete, con una expresión resuelta en su delicado rostro.

—Ya llegó, señorita.

—Y por última vez —dijo Lydia ominosamente—. Señora Morgan, no puedo soportar más a ese extraño anciano. Me ha puesto tan nerviosa que podría gritar solo de pensar en él.

—No es un mal viejo —lo excusó la señora Morgan.

—No me preocupa tanto su carácter moral, y me atrevo a decir que es perfectamente intachable —dijo Lydia con firmeza—, pero le he escrito una nota al señor Glover para decirle que realmente debo prescindir de sus servicios.

—¿Y para qué está aquí, señorita? —preguntó la señora Morgan.

Su curiosidad se había despertado, aunque era la primera vez que la expresaba.

—Está aquí porque... —Lydia vaciló— bueno, porque el señor Glover cree que debería tener un hombre en la casa para cuidarme.

—¿Por qué, señorita? —preguntó la mujer, sorprendida.

—Será mejor que le haga esa pregunta al señor Glover —dijo Lydia secamente.

Comenzaba a irritarle aquella sensación de vigilancia. Pensaba que la estaban tratando como a una colegiala. A ninguna muchacha le agrada la protección ostentosa del hermano mayor o de la directora. El alma de la colegiala anhela escapar del "cocodrilo" en que la hacen marchar hacia la iglesia o la escuela; y aquella sensación de ser guiada,

ordenada y obligada a vivir según el programa de una tercera persona —y esa tercera persona un hombre— la fastidiaba horriblemente.

El viejo Jaggs era el signo visible y tangible de la injustificada autoridad de Jack Glover, y poco a poco comenzaba a abrirse paso en su mente la sospecha de que Jean Briggerland quizá no se hubiera equivocado cuando habló de la inclinación de Jack por "dar órdenes a la gente".

La vida se hacía más amplia para ella. Había derribado las barreras que la habían confinado a un estrecho paseo entre la oficina y el hogar. Las horas que antes debía dedicar al trabajo estaban ahora completamente libres, y podía dibujar o pintar siempre que le viniera el deseo... aunque eso ocurría rara vez, aun cuando se prometía a sí misma una temporada de trabajo intenso una vez instalada definitivamente.

Su punto de vista respecto al apuesto joven abogado había cambiado. Ni ella misma sabía exactamente cómo lo veía. La irritaba y, sin embargo, de algún modo indefinible, le agradaba. ¿Su sinceridad? No dudaba de ella. Se admitía a sí misma que deseaba que la visitara con algo más de frecuencia. Tal vez habría podido convencerla de que Jaggs era un mal necesario, pero ni siquiera se había tomado la molestia de ir a verla. Por lo tanto —aunque esto no se lo confesaba—, Jaggs debía marcharse.

—No creo que el anciano esté muy bien de la cabeza, ¿sabe usted?, a veces —dijo la señora Morgan.

—¿Y por qué piensa eso, señora Morgan? —preguntó la muchacha sorprendida.

—A menudo lo oigo reírse entre dientes cuando paso junto a su puerta. Supongo que permanece en su habitación toda la noche, ¿verdad, señorita?

—No permanece —dijo la muchacha enfáticamente—, y por eso se va. Lo oí en el pasillo a las dos de esta madrugada; me estoy poniendo tan nerviosa que el menor ruido me despierta. Se había quitado las botas y andaba sigilosamente en calcetines, y cuando salí y encendí la luz huyó

de vuelta a su habitación. ¡No puedo tolerar semejante cosa, y no la toleraré! ¡Es demasiado espeluznante!

La señora Morgan estuvo de acuerdo.

Lydia recordó, mientras comenzaba a desvestirse para acostarse, que no había salido por la noche desde hacía varios días. El tiempo había sido desagradable y quedarse en el cálido y confortable apartamento no suponía ningún sacrificio. Aunque hubiera salido, pensó irónicamente, Jaggs la habría acompañado.

Y entonces sintió un pequeño remordimiento de conciencia al recordar que la presencia de Jaggs, en una memorable tarde, la había salvado de la destrucción.

Se preguntó por vigésima vez cuál sería la historia del viejo Jaggs y dónde lo había encontrado Jack. Una vez había estado tentada de preguntárselo al propio Jaggs, pero el anciano había esquivado la cuestión hablando vagamente de haber trabajado en el campo, y ella no había quedado más enterada que antes.

Pero debía deshacerse del viejo Jaggs, pensó mientras apagaba la luz y apartaba a puntapiés las innumerables bolsas de agua caliente con las que la señora Morgan, en su equivocada bondad, había llenado la cama... el viejo Jaggs debía irse... era una molestia...

Despertó sobresaltada de un sueño sin sueños. El reloj del vestíbulo daba las tres. Lo comprendió de manera subconsciente. Tenía los ojos fijos en la ventana, abierta por la parte inferior. La señora Morgan la había dejado abierta por arriba, pero ahora estaba completamente levantada, y su corazón comenzó a latir rápida y violentamente.

¡Jaggs! Ése fue su primer pensamiento. Jamás habría creído que pudiera pensar en aquel anciano con una tan cálida oleada de gratitud.

No se veía nada. La tormenta de primeras horas de la noche había pasado, y una tenue claridad entraba en la habitación desde la luna menguante. Entonces vio moverse las cortinas y abrió la boca para gritar; pero el miedo le había paralizado la voz, y quedó tendida contemplando los cortinajes, incapaz de moverse o emitir sonido

alguno. Mientras observaba la cortina, volvió a verla agitarse, y una silueta apareció vagamente contra el fondo sombrío.

El hechizo se rompió. Se lanzó fuera de la cama por el lado opuesto y corrió hacia la puerta; pero el hombre llegó antes que ella. Antes de que pudiera gritar, una mano enorme le atenazó la garganta y la arrojó hacia atrás contra el pie de la cama.

Horrorizada, contempló el rostro cruel que se inclinaba sobre ella con una mueca burlona y sintió que la presión aumentaba. Y entonces, mientras miraba aquella cara, vio una súbita contorsión y percibió el terror en sus ojos. La mano se aflojó; el hombre emitió un sonido gutural y cayó de lado sobre la cama.

Y entonces vio.

Un hombre acababa de entrar por la puerta: un hombre alto, de barba rubia y ojos que brillaban con una alegría insensata.

Avanzó lentamente hacia ella, limpiando en el puño de su manga el cuchillo de largo mango que había derribado a su agresor.

Estaba loco. Lo supo instintivamente, y recordó de manera vaga y confusa un párrafo que había leído acerca de un demente fugado.

Intentó escapar junto a él hacia la puerta abierta, pero el hombre la atrapó en el hueco de su brazo izquierdo y la estrechó contra sí, sobresaliendo cabeza y hombros sobre ella.

—No tiene usted derecho a formar parte de un consejo de guerra, señora —dijo con una cortesía espeluznante.

En ese instante se encendió la luz de la habitación y Jaggs apareció en la puerta, con los labios barbados abiertos en una desagradable sonrisa y una pistola de largo cañón en la mano izquierda.

—Suelte el cuchillo —dijo—, o lo abatiré a usted.

El médico loco volvió lentamente la cabeza y frunció el ceño ante el intruso.

—Buenos días, General —dijo tranquilamente—. Llegó usted a tiempo.

Y arrojó el cuchillo al suelo.

—¡La juzgaremos conforme al reglamento!

Capítulo 15

UN TRÁGICO SUCESO EN EL WEST END

Médico loco hiere a un ladrón en el dormitorio de una dama de sociedad

"Hubo una extraordinaria y trágica secuela de la fuga del doctor Thun del Asilo de Norwood, cuyos detalles aparecieron en nuestra edición matutina de ayer. Esta mañana, a las cuatro en punto, respondiendo a una llamada telefónica, el detective sargento Miller, acompañado de otro agente, acudió al número 84 de Cavendish Mansions, apartamento ocupado por la señora Meredith, y allí encontró y tomó bajo custodia al doctor Algernon Thun, quien había escapado del Asilo de Norwood. En la habitación se halló también a un hombre llamado Hoggins, individuo bien conocido por la policía.

"Parece que Hoggins había logrado entrar en el apartamento de la señora Meredith descendiendo desde el tejado mediante una cuerda y penetrando en el inmueble por la ventana del dormitorio de la señora Meredith. Mientras se encontraba allí fue descubierto por la señora Meredith, quien sin duda habría sido asesinada de no haber intervenido el doctor Thun, que de algún misterioso modo había conseguido entrar en el apartamento. Durante la lucha que siguió, el doctor, que sufre del delirio de persecución, hirió gravemente al hombre, cuya vida se considera en peligro. Después volvió su atención hacia la dama. Felizmente, un anciano que trabaja en el apartamento y que dormía allí en aquel momento fue despertado por el ruido de la lucha y consiguió liberar a la señora de las manos del intruso enajenado.

"El ladrón herido fue trasladado al hospital y el lunático conducido a la comisaría, desde donde posteriormente fue enviado, bajo fuerte escolta, al asilo del que había escapado. Hizo ante la policía una

declaración incoherente, afirmando que el general Foch había ayudado a su fuga y le había señalado el hogar de sus perseguidores."

Jean Briggerland dejó el periódico y se echó a reír.

—No es cosa de reírse entre dientes —gruñó Briggerland salvajemente.

—Si no me riera, haría algo más emotivo —dijo la muchacha fríamente —. Pensar que ese idiota volvería y haría el intento él solo... Jamás imaginé semejante cosa.

—Faire me dice que no esperan que sobreviva —dijo el señor Briggerland.

Se frotó irritado la cabeza calva.

—Me pregunto si ese loco hablará.

—¿Y qué importa si habla? —dijo la muchacha impaciente.

—El otro día dijiste...

—El otro día importaba, querido padre. Hoy ya no importa demasiado nada. Creo que hemos salido bastante bien librados. Ignoré todas las lecciones que enseña mi manual cuando confié el trabajo a otras manos. Jaggs... —dijo suavemente.

—¿Eh? —dijo el padre.

—Estoy repitiendo un nombre muy querido —sonrió ella y se levantó doblando la servilleta—. Voy a dar un largo paseo por el campo. ¿Quieres venir? Mordon está entusiasmado con el nuevo automóvil, cuya factura, por cierto, llegó esta mañana. ¿Tenemos dinero?

—Unos cuantos miles —dijo su padre, frotándose el mentón—. Jean, tendremos que vender algo si las cosas no mejoran.

Los labios de Jean se estremecieron, pero no dijo nada.

Camino de la carretera abierta pasó por Cavendish Mansions, y no se sorprendió ni se incomodó al descubrir que Jack Glover estaba allí.

—Querida mía —dijo, estrechando cálidamente ambas manos de la joven entre las suyas—, ¡me quedé horrorizada cuando leí la noticia! Debió de ser espantoso para ti.

Lydia estaba pálida y tenía sombras oscuras bajo los ojos, pero trató el asunto con serenidad.

—Precisamente estaba intentando explicarle al señor Glover lo que ocurrió. Por desgracia, el maravilloso Jaggs no está aquí. Él sabe más del asunto que yo, porque me desplomé del modo más femenino posible.

—¿Cómo entró? Quiero decir, ¿cómo entró ese loco? —preguntó la muchacha.

—Por la puerta.

Fue Jack quien respondió.

—Es la última forma en que un lunático entraría en un apartamento, ¿verdad? Entró con una llave, y alguien lo trajo aquí y encendió una cerilla para asegurarse de que era el número correcto.

—Él mismo pudo haber encendido la cerilla —dijo Jean—; pero usted es tan listo que no diría algo así a menos que tuviera pruebas.

—Encontramos dos cerillas en el vestíbulo exterior —dijo Jack—, y cuando registraron al doctor Thun no le hallaron cerillas encima; además, he sabido desde entonces que, como la mayoría de los lunáticos homicidas, sentía horror por el fuego en cualquiera de sus formas. El médico con quien he hablado está completamente seguro de que él no habría encendido la cerilla. Ah, por cierto, señorita Briggerland, su padre conoció a este desgraciado. Tengo entendido que visitó el asilo hace unos días.

—Sí, así fue —respondió ella sin vacilar—. Precisamente hablaba de él esta mañana. Verá, mi padre ha estado recorriendo asilos. Está escribiendo un libro sobre esas cuestiones. Papá quedó horrorizado cuando supo que el hombre había escapado, porque el médico le dijo

que era un lunático particularmente peligroso. Pero ¿quién habría imaginado que aparecería aquí?

Sus grandes y tristes ojos permanecían fijos en Jack mientras sacudía la cabeza con asombro.

—Si una hubiera leído esto en un libro, jamás lo habría creído, ¿verdad?

—Y el hombre Hoggins —dijo Jack, que no compartía su asombro—. Era algo así como conocido suyo, miembro del club de su padre, ¿no es cierto?

Ella frunció ligeramente el ceño.

—No recuerdo el nombre, pero si es un personaje muy peligroso —dijo con una leve sonrisa—, ¡diría decididamente que pertenecía al club de papá! Pobre papá, no creo que logre jamás regenerar el East End.

—No lo creo —convino Jack cordialmente—. La cuestión es si el East End llegará alguna vez a regenerarlo a él.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro de la joven.

—¡Qué poco amable! —dijo, con burla en los ojos—. Me pregunto por qué lo detesta tanto. En realidad es completamente inofensivo. Querida mía —se volvió hacia Lydia con un gesto de impotencia—, me temo que incluso en este asunto el señor Glover ve mi siniestra influencia.

—Eres la persona menos siniestra que he conocido jamás, Jean —rió Lydia—, y el señor Glover no cree realmente todas esas horribles cosas.

—¿No? —dijo Jean suavemente.

Y Jack vio que estaba temblando de risa.

Había cierto humor mortal en la situación que también le hizo gracia a él, y sonrió.

—¡Ojalá se casara usted de una vez y sentara cabeza, señorita Briggerland! —dijo imprudentemente.

Era su oportunidad.

Ella sacudió la cabeza; los labios se abatieron y los ojos volvieron a humedecerse con aquel dolor que podía convocar a voluntad.

—Ojalá pudiera —dijo en un tono apenas superior a un susurro—, pero, Jack, jamás podría casarme con usted... ¡jamás!

Dejó a Jack Glover privado del habla, completamente incapaz de emitir siquiera un gemido.

Lydia, que regresaba después de acompañar a su visitante hasta la puerta, advirtió su embarazo e interrumpió un poco fríamente la explicación impulsiva que él intentaba dar.

—Yo... yo le creí cuando dijo que no era cierto, señor Glover —dijo; y había en su tono un reproche que más tarde se odiaría por haber dejado escapar.

Capítulo 16

Lydia había prometido ir al teatro aquella noche con la señora Cole-Mortimer, y se alegró de tener un pretexto para abandonar su trágico hogar.

La señora Cole-Mortimer, que no era pródiga en materia de entretenimientos que costasen dinero, tenía un palco; y aunque Lydia ya había visto la obra antes —era, de hecho, la misma pieza a la que había asistido para dibujar vestidos la noche de su aventura—, resultaba un alivio permanecer sentada en silencio, silencio que su anfitriona, con singular discreción, no intentó romper.

Fue durante el último acto cuando la señora Cole-Mortimer le hizo una invitación que Lydia aceptó con alegría.

—Tengo una casa en Cap Martin —dijo la señora Cole-Mortimer—. No es más que un lugarcito, pero creo que te gustaría mucho. Detesto ir sola a la Riviera, así que, si quieres venir como mi invitada, estaré encantada de servirte de acompañante. Además, harán venir mi yate a Mónaco, de modo que deberíamos divertirnos enormemente.

Lydia aceptó el yate y la casa del mismo modo en que había aceptado la invitación: sin hacer preguntas. Que el yate hubiese sido alquilado aquella misma mañana y la casa arrendada por telegrama el día anterior era algo que ella no podía imaginar. Hasta donde sabía, la señora Cole-Mortimer podía ser una mujer muy rica; y ni en sus sueños más extravagantes sospechó que Jean Briggerland había proporcionado el dinero para ambas cosas.

La negociación no había sido delicada, porque la señora Cole-Mortimer tenía la piel de un paquidermo.

Años más tarde Lydia descubriría que aquella mujer vivía de dinero prestado, dinero que jamás podía ni podría ser devuelto, y que la prestataria nunca había tenido intención de reembolsar.

Una insinuación de Jean acerca de que había alguien en la Riviera a quien deseaba ver, sin que su padre lo supiera, acompañada de la franca declaración de que ella pagaría todos los gastos, fue más que suficiente para la señora Cole-Mortimer, quien se plegó a los deseos de su protectora con la misma facilidad con que había accedido a fingir ser amiga de Meredith. En justicia debe decirse que poseía la facultad de creer en sus propias invenciones, y estaba perfectamente convencida de que James Meredith había sido un gran amigo personal suyo, exactamente igual que creía que la casa de la Riviera y el pequeño yate de vapor habían sido costeados con su propio dinero.

Le resultó más difícil, sin embargo, explicar el gran sistema que pensaba poner en práctica en Monte Carlo y que, según ella, haría millonarios a todos.

Lydia, que no era jugadora y sólo sentía un interés moderado por los juegos de azar, mostró tan poca curiosidad por el plan que la señora Cole-Mortimer lanzó un gemido de desesperación, ignorando que de ella no se esperaba más que remover la tierra para la cosecha que Jean Briggerland pensaba sembrar y recoger.

Después fueron a cenar a uno de los clubes, y Lydia pensó con diversión en el pobre viejo Jaggs, que al parecer se tomaba su trabajo con una seriedad verdaderamente extraordinaria.

Una vez más había cambiado su manera de verlo, y el respeto que sentía ahora por el anciano había vencido cualquier molestia que le causara su tosca presencia.

Al bajar del automóvil ante la puerta del club, miró alrededor, medio esperando verlo. La entrada del establecimiento daba a una calle lateral que desembocaba en Leicester Square, una vía pobremente iluminada que favorecía los discretos métodos del señor Jaggs; pero no había rastro de él, y ella no se quedó bajo la llovizna nocturna para inspeccionar más detenidamente.

La señora Cole-Mortimer no había ocultado la posibilidad de que Jean Briggerland estuviera allí, y la encontraron rodeada de un alegre grupo de jóvenes, sentados en uno de los reservados. Jean hizo un sitio para

Lydia a su lado y le presentó a media docena de personas cuyos nombres la muchacha no alcanzó a oír y jamás recordaría después.

Sin embargo, al señor Marcus Stepney —aquel hombre moreno y elegante que se inclinó sobre su mano como si estuviera a punto de besarla— ya lo había visto antes, y la segunda impresión que le produjo fue aún menos favorable que la primera.

—¿Bailas? —preguntó Jean.

Una orquesta de jazz interpretaba un contagioso two-step. Ante el gesto afirmativo de la joven, Jean llamó a uno de sus acompañantes, un muchacho alto y apuesto que, durante todo el baile, no hizo otra cosa que murmurar al oído de Lydia una interminable letanía de alabanzas hacia Jean Briggerland.

Lydia se divirtió.

—Desde luego, es muy hermosa —dijo en respuesta a la interminable repetición de la misma pregunta—. Me parece encantadora.

—Eso mismo digo yo —afirmó el joven, que resultó ser lord Stoker—. Creo que es la criatura más maravillosamente hermosa de la tierra.

—Aunque tú también eres terriblemente guapa —añadió torpemente, y Lydia soltó una carcajada.

—Pero tiene enemigos —continuó el joven con ferocidad—, y si alguna vez me encuentro con ese condenado canalla de Glover, lo lamentará.

La sonrisa desapareció del rostro de Lydia.

—El señor Glover es amigo mío —dijo rápidamente.

—Perdón —murmuró él—, pero...

—¿La señorita Briggerland dice que es tan malo?

—Claro que no. Ella nunca habla realmente mal de él. —Su señoría se apresuró a defender a su ídolo—. Sólo dice que no sabe cuánto tiempo más podrá soportar sus persecuciones. Parte el corazón ver lo triste que ese... amigo suyo la pone.

Lydia permaneció muy pensativa el resto de la velada; comenzaba a comprender vagamente cosas que antes no había advertido. Naturalmente, Jean nunca decía nada contra Jack Glover. Y, sin embargo, había conseguido despertar en aquel muchacho una furiosa hostilidad hacia el abogado; y Lydia comprendió, con asombro, que Jean también había logrado hacerla sentir mal respecto a Jack. Y eso que no había dicho otra cosa que palabras dulces.

Cuando regresó al apartamento aquella noche descubrió que el señor Jaggs no había estado allí en toda la velada. Llegó pocos minutos después que ella, envuelto en un viejo abrigo militar, y por su aspecto Lydia dedujo que había permanecido bajo la lluvia y el aguanieve durante toda la noche.

—¡Pero, Jaggs! —exclamó impulsivamente—. ¿Dónde ha estado usted?

—Por ahí rondando, señorita —gruñó él—. Echando un vistazo a los patitos del estanque.

—Ha estado fuera del teatro, y también esperando fuera del Club Niro —dijo ella acusadoramente.

—No lo conozco, señorita —respondió él—. Para mí, un teatro es igual a cualquier otro.

—Debe quitarse esas ropas y dejar que la señora Morgan le seque la ropa —insistió ella; pero él no quiso oír hablar del asunto, y sólo aceptó quitarse el empapado abrigo.

Desapareció en su sombrío cuarto para meditar sobre los asuntos que le parecían dignos de interés. Le habían colocado una cama, pero sólo una vez había dormido en ella.

Cuando el apartamento quedó en silencio y el último chasquido del interruptor anunció que la última luz había sido apagada, abrió suavemente la puerta y, llevando una silla en la mano, la colocó cuidadosamente con el respaldo contra la puerta principal. Allí se sentó, dormitando durante toda la noche.

Cuando Lydia despertó a la mañana siguiente, él ya se había marchado, como de costumbre.

Capítulo 17

Lydia tenía mucho con qué ocupar sus días. La casa de Curzon Street había sido comprada, y ella andaba de un lado a otro entre mueblistas, empapeladores y toda clase de instaladores.

El viaje a la Riviera llegaba en el momento oportuno. Podía dejar a la señora Morgan a cargo de todo y regresar después a su nuevo hogar, que estaría listo en dos meses.

Entre otras cosas, el problema del vigilante señor Jaggs se resolvería automáticamente.

Le habló de ello aquella noche cuando él llegó.

—Por cierto, señor Jaggs, la próxima semana voy al sur de Francia.

—Un lugar muy bonito, según dicen —comentó el señor Jaggs.

—Un lugar encantador... según dicen —repitió Lydia sonriendo—. Y usted va a tener vacaciones, señor Jaggs. Por cierto, ¿cuánto debo pagarle?

—El caballero me paga, señorita —dijo el señor Jaggs con un resoplido —. El caballero abogado.

—Bueno, entonces tendrá que seguir pagándole mientras yo esté fuera —dijo la muchacha—. Le estoy muy agradecida y quiero hacerle un pequeño regalo antes de irme. ¿Hay algo que le gustaría tener, señor Jaggs?

El señor Jaggs se frotó la barba, se rascó la cabeza y dijo que le gustaría una pipa.

—Aunque, Dios la bendiga, señorita, no necesito ningún regalo.

—Le compraré la mejor pipa que pueda encontrar —dijo Lydia—. Aunque me parece algo muy insuficiente.

—Preferiría una de brezo, señorita —dijo equivocadamente el viejo Jaggs.

Permaneció de servicio hasta la mañana de su partida; y aunque ella se levantó temprano, él ya se había ido. Se sintió decepcionada, porque no le había entregado el elegante estuche de pipas que había comprado para él, y quería darle las gracias. Sentía que no había sido del todo amable con aquel anciano. Le debía la vida dos veces.

—¿No lo vio marcharse? —preguntó a la señora Morgan.

—No, señorita —la robusta ama de llaves sacudió la cabeza—. Me levanté a las seis y ya no estaba; pero dejó su silla en el pasillo... tengo la impresión de que ahí dormía, señorita, si es que dormía.

—Pobre anciano —dijo Lydia suavemente—. No he sido muy amable con él, ¿verdad? Y le debo muchísimo.

—Quizá vuelva a aparecer —dijo esperanzada la señora Morgan.

Sentía ese instinto maternal hacia los ancianos que constituye una de las virtudes de su clase, y lamentaba la ausencia de Lydia probablemente tanto por la desaparición del viejo Jaggs como por la pérdida de su señora.

Pero el viejo Jaggs no volvió a aparecer.

Lydia esperaba verlo en la estación, rondando en los márgenes de la multitud a su manera furtiva, pero quedó decepcionada.

Partió en el tren de las once, reuniéndose con la señora Cole-Mortimer en la estación. Aquella dama había dispuesto pasar un día en París, y la muchacha no lamentó, después de una travesía bastante desagradable del Canal de la Mancha, no tener que continuar el viaje durante la noche.

El sur de Francia iba a ser para ella una revelación. No tenía idea del extraordinario cambio de clima y vegetación que podía experimentarse dentro de un mismo país.

Pasó de un París lluvioso y deslucido a una tierra de sol y suaves brisas; de las desnudas y sombrías llanuras de Champaña a un país donde crecían flores junto a la vía férrea, y eso en pleno febrero; a una región

semitropical, fragante de flores, con playas blancas junto a un mar azul y perezoso, bajo un cielo sin una sola nube.

La belleza de aquel lugar le cortó la respiración; también la sensación de calidez y bienestar que emanaba de él. Los árboles cargados de limones, las glicinas trepando por los muros, el polvo blanco de los caminos y la gloria de las doradas mimosas que perfumaban el aire con su raro y exquisito aroma.

Bajaron del tren en Niza y recorrieron en automóvil la Grande Corniche. La señora Cole-Mortimer tenía que hacer una visita en Monte Carlo, y la muchacha se reclinó en el asiento del coche, embriagándose con la belleza de aquel delicioso rincón, mientras su anfitriona se entrevistaba con el agente inmobiliario.

Seguramente el lugar debía mantenerse bajo cristal. Todo parecía tan fresco, tan limpio y libre de manchas.

El Casino la decepcionó: era un edificio de yeso y estuco, y no daba la impresión de haber sido construido para durar.

Regresaron por parte del camino recorrido, hacia la península de Cap Martin, y Lydia alcanzó a vislumbrar hermosas villas entre los pinos y extraños senderos que conducían a misteriosos rincones boscosos.

Por fin el automóvil se detuvo frente a una hermosa casa —incluso la señora Cole-Mortimer se vio obligada a expresar su satisfacción al verla.

Lydia, que pensaba que aquél era el propio dominio de la señora Cole-Mortimer, quedó encantada.

—Es usted muy afortunada de tener una casa tan hermosa, señora Cole-Mortimer —dijo—. Debe ser celestial vivir aquí.

Aún no se había acostumbrado tanto a la riqueza como para comprender que ella misma podía poseer una casa semejante si lo deseaba; eso lo pensaría después.

Tampoco esperaba encontrar allí a Jean Briggerland y al señor Briggerland, sentados en amplias sillas de mimbre en la veranda que daba al mar, mientras fumaban un cigarro de paz.

La señora Cole-Mortimer había tenido mucho cuidado de no mencionar a Jean durante el viaje.

—¿No te dije que estarían aquí? —preguntó con fingida sorpresa—. Claro que sí, querida; Jean salió dos días antes que nosotras. Así formamos un grupito encantador. ¿Sabes jugar bridge?

Lydia no sabía jugar bridge, pero estaba dispuesta a aprender.

Pasó la última hora de luz explorando los jardines que descendían hasta el camino junto al mar.

Desde allí podía contemplar las luces que comenzaban a titilar en Monte Carlo, los blancos yates fondeados frente a Mónaco y, más allá de la costa, un pequeño racimo de luces que indicaba Beaulieu.

—Es maravilloso —dijo, respirando profundamente.

La señora Cole-Mortimer, que la había acompañado en su paseo, emitió el ronroneo satisfecho del protector complacido cuando su protegida se mostraba agradecida por los favores recibidos.

La cena fue alegre, pues Jean se hallaba en uno de sus estados de ánimo más brillantes. Poseía un agudo sentido del humor, y sus pequeños comentarios maliciosos —a veces dirigidos contra su padre, a veces a expensas de Lydia, pero con mayor frecuencia hacia personajes del mundo social cuyos nombres eran conocidos por todos — mantenían a Lydia en constantes estallidos de risa.

Sólo la señora Cole-Mortimer estaba nerviosa e incómoda. Había recibido noticias desagradables y no sabía si debía compartirlas o guardárselas. En semejantes dilemas, las personas débiles suelen escoger el camino más sensacionalista, y finalmente soltó su bomba.

—Celeste dice que el hijito del jardinero tiene viruela maligna —gimió casi llorando.

Jean estaba contando una historia divertida a la muchacha sentada a su lado y no interrumpió ni un segundo su relato.

El efecto en el señor Briggerland fue, sin embargo, completamente satisfactorio para la señora Cole-Mortimer. Empujó su silla hacia atrás y parpadeó mirando a su "anfitriona".

—¿Viruela? —preguntó horrorizado—. ¿Aquí... en Cap Martin? ¡Dios mío! ¿Has oído eso, Jean?

—¿Oír qué? —preguntó ella perezosamente—. ¿Lo del hijo del jardinero? Ah, sí. Ha habido una verdadera epidemia en la Riviera italiana; de hecho, cerraron la frontera la semana pasada.

—¡Pero... pero aquí! —balbuceó Briggerland.

Lydia sólo pudo mirarlo con asombro. El terror del corpulento hombre era lastimosamente evidente. Su piel cobriza había adquirido un tono grisáceo y su labio inferior temblaba como el de un niño asustado.

—¿Y por qué no aquí? —dijo Jean con calma—. No hay nada que temer. ¿Te han vacunado recientemente? —preguntó volviéndose hacia Lydia.

Lydia negó con la cabeza.

—No desde que era un bebé... y creo que aquella vez la vacuna no hizo efecto.

—De todos modos, el niño está aislado en la cabaña y esta noche lo llevarán a Niza —dijo Jean—. ¡Pobrecito! Hasta su propia madre lo ha abandonado. ¿Van a ir al Casino? —preguntó.

—No lo sé —respondió Lydia—. Estoy muy cansada, aunque me encantaría ir.

—Llévala tú, padre... y tú también ve, Margaret. Para cuando regresen, el peligro de contagio habrá desaparecido.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Lydia.

—No; esta noche me quedaré en casa. Hoy me torcí el tobillo y está bastante rígido. ¡Padre!

Esta vez su voz sonó aguda, casi amenazante, pensó Lydia; y el señor Briggerland hizo un heroico esfuerzo por recobrar la compostura.

—Cla... claro, querida... será un placer... un placer.

Jean consiguió hablar con él a solas mientras Lydia se cambiaba en su magnífico y amplio vestidor con vista al mar.

—¿Por qué no me dijiste que había viruela en Cap Martin? —preguntó él irritado.

—Porque no lo sabía hasta que Margaret descargó su conciencia a nuestra costa —respondió su hija tranquilamente—. Tenía que decir algo. Además, oí a una de las criadas comentar que alguien había sido abandonado por su madre... así que aproveché la idea. ¡Qué cobarde eres, padre!

—Detesto hasta la idea de la enfermedad —gruñó él—. ¿Por qué no vienes con nosotros? No tienes nada en el tobillo.

—Porque prefiero quedarme en casa.

Él la miró con sospecha.

—Jean —dijo con voz más suave—, ¿no crees que sería mejor dejar tranquila a la muchacha por un tiempo... al menos hasta que el asunto de ese médico loco se haya olvidado?

Ella alargó la mano, tomó una pitillera de oro del chaleco de su padre, extrajo un cigarrillo y devolvió el estuche antes de responder.

—No podemos permitirnos "dejarla tranquila", como tú dices, ni una sola hora. ¿Te das cuenta de que cualquier día su abogado podría convencerla de hacer un testamento dejando su dinero a... un refugio para gatos o alguna cosa igual de inaccesible? Si no existiera Jack Glover, podríamos esperar meses. Y él me preocupa menos que ese hombre, Jaggs. Padre, te alegrará saber que casi le tengo miedo a ese viejo monstruoso.

—Pero ninguno de los dos está aquí... —comenzó él.

—Exactamente —dijo Jean—: ninguno de los dos está aquí. Lydia recibió un telegrama de él justo antes de cenar, preguntándole si podía ir a verla la próxima semana.

En ese momento Lydia regresó, y Jean Briggerland la observó críticamente.

—Querida, estás preciosa —dijo, y la besó.

La nariz del señor Briggerland se arrugó, como siempre hacía cuando su hija lo escandalizaba.

Capítulo 18

Jean Briggerland esperó hasta que el sonido del automóvil alejándose se redujo a un leve zumbido; entonces subió a su habitación, abrió el escritorio y sacó un largo abrigo ajustado para el polvo, de los que usaba cuando viajaba en coche. Había visto una gran botella de peróxido en el cuarto de Mrs. Cole-Mortimer. Probablemente contribuía al deslumbrante esplendor del cabello de aquella dama, pero también era un poderoso germicida. Empapó un gran pañuelo de seda en una palangana con agua, a la que añadió una generosa cantidad del líquido, y, tras exprimirlo casi por completo, se lo anudó flojamente alrededor del cuello. Luego se colocó sobre la cabeza un gorro de goma para baño y sonrió ante su extraño reflejo en el espejo. Después encontró un par de guantes de cabritilla y se los puso.

Apagó la luz y descendió silenciosamente por las escaleras alfombradas. Los sirvientes estaban cenando, y ella abrió la puerta principal y cruzó el césped hasta una franja de árboles, más allá de la cual sabía —pues llevaba ya dos días en la casa— que se encontraba la cabaña del jardinero.

Una luz tenue ardía en una de las dos habitaciones y la ventana carecía de cortinas. Vio la cama y a su diminuto ocupante, pero no había nadie más en la estancia. La criada había dicho que la madre había abandonado al pequeño enfermo, pero aquello no era del todo cierto. El médico había ordenado aislarla y había enviado a una enfermera del hospital de infecciosos para reemplazarla. En aquel momento, la mujer esperaba al final de la avenida la llegada de la ambulancia.

Jean abrió la puerta y entró, subiéndose el pañuelo empapado hasta cubrirse nariz y boca. El lugar estaba desierto y, sin vacilar un instante, levantó al niño, lo envolvió en una manta y volvió a cruzar el césped. Subió en silencio las escaleras, directamente hasta la habitación de Lydia. Había suficiente claridad procedente del vestidor para distinguir la cama y, desenvolviendo la manta, apartó las sábanas y depositó al pequeño con cuidado. El niño estaba inconsciente. Las horribles

marcas de la enfermedad se habían desarrollado con una rapidez extraordinaria y no emitía sonido alguno.

Se sentó en una silla a esperar. Su calma casi inhumana no se vio alterada ni siquiera por un segundo de aprensión. Había previsto todas las contingencias y estaba preparada con una explicación completa, ocurriera lo que ocurriese.

Pasó media hora y luego, levantándose, volvió a envolver al niño en la manta y lo llevó de regreso a la cabaña. Oyó el ronroneo del motor y pasos mientras se deslizaba de nuevo entre los árboles.

Primero fue a la habitación de Lydia y arregló la cama, rociando el cuarto con el delicado perfume que encontró sobre el tocador; luego regresó al jardín, se quitó el abrigo, el gorro y el pañuelo, enrollándolos en un bulto que introdujo entre los barrotes de una ventana abierta que sabía ventilaba el sótano. Por último, se quitó los guantes y los lanzó junto al paquete.

Oyó las voces de la enfermera y del asistente mientras llevaban al niño hasta la ambulancia.

—Pobrecito —murmuró—. Espero que se recupere.

Y, extrañamente, lo decía de verdad.

Había sido una noche emocionante para Lydia, y regresó a la casa de Cap Martin muy cansada, pero muy feliz. Estaba contemplando un mundo nuevo, un mundo semejante al cual jamás se le había revelado, y aunque podría haberse dormido —y de hecho cabeceó dentro del automóvil— se obligó a mantenerse despierta para comentarlo todo una vez más con la comprensiva Jean.

Mrs. Cole-Mortimer se retiró temprano. Mr. Briggerland había subido a acostarse en cuanto regresaron, y Lydia habría agradecido dar por terminada la conversación, pues la cabeza le daba vueltas de cansancio; pero Jean estaba particularmente habladora, hasta que...

—Querida, si no me voy a dormir ahora mismo, acabaré quedándome dormida sobre la mesa —sonrió Lydia, levantándose y reprimiendo un bostezo.

—Lo siento muchísimo —dijo Jean con fingido arrepentimiento.

Acompañó a la muchacha escaleras arriba, rodeándole la cintura con el brazo, y la dejó en la puerta de su vestidor.

Una criada había dispuesto sus ropas de noche sobre un gran diván —para ligera sorpresa de Lydia— y ella se desvistió rápidamente.

Abrió la puerta del dormitorio; tenía la mano sobre el interruptor cuando percibió un olor tenue y no desagradable. Era un aroma limpio, penetrante.

—Desinfectante —pensó automáticamente.

Encendió la luz, preguntándose de dónde provenía. Y entonces, al cruzar la habitación, vio la cama y se detuvo bruscamente, pues estaba empapada de agua: agua que goteaba desde el cobertor colgante y formaba pequeños charcos sobre el suelo. Desde la cabecera hasta los pies no había un solo rincón seco. Quienquiera que hubiese hecho aquello había sido minucioso. Mantas, sábanas y almohadas estaban completamente anegadas, y de toda aquella masa mojada emanaba un tenue aroma acre que reconoció incluso antes de ver, sobre el suelo, una botella vacía con la etiqueta: «Peróxido de Hidrógeno».

Solo pudo quedarse inmóvil, contemplándolo. Era demasiado tarde para despertar a toda la casa, y recordó que en el vestidor había un diván muy cómodo, con una manta y una almohada; así que volvió allí.

Pocos minutos después dormía profundamente.

No así Miss Briggerland, que permanecía despierta en la cama, con un cigarrillo entre los labios y un pesado volumen sobre las rodillas, leyendo:

—«Tales casos malignos son casi sin excepción rápidamente fatales, a veces con tal prontitud que ni siquiera llegan a manifestarse los síntomas característicos» —leyó y, dejando caer el libro al suelo,

aplastó el cigarrillo en una bandeja de alabastro y se acomodó para dormir.

Ya estaba adormeciéndose cuando recordó que había olvidado rezar sus oraciones.

—¡Oh, carajo! —dijo Jean, levantándose de mala gana para arrodillarse sobre el frío suelo junto a la cama.

Capítulo 19

La criada despertó a Jean Briggerland a las ocho de la mañana siguiente.

—¡Oh, señorita! —dijo mientras acercaba la mesita del chocolate—. ¿Ya se enteró de lo de Mrs. Meredith?

Jean abrió los ojos parpadeando, se puso la bata y se incorporó con un bostezo.

—¿Que si me he enterado de lo de Mrs. Meredith? Muchas veces —respondió.

—¿Pero de lo que alguien hizo anoche, señorita?

Jean estaba completamente despierta ahora.

—¿Qué le ha pasado a Mrs. Meredith? —preguntó.

—Pues, señorita, alguien le jugó una broma pesada. Su cama está empapada.

—¿Empapada? —frunció el ceño la muchacha.

—Sí, señorita —asintió la mujer—. Debieron echarle cubos de agua encima, y además usaron todo el peróxido de Mrs. Cole-Mortimer, el que utiliza para mantener bonitas las manos.

Jean apartó las mantas y se sentó en el borde de la cama, mirando sus diminutos pies blancos.

—¿Dónde durmió Mrs. Meredith? ¿Por qué no nos despertó?

—Durmió en el vestidor, señorita. Supongo que la joven no quiso hacer un escándalo.

—¿Quién lo hizo?

—No sé quién pudo hacerlo. Es una clase de broma muy tonta, y sé que ninguna de las criadas se habría atrevido, al menos no las francesas.

Jean se puso las zapatillas, cambió la bata ligera por un vestido y salió a inspeccionar.

Lydia se estaba vistiendo en su habitación, y el sonido de su fresca voz juvenil, canturreando por puro amor a la vida, llegó hasta Jean antes de que entrara.

Una sola mirada a la cama bastó. Seguía húmeda, y la botella vacía de peróxido contaba por sí sola la historia.

Jean la observó pensativamente mientras cruzaba hacia el vestidor.

—¿Qué ocurrió anoche, Lydia?

Lydia se volvió al oír la voz.

—Oh, ¿te refieres a la cama? —hizo una pequeña mueca—. Dios sabe. Esta mañana se me ocurrió que alguna persona, con la mejor intención del mundo, comenzó a desinfectar la habitación... solo esta mañana recordé al pequeño enfermo... y debió exagerar un poco.

—Desde luego exageró —dijo Jean sombríamente—. Me pregunto qué dirá la pobre Mrs. Cole-Mortimer. Tú no tienes la menor idea...

—Ni la menor —respondió Lydia, contestando a la pregunta no formulada.

—Iré a ver a Mrs. Cole-Mortimer y le pediré que cambie tu cama... hay otra habitación que podrías ocupar —sugirió Jean.

Volvió luego a sus propios aposentos, se bañó y se vistió con parsimonia.

Encontró a su padre en el jardín, leyendo el *Nicoise* bajo la sombra de un arbusto, pues aunque el sol no calentaba, a aquella hora resultaba cegador.

—He cambiado mis planes —dijo sin preámbulos.

Él levantó la vista por encima de las gafas.

—No sabía que tuvieras alguno —respondió con su humor pesado.

—Pensaba regresar a Londres y llevarte conmigo —dijo ella inesperadamente.

—¿Volver a Londres? —preguntó incrédulo—. Creía que pensabas quedarte un mes.

—Probablemente ahora sí me quede —contestó, acercando una silla de mimbre y sentándose a su lado—. Dame un cigarrillo.

—Últimamente fumas mucho —observó él mientras le ofrecía la pitillera.

—Lo sé.

—¿Te están fallando los nervios?

Ella lo miró de soslayo y sus labios se curvaron.

—No sería extraño que hubiese heredado algo de tu veta amarilla —dijo con calma, y él gruñó algo entre dientes—. No, mis nervios están perfectamente; pero un cigarrillo me ayuda a pensar.

—¿Así que tengo una veta amarilla? —Mr. Briggerland se mostró molesto—. Y he estado fuera desde las cinco de la mañana...

Se interrumpió.

—¿Haciendo qué? —preguntó ella con curiosidad.

—No importa —dijo él con un gesto altivo.

Permanecieron así sentados, ocupados cada uno en sus pensamientos, durante un cuarto de hora.

—Jean.

—¿Sí? —respondió ella sin volver la cabeza.

—¿No crees que sería mejor abandonar todo esto y regresar a Londres? Lord Stoker está bastante interesado en ti.

—Yo no estoy interesada en él —dijo tajantemente—. Tiene la paga de su regimiento y quinientas libras al año, dos propiedades hipotecadas, ningún cerebro y un título... ¿de qué me sirve su título? Es tan útil como una capa de pintura. Además, soy esencialmente democrática.

Él soltó una carcajada, y siguió otro silencio.

—¿Crees que el abogado está interesado en la muchacha?

—¿Jack Glover?

Mr. Briggerland asintió.

—Imagino que sí —dijo Jean pensativamente—. Me gusta Jack... es inteligente. Posee todas las cualidades morales que tanto se admiran en abstracto. Yo misma podría enamorarme de Jack.

—¿Y él podría enamorarse de ti? —bromeó su padre.

—No podría —respondió ella secamente—. Jack sería feliz si me viera ocupando el lugar de Jim Meredith en el Old Bailey. No me hago ilusiones sobre los afectos de Jack.

—Supongo que anda detrás del dinero de Lydia —dijo Mr. Briggerland, acariciándose la cabeza calva.

—No seas necio —replicó ella con tranquilidad—. Ese tipo de hombre no se preocupa por el dinero de una mujer. Ojalá Lydia estuviera muerta —añadió sin malicia—. Haría las cosas mucho más fáciles y simples.

Su padre tragó saliva.

—A veces me horrorizas, Jean —dijo, declaración que la divirtió.

—Eres un hombre a medias —respondió ella con una nota de desprecio en la voz—. Estabas perfectamente dispuesto a beneficiarte con la muerte de Jim Meredith; lo mataste tan fríamente como mataste al pobre Bulford, y sin embargo tienes que gemir y lloriquear cuando tus actos son llamados por su verdadero nombre. ¿Qué importa si Lydia muere ahora o dentro de cincuenta años? —preguntó—. Sería distinto si fuese inmortal. Ustedes conceden demasiada importancia a la vida humana... los antiguos, y los japoneses entre los modernos, son los únicos que han visto el asunto en su justa perspectiva. No es más cruel matar a un ser humano que degollar un cerdo para obtener tocino. Apenas hay un plato en tu mesa que no represente un asesinato deliberado, y sin embargo jamás piensas en ello; pero porque el animal

humano puede hablar y vestirse con extraños tejidos animales y vegetales, y adornar su cuerpo con pedazos de metal y cuarzos brillantes, conceden a su vida un valor que niegan al ganado que tienen dentro de sus puertas. Matar es cuestión de conveniencia. Es permisible si lo llamas guerra; terrible si lo llamas asesinato. Para mí es simplemente matar. Si te atrapan matando, te matan a ti, y la gente dice que eso es justo. La sacralidad de la vida humana es un lema inventado por cobardes que temen a la muerte... como tú.

—¿Y tú no la temes, Jean? —preguntó él en voz baja.

—Yo temo a la vida sin dinero —respondió tranquilamente—. Temo los largos días de trabajo para un patrón insensible y lascivo, y viajar colgada de las correas en un metro abarrotado para volver a una miserable habitación y a un trozo de cordero frío del día anterior. Temo levantarme y tender mi propia cama, lavar mis propios pañuelos y blusas, y arreglar los sombreros del año pasado para hacerlos parecer de este año. Temo un marido pobre y una procesión de hijos, y hacer las tareas de la casa con una criada incompetente... o quizá sin ninguna criada. Ésas son las cosas que temo, Mr. Briggerland.

Sacudió la ceniza de su vestido y se levantó.

—No he olvidado la vida que llevábamos en Ealing —dijo significativamente.

Miró al otro lado de la bahía, hacia Monte Carlo brillando bajo el sol de la mañana, hacia la verde cima de Cap-d'Ail, hacia Beaulieu, joya engastada entre piedra gris, y sacudió la cabeza.

—«Está escrito» —citó sombríamente, y lo dejó en mitad de la pregunta que estaba formulando.

Regresó lentamente a la casa y se reunió con Lydia, que lucía radiantemente hermosa con un nuevo vestido de charmeuse gris plateado.

Capítulo 20

—¿Has resuelto el misterio de la cama inundada? —sonrió Jean.

Lydia rio.

—No estoy investigando demasiado el asunto —dijo—. La pobre señora Cole-Mortimer estaba terriblemente alterada.

—Claro que lo estaba —dijo Jean—. ¡Era su propio edredón!

Aquella fue la primera pista que recibió Lydia de que la casa estaba alquilada amueblada.

Aquella mañana fueron en coche a Niza y Lydia, recordando las observaciones de Jack Glover, observó atentamente al chófer y se sorprendió al notar cierto parecido entre él y el hombre que había conducido el taxi la noche en que la secuestraron al salir del teatro. Era cierto que el taxista llevaba bigote y que este hombre iba afeitado, además de lucir unas pequeñas patillas, pero el parecido existía.

—¿Hace mucho que tienen a su conductor? —preguntó mientras atravesaban Montecarlo por la carretera junto al mar.

—¿Mordon? Sí, lo tenemos desde hace seis o siete años —respondió Jean despreocupadamente—. Nos conduce cuando estamos en el continente, ya sabes. Habla francés perfectamente y es un excelente chófer. Papá ha intentado convencerlo de que vaya a Inglaterra, pero odia Londres; me decía el otro día que no había estado allí desde hacía diez años.

Eso descartaba el parecido, pensó Lydia, y sin embargo...

Creía recordar su voz y, cuando se bajaron en el Paseo de los Ingleses, le habló. Él respondió en francés, y es imposible detectar similitudes en una voz que habla un idioma y la misma voz hablando otro.

El paseo estaba lleno de gente paseando. Una banda tocaba junto al embarcadero y, aunque el viento era más frío que en Cap Martin, el sol era lo bastante cálido como para obligarlas a abrir la sombrilla.

Era semana de carreras y las dos jóvenes almorzaron en el Negrito. Estaban a mitad de la comida cuando un hombre se acercó y Lydia reconoció al señor Marcus Stepney. Aquel hombre moreno y afable no le caía bien, aunque no habría sabido explicar por qué. Sus modales eran siempre perfectos y, con ella, deferentes.

Como de costumbre, iba vestido con la precisión de una ilustración de moda. Marcus Stepney era un hombre que dedicaba buena parte de cada mañana a elegir corbatas, calcetines y camisas. Aunque Lydia no lo sabía, su elegancia, unida a cierta destreza con las cartas, constituía su verdadero oficio. Ningún escándalo había empañado jamás su nombre; se movía entre la buena sociedad y siempre aparecía en el lugar adecuado en la temporada adecuada.

Cuando Aix estaba lleno, era seguro encontrarlo en el Palace; durante la semana de Deauville podía vérsele apostando moderadamente en la mesa de bacará del Casino. Y después de que cerraban las salas y hasta el Sporting Club de Montecarlo apagaba sus luces, siempre quedaba alguna partida privada en hoteles o en el salón particular de Marcus Stepney.

Y no puede negarse que el señor Stepney tenía suerte. Ganaba lo suficiente en aquellas partidas fuera de horario para sostenerse cómodamente durante las pruebas y vicisitudes que las mesas públicas infligen a sus devotos.

—¿Van a las carreras? —preguntó—. ¡Qué afortunadas! ¿Quieren venir conmigo? Puedo darles tres ganadores seguros.

—No tengo dinero para apostar —dijo Jean—. Soy una mujer pobre. Lydia, que nada en riquezas, sí puede permitirse seguir tus consejos, Marcus.

Marcus miró a Lydia con aire calculador.

—Si no lleva dinero encima, no se preocupe. Yo tengo de sobra y podrá devolverme después. Hoy podría hacerla ganar un millón de francos.

—Gracias —respondió Jean con frialdad—, pero la señora Meredith no apuesta cantidades tan grandes.

El tono fue una advertencia clarísima para aquel hombre mundano: estaba invadiendo el terreno de otro. Él sonrió con amabilidad.

Sin embargo, la tarde resultó provechosa para Lydia. Regresó a Cap Martin veinte mil francos más rica de lo que había salido.

—Lydia ha tenido mucha suerte, según me cuenta —dijo el señor Briggerland.

—Sí. Ganó unas quinientas libras —respondió su hija—. Marcus estaba echando cebo. Ella no sabía qué caballos había respaldado él hasta después de cada carrera, cuando aparecía inevitablemente con unos cuantos billetes de mil francos, y la alegría de Lydia resultaba casi conmovedora. Por supuesto, en realidad no ganó nada. Los veinte mil francos eran un simple anzuelo... ¡Esta noche viene para ver si las ballenas pican!

Marcus Stepney llegó puntualmente y, para disgusto del señor Briggerland, vestido de etiqueta, lo que obligó al hombre mayor a retirarse apresuradamente y reaparecer con el debido atuendo de noche.

El comportamiento de Marcus Stepney durante la cena fue impecable. Dedicó la mayor parte de su atención a la señora Cole-Mortimer y a Jean, quien aparentemente ni lo miraba y, sin embargo, observaba cada uno de sus movimientos, sabiendo que solo esperaba su oportunidad.

Esta llegó cuando la cena terminó y el grupo pasó a la gran terraza frente al mar. La noche era fría y Stepney buscó chales y pieles para las damas, colocando además las sillas de manera que Lydia y él quedaran separados del resto, no a gran distancia, pero sí lo suficiente —como sabía perfectamente el experimentado Marcus— para que una conversación en voz baja escapara incluso al oído más atento.

Jean, que sostenía una conversación a tres bandas con su padre y la señora Cole-Mortimer, no se movió hasta que vio, bajo la luz tenue de una lámpara suspendida del techo, la oscura cabeza de Marcus

Stepney inclinarse con demasiada confianza hacia su acompañante. Entonces se levantó y se acercó paseando.

Marcus no la maldijo porque no expresó en voz alta sus pensamientos más íntimos.

Le cedió la silla y acercó otra.

—¿Lo sabe la señorita Briggerland? —preguntó Lydia.

—No —respondió Stepney agradablemente.

—¿Puedo decírselo?

—Por supuesto.

—El señor Stepney me estaba hablando de un maravilloso golpe de apuestas para mañana. ¿No es emocionante, Jean? Dice que podría ganar cinco millones de francos sin riesgo alguno.

—Excepto el riesgo de perder un millón, supongo —sonrió Jean—. Bueno, ¿vas a hacerlo?

Lydia negó con la cabeza.

—Para empezar, no tengo un millón de francos en Francia —dijo—. Y aunque los tuviera, no los arriesgaría.

Jean volvió a sonreír ante el desconcierto que Marcus Stepney se esforzaba valientemente por ocultar.

Más tarde tomó a Marcus del brazo y lo condujo al jardín.

—Marcus —dijo cuando estuvieron fuera del alcance de la casa—, creo que eres varias clases distintas de imbécil.

—¿Por qué? —preguntó él, que no estaba precisamente de buen humor.

—Fue tan burdo —dijo ella despectivamente—, tan barato y propio de un estafador de poca monta. Un miserable millón de francos... veinte mil libras. Aparte de que tu nombre quedaría arruinado en Londres si se supiera que has robado a una muchacha...

—No se trata de robo —replicó él con brusquedad—. Te digo que Valdau es una apuesta segura para el Prix.

—No lo sería si el dinero de ella estuviera encima —dijo Jean secamente—. Quedaría magníficamente en segundo lugar y tú estarías lleno de disculpas, mientras la pobre Lydia perdería un millón de francos. No, Marcus, eso es demasiado vulgar.

—Estoy casi arruinado —dijo él secamente.

No ocultaba ni su profesión ni su plan deshonesto.

Entre ambos existía una especie de extraña camaradería. Aunque tal vez no conociera los crímenes más terribles de Jean, parecía aceptarla como una de esas personas que viven en la frontera de la ilegalidad.

—Mientras te escuchaba hablarle, estaba pensando en ti —dijo Jean pensativa—. Marcus, ¿por qué no te casas con ella?

Él se detuvo y la miró.

—¿Casarme con ella, Jean? ¿Estás loca? Ella no se casaría conmigo.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Claro que se casaría contigo, tonto, si hicieras las cosas correctamente.

Él permaneció callado.

—Vale seiscientas mil libras y da la casualidad de que sé que tiene casi doscientas mil en efectivo depositadas en el banco —dijo Jean.

—¿Por qué quieres que me case con ella? —preguntó significativamente—. ¿Hay comisión para ti?

—Una gran comisión —respondió ella—. Esas doscientas mil libras depositadas deberían ser bastante fáciles de conseguir, Marcus, y probablemente te daría aún más...

—¿Por qué?

—Para aceptar una separación —dijo con frialdad—. Te conozco. Ninguna mujer podría vivir mucho tiempo contigo sin perder la razón.

Él soltó una risita.

—¿Y voy a entregártelo todo?

—Oh, no —lo corrigió—. No soy codiciosa. Mi experiencia me dice que la gente codiciosa acaba metiéndose en graves problemas. El hombre o la mujer que "lo quiere todo" suele terminar quedándose solo con el maletín donde estaba guardado "todo". No, me conformaría con la mitad.

Él se sentó en un banco del jardín y ella hizo lo mismo.

—¿Qué habrá entonces? —preguntó—. ¿Un acuerdo entre tú y yo? ¿Algo firmado y sellado?

Los ojos tristes de Jean atraparon los suyos.

—Confío en ti, Marcus —dijo suavemente—. Si te ayudo en esto —y lo haré, si haces exactamente lo que te diga— confiaré en que me entregues mi parte.

Marcus Stepney se acomodó el cuello de la camisa con aire importante.

—Nunca he traicionado a un compañero en mi vida —dijo carraspeando—. Soy completamente derecho con la gente que juega limpio conmigo.

—Y haces bien en serlo, tratándose de mí —dijo la dulce Jean—. Porque si intentaras engañarme, entregaría a la policía el nombre y la dirección de tu otra esposa, que todavía sigue viva.

Su mandíbula cayó.

—¿Qu... qué?

—Volvamos con las damas —se burló Jean mientras se levantaba y enlazaba su brazo con el suyo.

Le produjo un inmenso placer sentir cómo aquel hombre corpulento temblaba.

Capítulo 21

A Lydia le parecía que llevaba años en el extranjero, aunque en realidad solo había pasado tres días en Cap Martin, cuando el señor Marcus Stepney se convirtió en visitante habitual.

Hasta las personas más desagradables mejoran con el trato y desmienten las primeras impresiones.

El señor Stepney nunca la aburría. Poseía una fuente inagotable de anécdotas y recuerdos, ninguno de ellos remotamente ofensivo. Además, tenía algo de deportista y, tal como habían acordado, apareció a la mañana siguiente después de su presentación en la casa de Cap Martin y la condujo a una cala resguardada donde había dos casetas de baño, introduciéndola así en el estimulante Mediterráneo.

Los baños de mar no estaban permitidos en Montecarlo hasta mayo y el agua estaba mucho más fría de lo que Lydia había imaginado. Nadaron hasta una plataforma flotante cuando aparecieron el señor Briggerland y Jean. Jean había salido directamente de la casa con el traje de baño cubierto apenas por una bata ligera. Lydia la observó con asombro, porque la muchacha era una nadadora experta. Podía zambullirse desde casi cualquier altura y permanecer bajo el agua durante un tiempo alarmante.

—Nunca imaginé que tuvieras tanta energía y fuerza en ese cuerpecito —dijo Lydia mientras Jean, lanzando un grito de placer, se subía a la plataforma y se secaba el agua de los ojos.

—Hay un hombre allá arriba observándonos con prismáticos —dijo de pronto Briggerland—. Vi el reflejo del sol en ellos.

Señaló el terreno elevado más allá de la playa, pero no pudieron distinguir nada.

Poco después apareció un destello entre el verde y Lydia señaló hacia allí.

—Creía que esas cosas solo pasaban en los periódicos humorísticos —dijo, pero Jean no sonrió. Tenía la mirada fija en el punto donde el observador invisible estaba sentado o tendido, y se cubrió los ojos con la mano.

—Supongo que será algún visitante de Montecarlo. La gente de Cap Martin es demasiado respetable como para hacer algo tan vulgar.

Ante una mirada de su hija, el señor Briggerland se deslizó al agua y, con fuertes brazadas, nadó hacia la orilla.

—Papá va a investigar —dijo Jean—, y realmente el agua es el lugar más cálido.

Con eso se dejó caer de lado al mar azul como una foca, se sumergió en las profundidades y poco después Lydia la vio caminar sobre el fondo blanco del océano, moviendo apenas las pequeñas manos. Al cabo de un momento salió a la superficie, sacudió la cabeza y volvió a zambullirse.

Mientras tanto, aunque Lydia, fascinada por las maniobras de la muchacha, no lo advirtió, Briggerland había alcanzado la orilla, se había puesto unos zapatos de goma y, con el impermeable abotonado sobre el traje de baño, empezó a abrirse paso entre los matorrales hacia el lugar donde habían brillado los prismáticos. Cuando Lydia volvió a mirar, había desaparecido.

—¿Dónde está su padre? —preguntó la muchacha.

—Se internó entre los arbustos —informó el señor Stepney—. Supongo que está buscando al fisgón.

Marcus Stepney había estado extrañamente taciturno y sombrío, molesto por la inoportuna aparición de los Briggerland.

—Ven al agua, Marcus —ordenó Jean imperiosamente mientras apoyaba el pie en el borde de la plataforma y se impulsaba hacia atrás —. Quiero ver cómo se zambulle la señora Meredith.

—¿Yo? —preguntó Lydia sorprendida—. Dios mío, no. Después de verte a ti no pienso hacer el ridículo.

—Quiero enseñarte la manera correcta de zambullirse —dijo Jean—. Ponte de pie en el borde de la plataforma.

Lydia obedeció.

—Más recta —dijo Jean—. Ahora extiende ambos brazos... Ahora...

Sonó un chasquido seco desde la orilla; algo silbó junto a la cabeza de Lydia, golpeó un poste vertical astillando el borde y rebotó con un zumbido hacia el mar.

El rostro de Lydia se volvió blanco.

—¿Qué... qué fue eso? —jadeó.

Apenas había hablado cuando sonó otro disparo. Esta vez la bala debió pasar muy alta e inmediatamente después llegó un grito de dolor desde la orilla.

Jean no vaciló. Se lanzó hacia la playa nadando furiosamente. No había sido el disparo lo que la alarmó, sino el grito y, sin detenerse a ponerse el abrigo ni las sandalias, corrió por el pequeño sendero por donde había ido su padre, siguiendo el camino entre la maleza.

Al poco rato llegó a un claro cubierto de hierba en cuyo centro crecían dos altos pinos juntos, y tendido contra uno de ellos estaba el cuerpo encogido de Briggerland.

Le dio la vuelta. Respiraba pesadamente y estaba inconsciente. Una fea herida se abría en la parte posterior de su cabeza y tanto el impermeable como el traje de baño estaban empapados de sangre.

Miró rápidamente alrededor buscando al agresor, pero no había nadie a la vista ni ninguna señal de una tercera persona, salvo dos brillantes casquillos de latón que yacían sobre la hierba.

Capítulo 22

Lydia Meredith solo recordaba haberse desmayado dos veces en su vida, y ambas habían ocurrido en las últimas semanas.

Nunca se había sentido tan incapaz de seguir adelante como cuando, haciendo un esfuerzo, se arrojó al agua junto a Marcus Stepney y nadó lentamente hacia la orilla.

No se atrevía a pensar en lo cerca que había estado de la muerte. Quienquiera que hubiese disparado lo había hecho deliberadamente y con intención de matarla. Había sentido el viento de la bala en el rostro.

—¿Qué cree que habrá sido? —preguntó Marcus Stepney mientras la ayudaba a subir por la playa—. ¿Cree que eran soldados practicando tiro?

Ella negó con la cabeza.

—Oh... —dijo Stepney pensativamente y luego añadió—: Si no le importa, iré a ver qué ha pasado.

Se envolvió en la bata que había llevado consigo y siguió el rastro de Jean, alcanzándola justo cuando el señor Briggerland abría los ojos y miraba alrededor.

—Ayúdeme a sostenerlo, Marcus —dijo Jean.

—Espere un momento —dijo Stepney mientras buscaba en el bolsillo y sacaba un pañuelo de seda—. Véndele la herida con esto.

Ella negó con la cabeza.

—Ya ha perdido toda la sangre que iba a perder —dijo tranquilamente —, y no creo que haya fractura. Le palpé cuidadosamente el cráneo con el dedo.

Stepney se estremeció.

—Hola —dijo Briggerland soñoliento—. Vaya, me dio un golpe tremendo.

—¿Quién lo hizo? —preguntó la muchacha.

Briggerland negó con la cabeza y se estremeció de dolor.

—No lo sé —gimió—. Ayúdeme a levantarme, Stepney.

Con ayuda del hombre logró ponerse en pie tambaleándose.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Stepney.

—No le haga preguntas ahora —dijo la muchacha con brusquedad—. Ayúdelo a volver a la casa.

Llamaron a un médico, quien le cosió la herida. Dio un informe alentador y no se mostró demasiado curioso acerca de cómo se había producido la lesión. En las regiones de Montecarlo sucedían cosas extraordinarias a los visitantes extranjeros y los médicos no perdían nada siendo discretos.

No fue hasta aquella tarde, recostado sobre almohadas en una silla y convertido en el centro de una audiencia compasiva, cuando el señor Briggerland contó su historia.

—Tuve la sensación de que algo andaba mal —dijo— y fui a investigar. Oí un disparo, casi a pocos metros de mí y, atravesando los arbustos, vi al sujeto apuntando por segunda vez, así que me lancé sobre él. Recordarán que el segundo disparo salió desviado.

—¿Qué clase de hombre era? —preguntó Stepney.

—Creo que era italiano —respondió Briggerland—. En cualquier caso, me dio un golpe terrible con la culata del rifle y ya no supe más hasta que Jean me encontró.

—¿Cree que me estaba disparando a mí? —preguntó Lydia horrorizada.

—Estoy completamente seguro —dijo Briggerland—. Lo comprendí en el momento en que vi al sujeto.

—¿Cómo voy a agradecerle esto? —dijo la muchacha impulsivamente —. De verdad, fue admirable enfrentarse a un hombre armado con las manos desnudas.

El señor Briggerland cerró los ojos y suspiró.

—No fue nada —dijo modestamente.

Antes de la cena, él y su hija se quedaron solos por primera vez desde el accidente.

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Iba a ser una pequeña sorpresa para ti —dijo él—. Un pequeño plan mío, querida; siempre me estás llamando cobarde y quería demostrar…

—¿Qué pasó? —preguntó ella secamente.

—Bueno, salí ayer por la mañana y lo arreglé todo. Le compré el rifle, un viejo rifle inglés, a un campesino en Amiens. Pensé que podría venir bien, sobre todo porque el hombre incluyó un paquete de munición. Ayer por la mañana, estando despierto antes del amanecer, lo pensé bien. Subí a la colina —por cierto, el terreno pertenece a una casa vacía — y localicé el lugar, puse el rifle donde pudiera encontrarlo fácilmente y coloqué unas gafas de vidrio en uno de los arbustos, donde el sol se reflejara. Todo el plan no dejaba de tener su mérito como pieza de estrategia, querida —dijo con complacencia.

—¿Y luego…? —dijo ella.

—Pensé que iríamos a bañarnos ayer, pero no lo hicimos; pero hoy… pasó mucho tiempo antes de que alguien divisara las gafas, pero una vez que tuve la excusa para ir a tierra e investigar, el resto fue fácil.

Ella asintió.

—¿Así que por eso me pediste que la mantuviera en la balsa e hicieras que se pusiera de pie?

Él asintió.

—¿Y bien…? —exigió ella.

—Subí al lugar, tomé el rifle y apunté. Siempre he sido un tiro bastante

bueno…

—Hoy no lo demostraste precisamente —dijo ella con sarcasmo—. ¿Entonces supongo que alguien te golpeó en la cabeza?

Él asintió e hizo una mueca, pero cualquier movimiento de su cráneo lesionado le resultaba excesivamente doloroso.

—¿Quién fue? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—No hagas preguntas tontas —dijo con petulancia—. No sé nada. Ni siquiera sentí el golpe. Solo recuerdo haber apuntado, y luego todo se oscureció.

—¿Y cómo lo habrías explicado todo, suponiendo que hubieras tenido éxito?

—Eso era fácil —dijo él—. Habría dicho que fui en busca del hombre que habíamos visto, que oí un disparo, corrí hacia delante y no encontré más que el rifle.

Ella se quedó en silencio, mordiéndose los labios con aire ausente.

—Y corriste el riesgo de que algún campesino o visitante te viera; corriste el riesgo de atraer a la policía al lugar y convertir lo que fácilmente podría haber sido un caso de muerte accidental en un caso evidente de asesinato premeditado. Y creo recordar que te llamaste a ti mismo estratega —preguntó con cortesía.

—Hice lo que pude —gruñó él.

—Bueno, no lo vuelvas a hacer, padre —dijo ella—. Tu temeridad me espanta, y sabe Dios que nunca esperé estar en posición de llamarte temerario.

Y con esto lo dejó para que disfrutara de la adoración de héroe que la futura señora Cole-Mortimer derrocharía sobre él.

El «accidente» los mantuvo en casa esa noche, y Lydia no lo lamentó. Un diván no es un lugar muy cómodo para dormir, y esa noche estaba lista para una cama de verdad. El señor Stepney la descubrió bostezando a hurtadillas y se marchó temprano, disgustado.

La noche era más cálida de lo que había sido la mañana. Soplaba el viento Föhn y su habitación, con el radiador encendido, le resultaba un poco agobiante. Abrió los grandes ventanales y salió al balcón. El último cuarto de la luna estaba alto en el cielo y, aunque la luz era tenue, proyectaba sombras en los árboles y daba una iluminación inquietante al césped.

Apoyó los brazos en la barandilla y miró a través del mar hacia las luces de Montecarlo, que brillaban en la noche purpúrea. Sus ojos vagaron distraídamente por los terrenos y se sobresaltó. Habría jurado que había visto una figura moviéndose en la sombra del árbol, y no se equivocaba.

Al poco rato, la figura salió de la franja de árboles y cruzó el césped con cautela, deteniéndose de vez en cuando para mirar a su alrededor. Al principio pensó que era Marcus Stepney quien había regresado, pero algo en el andar del hombre le resultó familiar. Al cabo de un momento, se detuvo justo debajo del balcón y miró hacia arriba; ella exclamó al ver que la tenue luz revelaba el cabello grisáceo y las espeluznantes cejas del intruso.

—No pasa nada, señorita —dijo en un susurro ronco—, solo es el viejo Jaggs.

—¿Qué está haciendo? —respondió ella en el mismo tono.

—Solo echando un vistazo —dijo él—, solo echando un vistazo —y volvió a alejarse cojeando en la oscuridad.

Capítulo 23

Así que el viejo Jaggs estaba en Montecarlo. ¿Qué estaría haciendo allí y cómo se las arreglaría con aquella gente que no hablaba más que francés?, se preguntó Lydia. Tenía bastante en qué pensar antes de dormirse.

Abrió los ojos completamente despierta mientras el amanecer comenzaba a elevarse sobre el mar gris. Miró su reloj: eran las seis menos cuarto. No sabía por qué se había despertado tan de repente, aunque recordó con un pequeño estremecimiento otra ocasión en que había despertado, también antes del alba, para enfrentarse a la muerte bajo una forma aterradora.

Se levantó de la cama, se puso un abrigo grueso y abrió las puertas de rejilla que daban al balcón. La mañana estaba más fría de lo que había imaginado y se alegró de regresar cerca del cálido radiador.

Las horas limpias y frescas del amanecer, cuando la mente está despejada y no hay sonidos ni movimientos que distraigan los pensamientos, favorecen la reflexión serena.

Lydia repasó las últimas semanas de su vida y comprendió por primera vez el milagro que había ocurrido. Era como una vieja leyenda: la esclava había sido elevada desde la antesala del rey; la artista luchadora era ahora una mujer rica. Giró distraídamente el anillo de oro en su dedo... y estaba casada... ¡y viuda!

Tenía la incómoda sensación de que, pese a su riqueza, todavía no había encontrado su lugar. Seguía siendo una pieza fuera de sitio. Los Cole-Mortimer y los Briggerland no pertenecían a su mundo ideal, y no lograba hallar un sitio donde encajara.

En aquel estado de ánimo, tan propicio para considerar semejante problema, trató de analizar la antipatía de Jack Glover hacia Jean Briggerland y su padre.

Parecía antinatural que un joven sano mantuviera una enemistad tan amarga contra una muchacha de belleza casi sobrenatural, y todo porque ella lo había rechazado.

Jack Glover era un hombre educado en escuela pública, con un agudo sentido del honor. Lydia no podía imaginarlo capaz de una acción mezquina. Y hombres así no sostenían venganzas sin una buena razón. Si una mujer los rechazaba, aceptaban el rechazo con dignidad, y resultaba casi inconcebible que Jack no tuviera otra razón para odiarla. Sin embargo, tampoco podía obligarse a considerar siquiera la posibilidad de que la razón fuese la que él había expuesto.

Llegó una vez más al callejón sin salida de las conjeturas. Podía confiar en el juicio de Jack hasta cierto punto... más allá no podía avanzar.

Se bañó, se vistió y ya estaba en el jardín cuando el horizonte oriental se tiñó de oro con la luz del sol naciente. No había nadie despierto; ni siquiera los sirvientes más diligentes se habían levantado todavía, y ella paseó por la avenida hasta llegar a la carretera principal.

Mientras estaba allí mirando a uno y otro lado, un hombre salió de los árboles que bordeaban el camino y comenzó a caminar rápidamente en dirección a Montecarlo.

—¡Señor Jaggs! —lo llamó.

Él no respondió, pero pareció acelerar aún más su paso cojeante y, tras vacilar un instante, Lydia echó a correr tras él. Él se volvió al oír sus pasos y, con su manera furtiva habitual, se ocultó en la sombra de un arbusto. Estaba más sucio que de costumbre; llevaba unos extraños guantes y un sombrero blando y gastado cubría su cabeza.

—Buenos días, señorita —jadeó.

—¿Por qué estaba huyendo, señor Jaggs? —preguntó ella, un poco sin aliento.

—No estaba huyendo, señorita —respondió él, mirándola agudamente bajo sus espesas cejas blancas—. Solo estaba echando un vistazo por ahí.

—¿Pasa todas las noches "echando un vistazo"? —sonrió ella.

—Sí, señorita.

En aquel momento apareció un gendarme ciclista. Redujo la velocidad al acercarse y desmontó.

—Buenos días, madame —dijo cortésmente, y luego, mirando al hombre—: ¿Está este hombre a su servicio? Lo he visto salir de su casa todas las mañanas.

—Oh, sí —dijo Lydia apresuradamente—. Es mi...

No encontraba cómo describirlo, pero el viejo Jaggs la sacó del apuro.

—Soy el correo de madame —dijo, y para asombro de Lydia habló en un francés perfecto—. También soy el vigilante de la casa.

—Sí, sí —dijo Lydia, recuperándose de la sorpresa—. Monsieur es también el vigilante.

—Bien, madame —dijo el gendarme—. Perdone mi pregunta, pero tenemos tantos extranjeros aquí...

Observaron al gendarme alejarse hasta desaparecer de vista. Entonces el viejo Jaggs soltó una risita.

—Nada mal mi francés, ¿eh, señorita? —dijo, y sin añadir una palabra más se volvió y siguió cojeando tras el policía.

Lydia lo miró alejarse, desconcertada. Así que pasaba todas las noches en los jardines o cerca de la casa. Saberlo le produjo una extraña sensación de seguridad y tranquilidad.

Cuando regresó a la villa, los sirvientes ya estaban levantados. Jean no apareció hasta el desayuno y Lydia aprovechó para hablar con el ama de llaves francesa que la señora Cole-Mortimer había contratado al alquilar la villa. Gracias a ella se enteró de una noticia que transmitió a Jean casi en cuanto apareció.

—El hijito del jardinero va a recuperarse, Jean.

Jean asintió.

—Ya lo sé —dijo—. Ayer telefoneé al hospital.

Aquello era tan distinto de la imagen que Lydia tenía de ella que la dejó mirando fijamente.

—La madre está aislada —continuó Lydia— y Madame Souviet dice que la pobre mujer no tiene dinero ni amigos. Pensaba ir hoy al hospital para ver si puedo hacer algo por ella.

—Será mejor que no vayas, querida —advirtió nerviosamente la señora Cole-Mortimer—. Demos gracias porque conseguimos sacar de aquí al pequeño mocoso sin contagiarnos. No hay que buscarse problemas. Mantente lejos del hospital.

—¡Tonterías! —dijo Jean enérgicamente—. Si Lydia quiere ir, no hay ninguna razón para impedírselo. A las personas en aislamiento nunca se les permite tener contacto con los visitantes, así que en realidad no hay peligro.

—Estoy de acuerdo con la señora Cole-Mortimer —gruñó Briggerland —. Es muy tonto buscarse problemas. Sigue mi consejo, querida, y mantente alejada.

—Esta mañana hablé con un gendarme —dijo Lydia, cambiando de tema—. Cuando se detuvo y se bajó de la bicicleta pensé que iba a hablar del tiroteo. Supongo que lo habrán denunciado a la policía.

—Eh... sí —dijo el señor Briggerland, sin levantar la vista del plato—. Claro. ¿Has ido a Montecarlo?

Lydia negó con la cabeza.

—No podía dormir y estaba paseando por la carretera cuando pasó. — No dijo nada sobre el señor Jaggs—. La policía de Mónaco es muy sociable.

El señor Briggerland resopló.

—Mucho —dijo.

—¿Tienen alguna teoría? —preguntó ella. En su inocencia insistía en un tema profundamente desagradable para Briggerland—. Me refiero al tiroteo.

—Sí, tienen teorías, pero querida, te aconsejaría no hablar del asunto con la policía. La verdad es —improvisó Briggerland— que les dije que tú no sabías que habían intentado dispararte y, si hablas con la policía, me harás quedar bastante mal.

Cuando Lydia y la señora Cole-Mortimer se marcharon, Jean aprovechó la ausencia de la criada.

—Espero que empieces a comprender lo absolutamente insensato que fue tu plan —dijo—. Tienes que sostener tu actuación con toda una serie de mentiras torpes. Posiblemente Marcus, como un idiota, ya lo habrá comentado en Montecarlo y pronto tendremos a los detectives aquí preguntando por qué no denunciaste el asunto.

—Si yo fuera tan inteligente como tú... —gruñó él.

—No lo eres —dijo Jean mientras enrollaba su servilleta—. Eres el hombre menos inteligente que conozco.

Capítulo 24

Lydia subió a su dormitorio para guardar su ropa y encontró a la criada haciendo la cama.

—Oh, madame —dijo la muchacha—, olvidé hablarle de un asunto... espero que madame no se enoje.

—Difícilmente podría enojarme en una mañana como esta —dijo Lydia.

—Es por esto, madame —dijo la criada.

Buscó en su bolsillo y sacó un pequeño objeto brillante, que Lydia tomó de su mano.

"Aquello" era una diminuta cruz de plata, tan pequeña que una moneda de cinco francos la habría cubierto fácilmente. Estaba muy pulida y parecía haber tenido bastante uso.

—Cuando quitamos su cama, después de aquel acontecimiento atroz y misterioso —dijo rápidamente la criada—, esto fue encontrado entre las sábanas. No pensamos que pudiera pertenecerle a madame, porque es muy humilde, hasta esta mañana, cuando se sugirió que quizá fuese un recuerdo que madame apreciara.

—¿La encontraron entre las sábanas? —preguntó Lydia sorprendida.

—Sí, madame.

—No me pertenece —dijo Lydia—. Quizá sea de Madame Cole-Mortimer. Se la mostraré.

Mrs. Cole-Mortimer era una católica devota, y fácilmente podía tratarse de algún recuerdo querido por ella.

La muchacha llevó la cruz hacia la ventana; una "X" había sido grabada con algún instrumento puntiagudo en la unión de los brazos. No había ninguna otra marca que identificara el objeto.

Lydia guardó la cruz en su bolso y, cuando volvió a ver a Mrs. Cole-Mortimer, olvidó preguntarle por ella.

El automóvil la llevó sola a Niza. Jean no tenía deseos de hacer el viaje y Lydia disfrutó bastante de la soledad.

El hospital de aislamiento estaba en la cima de la colina y encontró cierta dificultad para obtener acceso a esa hora. Sin embargo, la llegada del médico jefe evitó que hiciera el viaje en vano. El informe que le dio sobre el niño era muy satisfactorio; la madre estaba en la sala de aislamiento.

—¿Puedo verla?

—Sí, madame —dijo el cortés francés encargado—. Comprenda que no podrá acercarse a ella. Será algo parecido a entrevistar a una prisionera; ella estará detrás de una reja y usted detrás de otra.

Lydia fue conducida a una sala que, imaginó, se parecía mucho a aquellas donde los prisioneros recibían a sus afligidos familiares. No había exactamente barrotes, pero dos grandes mallas de acero separaban a la visitante de la paciente en observación.

Después de un rato, una monja llevó a la esposa del jardinero: una mujer alta y demacrada, originaria de Marsella, que hablaba el confuso dialecto de aquella ciudad con gran rapidez. Lydia tardó un tiempo en acostumbrar el oído a aquella extraña forma de hablar.

Su hijo estaba mejorando, dijo la mujer, pero ella misma se hallaba en terribles dificultades. No tenía dinero para la comida adicional que necesitaba. Su esposo, que se encontraba en París cuando el niño fue llevado al hospital, ni siquiera se había preocupado por escribirle. Era terrible estar en un lugar rodeada de otros enfermos de fiebre, y estaba segura de que sus días estaban contados...

Lydia deslizó un billete de quinientos francos a través de la rejilla para la monja, a fin de aliviar sus necesidades materiales.

—Y, oh, madame —se lamentó la mujer del jardinero—, ¡mi pobre hijito ha perdido el regalo de la Reverenda Madre de San Sulpicio! ¡Su propia cruz, bendecida por Su Santidad el Papa! Fue porque dejé la cruz dentro de su camisita que está mejorando, pero ahora se ha perdido y estoy segura de que esos médicos ladrones se la han quedado.

—¿Una cruz? —preguntó Lydia—. ¿Qué clase de cruz?

—Era una cruz de plata, madame; no tenía valor en dinero... era invaluable. El pequeño Xavier...

—¿Xavier? —repitió Lydia, recordando la "X" del pequeño objeto encontrado en su cama—. Espere un momento, madame.

Abrió el bolso y sacó el diminuto símbolo de plata, y al verlo la mujer rompió en una avalancha de agradecimientos llenos de alegría.

—¡Es la misma, la misma, madame! ¡Tiene una pequeña "X" que la Reverenda Madre grabó con sus propias benditas tijeras!

Lydia pasó la cruz a través de la red y la monja se la entregó a la mujer.

—¡Es la misma, es la misma! —gritó—. ¡Oh, gracias, madame! Ahora mi corazón está feliz...

Lydia salió del hospital y caminó por los jardines junto al médico. Pero no escuchaba lo que él decía: su mente estaba completamente ocupada por el misterio de la cruz de plata.

Era del pequeño Xavier... había estado metida en su cama mientras él yacía, según creía su madre, moribundo... ¡y había sido encontrada en su propia cama!

Su pie ya estaba sobre el escalón del automóvil cuando comprendió el significado de aquella cama empapada y de la botella vacía de peróxido. Xavier había sido colocado allí, y alguien que sabía que la cama estaba infectada la había empapado de agua para impedir que ella durmiera en ella. ¿Pero quién? ¡El viejo Jaggs!

Subió lentamente al automóvil y regresó a Cap Martin por la Grande Corniche.

¿Quién había puesto allí al niño? Él no podía haber caminado desde la cabaña del jardinero; eso era imposible.

Iba a mitad de camino de regreso cuando notó un paquete en el suelo del coche. Bajó la ventanilla delantera y habló con el chófer. No era

Mordon, sino un hombre al que había contratado junto con el automóvil.

—Vino del hospital, madame —dijo él—. El portero me preguntó si venía de Villa Casa. Era algo enviado al hospital para ser desinfectado. Hubo un cargo de siete francos por el servicio, madame, y yo lo pagué.

Ella asintió.

Tomó el paquete: estaba dirigido a "Mademoiselle Jean Briggerland" y llevaba la etiqueta del hospital.

Lydia se recostó en el automóvil con los ojos cerrados, cansada de darle vueltas a aquel problema y, sin embargo, decidida a llegar al fondo del misterio.

Jean estaba fuera cuando regresó, y Lydia llevó el paquete a su propia habitación. Trataba de apartar de su mente incluso la posibilidad de que pudiera haberse concebido un crimen tan monstruoso como el que todas las evidencias parecían indicar. Se negó resueltamente a creer que algo así hubiera sucedido. Debía existir alguna explicación para la presencia de la cruz en su cama. Quizá había sido encontrada después de que las sábanas mojadas fueran llevadas a la parte de servicio de la casa.

Tocó el timbre y acudió la criada que le había entregado la cruz.

—Dime —dijo Lydia—, ¿dónde fue encontrada esta cruz?

—En su cama, mademoiselle.

—¿Pero dónde exactamente? ¿Antes de que la ropa de cama fuera retirada de esta habitación o después?

—Antes, madame —dijo la criada—. Cuando apartamos las sábanas la encontramos justo en el centro de la cama.

El corazón de Lydia se hundió.

—Gracias, eso es todo —dijo—. He encontrado a la dueña de la cruz y ya se la he devuelto.

¿Debía contárselo a Jean? Su primer impulso fue confiarle sus sospechas y revelarle el estado de su mente. Su segundo pensamiento fue buscar al viejo Jaggs, pero ¿dónde podría encontrarlo? Evidentemente vivía en algún lugar de Monte Carlo, pero difícilmente su nombre aparecería en la lista de visitantes.

Aún seguía indecisa cuando Marcus Stepney llegó para llevarla a almorzar al Café de Paris.

Todo aquello era increíblemente improbable. Pertenecía a un mundo irreal; pero entonces, se dijo, ella misma llevaba semanas viviendo en un mundo irreal.

Capítulo 25

El señor Stepney se había vuelto más soportable. Una semana atrás, le habría asustado la idea de almorzar con él, pero ahora esa perspectiva no tenía nada de aterradora. Sus opiniones sobre las cosas y las personas eran más generosas de lo que ella había esperado. Había previsto que su actitud sería un tanto cínica, pero para su sorpresa, rebosaba bondad amorosa. Si hubiera conocido al señor Marcus Stepney tan bien como lo conocía Jean, se habría dado cuenta de que adaptaba su actitud mental a su público. Era un hombre cuya principal herramienta de trabajo era el conocimiento de la naturaleza humana y la capacidad de agradar. Jamás habría intentado escandalizarla o asustarla, del mismo modo que un vendedor de primera categoría no escandalizaría ni molestaría a un posible cliente.

Tenía productos que vender y era su deber asegurarse de que satisficieran al comprador. En este caso, la mercancía estaba representada por un metro setenta y cinco de hombre apuesto y bien vestido, y era bastante importante que presentara la mejor cara del artículo al comprador. Era casi tan importante que la venta fuera rápida. El señor Stepney vivía al día. Lo que pudiera pasar al año siguiente rara vez le interesaba, por lo tanto, su cortejo debía ser veloz.

Contó la historia de su vida durante el almuerzo, una historia susceptible de conmover a una mujer de corazón tierno para que al menos sintiera un interés compasivo. La historia de su vida también variaba según el público. En este caso, estaba diseñada para alguien que él sabía que había tenido una dura lucha, cuyo padre había estado muy endeudado y que había probado algo de la amargura de la derrota. Jean le había dado una historia muy precisa de la carrera de la joven, y el señor Marcus Stepney la adaptó a sus propios fines.

—Vaya, su vida ha transcurrido casi en paralelo con la mía —dijo Lydia.

—Espero que así continúe —dijo el señor Stepney, no sin un toque de tristeza en la voz—. Soy un hombre muy solitario; no tengo amigos,

excepto los conocidos que uno puede hacer en los clubes nocturnos y en los lugares adonde acude la gente elegante durante la temporada, y hay una artificialidad en las amistades de la alta sociedad que me deprime un poco.

—Yo también siento eso —dijo la compasiva Lydia.

—¡Si tan solo pudiera sentar cabeza! —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Una casita en el campo, unos cuantos caballos, unas cuantas vacas, una mujer que me entendiera…

Fue un paso en falso.

—¿Y unos cuantos pollitos de mascota para que lo sigan a todas partes? —rio ella—. No, no suena muy propio de usted, señor Stepney.

Él bajó los ojos. —Lamento que piense eso —dijo—. Todo el mundo cree que soy un mujeriego, un holgazán, sin ningún interés en la existencia, excepto el placer que puedo extraer de ella.

—Y una existencia muy alegre, por cierto —dijo Lydia con viveza. Había detectado una nota de sentimentalismo que se colaba en la conversación y la había aniquilado con el arma más eficaz del arsenal femenino.

—Y ahora cuénteme todo sobre el gran pretendiente moro que se aloja en su hotel (lo vi fugazmente en el paseo marítimo y había mucho sobre él en el periódico).

El señor Stepney suspiró y relató todo lo que sabía sobre el temible Muley Hafiz de camino a las habitaciones. A Muley Hafiz lo estaban tratando como a una celebridad en Francia por aquel entonces, para fastidio de las autoridades españolas, que habían puesto precio a su cabeza.

Lydia mostró mucho más interés por el pretendiente moro que por el pretendiente que caminaba a su lado.

No estaba del mejor humor cuando la trajo de vuelta a Villa Casa, y Jean, que lo entretuvo mientras Lydia se cambiaba, vio que sus primeros avances no habían tenido un resultado muy alentador.

—No habrá campanas de boda, Jean —dijo él.

—Te tomas un rechazo muy a la ligera —dijo la joven, pero él sacudió la cabeza.

—Mi querida Jean, conozco a las mujeres como la palma de mi mano, y te digo que no hay nada que hacer con esta chica. No soy ningún tonto.

Ella lo miró con seriedad. —No, no eres un tonto —dijo por fin—. Es poco probable que te equivoques en ese tipo de cosas. Me temo que tendrás que hacer algo más romántico.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Tendrás que fugarte con ella; y, como los caballeros de antaño, llevarte a la dama de tu elección.

—Los caballeros de antaño no tenían que presentarse ante un juez y un jurado y cumplir siete años en Dartmoor por sus pecados —dijo de forma desagradable.

Ella estaba sentada en una silla baja con vistas al mar, tallando una ramita con un cuchillo de mango plateado que había sacado de su bolso, una de sus ocupaciones favoritas en los momentos de reflexión.

—No todas las damas de antaño acudían a la policía —dijo ella—. Algunas eran bastante felices con sus poderosos señores, en especial las damas de mente delicada que rehuían anunciar su desgracia a los lectores de la prensa dominical. Creo que a la mayoría de las mujeres les gusta que las cortejen al estilo de los hombres de las cavernas, Marcus.

—¿Es ese el tipo de trato que te gustaría a ti, Jean?

Había un tono nuevo en su voz. Si ella lo hubiera mirado, habría visto un extraño brillo en sus ojos.

—Solo estoy planteando una teoría —dijo ella—, una teoría que se ha mantenido a lo largo de los siglos.

—Dejaría que se fuera, a ella y a su dinero también —dijo él. Hablaba deprisa, casi de forma incoherente—. Solo hay una mujer en el mundo para mí, Jean, y ya te lo he dicho antes. Daría mi vida y mi alma por ella.

Se inclinó y la tomó del brazo con su gran mano.

—Crees en el método de los hombres de las cavernas, ¿verdad? —suspiró—. Es el tipo de trato que te gustaría, ¿eh, Jean?

Ella no intentó soltarse el brazo. —No me toques, Marcus, por favor —dijo en voz baja.

—Te gustaría, ¿verdad, Jean? ¡Dios mío, sacrificaría mi alma por ti, diablilla!

—Sé sensato —dijo ella. No fueron sus palabras ni su tono firme lo que lo hizo retroceder. Dos veces y de forma deliberada pasó el filo de su pequeño cuchillo por el dorso de la mano de él, y él se apartó de un salto con un aullido de dolor.

—Tú… tú, bestia —tartamudeó él, y ella lo miró con su sonrisa socarrona.

—También debió de haber mujeres de las cavernas, Marcus —dijo con frialdad, mientras se levantaba—. Tenían sus métodos… dame tu pañuelo, quiero limpiar este cuchillo.

El rostro de él estaba ahora pálido. La miraba como un hombre que ha perdido el juicio.

No se movió cuando ella le sacó el pañuelo del bolsillo, limpió el cuchillo, lo cerró y lo metió en su bolso, antes de volver a colocarle el pañuelo en su sitio con cuidado. Y durante todo ese tiempo él permaneció allí, con la mano chorreando sangre, incapaz de moverse. No fue hasta que ella desapareció por la esquina de la casa que sacó el pañuelo y se envolvió la mano con él.

—Un demonio —gimoteó, casi llorando—, ¡un demonio!

Capítulo 26

Jean Briggerland descubrió a un recién llegado a su regreso a la casa.

Jack Glover había llegado inesperadamente de Londres, según le contó Lydia, y el propio Jack la recibió con extraordinaria genialidad.

—¡Qué afortunadas son de estar en este paraíso! —dijo él—. En Londres llueve a cántaros y es de lo más miserable. Y usted se ve muy morena y hermosa, señorita Briggerland.

—El espíritu del cálido sur se le ha metido en la sangre, señor Glover —dijo ella con sarcasmo—. Unas vacaciones en la Riviera lo harían casi humano.

—¿Y qué la haría humana a usted? —preguntó Jack con suavidad.

—Espero que no vayan a pelear en cuanto se vean —dijo Lydia.

A Jean le llamó la atención el cambio en la joven. Había color en sus mejillas y una nota nueva y más alegre en su voz, algo inconfundible para una observadora tan aguda como Jean Briggerland.

—Nunca peleo con Jack —dijo. Adoptó un aire de propiedad hacia Jack Glover que, por alguna razón, molestó a Lydia—. Él se inventa las peleas y las lleva a cabo él mismo. ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Dos días —dijo Jack—, luego tengo que volver a la ciudad.

—¿Ha traído a su señor Jaggs con usted? —preguntó Jean con inocencia.

—¿No está aquí? —preguntó Jack sorprendido—. Lo envié hace una semana.

—¿Aquí? —repitió Jean despacio—. Oh, ¿está aquí? Por supuesto. —Ella asintió. Ahora ciertas cosas le quedaban claras; el desconocido que empapaba las camas, el forastero que había aparecido de la nada y había dejado sin sentido a su padre ya no eran misterios.

—Oh, Jean —fue Lydia quien habló—. Soy muy descuidada, no te di el paquete que traje del hospital.

—¿Del hospital? —dijo Jean—. ¿Qué paquete era ese?

—Algo que habías mandado a esterilizar. Voy a buscarlo.

Regresó en uno o dos minutos con el paquete que había encontrado en el coche.

—Ah, sí —dijo Jean con despreocupación—, lo recuerdo. Es una manta que le presté a la esposa del jardinero cuando su hijito se enfermó.

Le entregó el paquete a la sirvienta. —Llévalo a mi habitación —dijo.

Esperó el tiempo justo para encontrar una excusa para dejar la reunión, y subió las escaleras. El paquete estaba sobre su cama. Arrancó el envoltorio: adentro, almidonado, blanco y limpio, estaba el guardapolvo que había usado la noche que llevó a Xavier desde la cabaña hasta la cama de Lydia. Allí estaba el gorro de goma, descolorido por los efectos del desinfectante, así como los guantes y el pañuelo de seda, todo impecablemente lavado y planchado. Los miró pensativa.

Guardó los artículos en un cajón, bajó por la escalera de servicio y, cruzando una pesada puerta abierta, entró en el sótano. La luz entraba por dos ventanas enrejadas, a través de una de las cuales había empujado su fardo aquella noche, y pudo ver cada rincón del sótano, que estaba vacío, tal como esperaba. La ropa que había arrojado allí había sido recogida por algún agente misterioso, que la había enviado al hospital a su nombre.

Subió lentamente las escaleras, cerró la puerta que había dejado abierta tras de sí y salió al jardín a pensar.

—¡Jaggs! —dijo en voz alta, y su voz era tan suave como la seda—. Creo, señor Jaggs, que usted debería estar en el cielo.

Capítulo 27

—¿Quiénes eran los altivos individuos que se entrevistaban con Jean en el salón? —preguntó Jack Glover, mientras el automóvil de Lydia jadeaba y gemía en el empinado ascenso hacia La Turbie.

Lydia estaba preocupada, y él ya había notado su seriedad.

—La pobre Jean está bastante angustiada —dijo ella—. Al parecer, tuvo un romance con un hombre hace tres o cuatro años, y últimamente él la ha estado bombardeando con cartas amenazadoras.

—Pobre alma —dijo Jack con sequedad—, pero me imagino que podría haber lidiado con ese asunto sin llamar a la policía. Supongo que eran detectives. ¿Ha recibido alguna carta recientemente?

—Recibió una esta mañana… enviada desde Montecarlo anoche.

—Por cierto, Jean fue a Montecarlo anoche, ¿no es así? —preguntó Jack.

Ella lo miró con reproche.

—Todos fuimos a Montecarlo —dijo con severidad—. Ahora bien, por favor no sea horrible, señor Glover, no estará sugiriendo que Jean se escribió a sí misma esta espantosa carta, ¿verdad?

—¿Era una carta espantosa? —preguntó Jack.

—Una carta terrible, amenazando con matarla. ¿Sabe que el señor Briggerland cree que la persona que casi me mata en realidad le estaba disparando a Jean?

—No me diga —dijo Jack con cortesía—. No había oído nada sobre gente disparándole, pero suena bastante alarmante.

Ella le contó la historia y él no ofreció ningún comentario.

—Continúe con su emocionante historia sobre el enemigo mortal de Jean. ¿Quién es?

—Ella no sabe su nombre —dijo Lydia—. Lo conoció en Egipto… un hombre mayor que prácticamente seguía sus pasos a dondequiera que ella iba y se convirtió en una molestia.

—¿No sabe su nombre, eh? —dijo Jack con un resoplido—. Bueno, eso es conveniente.

—Creo que es usted casi rencoroso —dijo Lydia acalorada—. Pobre chica, estaba tan angustiada esta mañana; nunca la había visto tan alterada.

—¿Y la policía va a montar guardia y a seguirla a dondequiera que vaya? ¿Y está esa persona insufrible, el señor Marcus Stepney, también en la contienda? Lo vi deambulando esta mañana como un héroe herido, con el brazo en cabestrillo.

—Se lastimó la mano recogiendo flores silvestres para mí en el…

Pero la carcajada de Jack la detuvo y ella lo fulminó con la mirada.

—Creo que es usted un grosero —espetó enfadada—. Lamento haber salido con usted.

—Y yo lamento haber sido tan tonto —se disculpó el arrepentido Jack —, ¡pero la visión del inmaculado señor Stepney recogiendo flores silvestres con sombrero de copa y traje de mañana sin duda me resultó cómica!

—Él no usa sombrero de copa ni traje de mañana en Montecarlo —dijo ella, furiosa por sus burlas—. Hablemos de alguien que no sean mis amigos.

—Aún no he empezado a hablar de sus amigos —dijo él—. Y por favor, no intente decirle a su chofer que dé la vuelta; la carretera es demasiado estrecha y lanzaría el auto por el acantilado antes de que usted se diera cuenta, si fuera lo bastante estúpido como para intentarlo. Lo siento, lo siento profundamente, señora Meredith, pero

creo que Jean tenía razón cuando dijo que el aire del sur se me había metido en la sangre. Estoy un poco histérico… sí, atribúyalo a eso. Es de familia —continuó balbuceando—. Tengo una tía que se desmaya al ver fresas, y un tío que se desvanece cada vez que un gato entra en la habitación.

—Espero que no lo visite muy a menudo —dijo ella con frialdad.

—Dos puntos para usted —dijo Jack—, pero debo advertir a Jaggs, por si lo confunden con el viejo donjuán. Evidentemente, Jean está preparando el camino para un final desagradable para el pobre y viejo Jaggs.

—¿Por qué piensa esas cosas de Jean? —preguntó ella, mientras entraban en La Turbie.

—Porque tengo una mente criminal —respondió de inmediato—. Tengo el mismo tipo de mente que Jean Briggerland, unida a un íntegro respeto por la ley y un saludable sentido del bien y del mal. Algunas personas no podrían ser felices si tuvieran un solo centavo ganado de forma deshonesta; otras son felices mientras tengan el dinero… siempre que sea dinero real. Yo pertenezco a la primera categoría. Jean… bueno, no sé qué haría feliz a Jean.

—¿Y qué lo haría feliz a usted… Jean? —preguntó ella.

Él no respondió a esta pregunta hasta que estuvieron sentados en la terraza del National, donde les esperaba un ligero almuerzo.

—¿Jean? —dijo, como si la pregunta acabara de formularse—. No, no quiero a Jean. Es maravillosa, de verdad, señora Meredith, ¡maravillosa! Me sorprendo a mí mismo pensando en ella en momentos insospechados, y cuanto más lo pienso, más me asombro. Lucrecia Borgia era un bebé de pecho en comparación con Jean… a la pobre Lucrecia la han difamado, de todos modos. Hubo una mujer en el siglo dieciséis bastante parecida a ella, y otra joven en los primeros tiempos de Nueva Inglaterra, que solía denunciar a las brujas por el placer de verlas arder, pero no se me ocurre un paralelismo exacto, porque Jean no obtiene más placer al lastimar a la gente del que usted obtendrá al cortar ese melón. Simplemente tiene que cortarlo, y el hecho de que

finalmente esté destruyendo la vida del melón no le preocupa.

—¿Tienen vida los melones? —Hizo una pausa, cuchillo en mano, mirando la fruta con el ceño fruncido—. No, no creo que lo quiera. ¿Así que Jean es una asesina en el fondo?

Hizo la pregunta con solemne burla, pero Jack no sonreía.

—Oh, sí… en intención, en cualquier caso. No sé si alguna vez ha matado a alguien, pero sin duda ha planeado asesinatos.

Lydia suspiró y se reclinó en su silla con paciencia.

—¿Sigue sugiriendo que alberga oscuros propósitos contra mi joven vida?

—No solo lo sugiero, sino que afirmo categóricamente que ha habido cuatro atentados contra su vida en la última quincena —dijo él con calma.

—Aclaremos esto —dijo ella de forma temeraria—. ¿El número uno?

—El accidente casi fatal en la calle Berkeley —dijo Jack.

—¿Me explicará por qué milagro el automóvil llegó en el momento psicológico? —preguntó ella.

—Eso es fácil —dijo él con una sonrisa—. El viejo Briggerland encendió su cigarro parado en los escalones de la casa. Esa luz fue muy brillante, según me cuenta Jaggs. Fue la señal para que el auto avanzara. El siguiente intento se hizo con la ayuda de un médico lunático a quien Briggerland ayudó a escapar y lo llevó a su casa. De alguna manera consiguió una llave… probablemente Jean lo maniobró. ¿Le habló ella alguna vez de llaves?

—No —dijo la joven—, ella… —Se detuvo de repente, al recordar que Jean había hablado de llaves con ella.

—¿Está segura de que no lo hizo? —preguntó Jack, observándola.

—Creo que puede que lo haya hecho —dijo la joven en actitud desafiante—; ¿cuál fue el tercer intento?

—El tercer intento —dijo Jack lentamente— fue infectar su cama con una fiebre maligna.

—¿Jean lo hizo? —dijo la joven incrédula—. Oh, no, eso sería imposible.

—El niño estaba en su cama. Jaggs lo vio y arrojó dos baldes de agua sobre la cama para que no durmiera en ella.

Ella guardó silencio.

—¿Y supongo que el siguiente intento fue el tiroteo?

Él asintió.

—¿Ahora me cree? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no le creo —dijo en voz baja—. Me parece que ha armado un caso muy sólido contra la pobre Jean, y estoy segura de que usted cree que tiene justificación.

—En eso tiene toda la razón —dijo él.

Levantó unos binoculares que había puesto sobre la mesa y examinó la carretera desde el mar.

—Señora Meredith, quiero que haga algo y que se lo diga a Jean Briggerland cuando lo haya hecho.
—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Quiero que haga un testamento. No me importa a quién le deje sus bienes, siempre y cuando no sea a alguien que usted ame.

Ella se estremeció.

—No me gusta hacer testamentos. Es muy macabro.

—Será más macabro para usted si no lo hace —dijo él con elocuencia —. Los Briggerland son sus herederos legales.

Ella lo miró rápidamente.

—¿Así que a eso quiere llegar? ¿Cree que todos estos complots están diseñados para quitarme de en medio y que así puedan disfrutar de mi dinero?

Él asintió y ella lo miró con asombro.

—Si no fuera usted un abogado tan calculador, pensaría que es escritor de novelas románticas —dijo ella—. Pero si eso lo complace, haré un testamento. No tengo la menor idea de a quién podría dejarle el dinero. Tengo bastante dinero, ¿no es así?

—Tiene exactamente 160.000 libras en dinero contante y sonante. Quiero hablarle de eso —dijo Jack—. Está depositado en su banco, en su cuenta corriente. Representa propiedades que se han vendido o estaban en proceso de venta cuando heredó el dinero, y cualquiera que pueda conseguir su firma y convencer a los banqueros de que son beneficiarios de buena fe, puede sacar cada centavo que tiene en efectivo. Debo decirle de paso que estamos preparados para esa eventualidad, y cualquier cheque grande nos será remitido a mí o a mi socio.

Levantó sus binoculares por segunda vez y miró fijamente hacia la carretera de la colina por la que habían subido.

—¿Espera a alguien? —preguntó ella.

—Espero a Jean —dijo él con severidad.

—Pero la dejamos…

—El hecho de que la hayamos dejado hablando con la policía no significa que no vaya a subir hasta aquí para vigilarnos. Sabe que no le caigo bien a Jean, y esta charla a solas la tendrá muerta de miedo.

La conversación se había detenido con la llegada de la sopa y ahora había una nueva interrupción mientras recogían la mesa. Cuando el *maître* se hubo marchado, la joven preguntó:

—¿Qué debo hacer con el dinero? ¿Reinvertirlo?

—Exactamente —dijo Jack—, pero lo más importante es hacer su testamento.

Miró a lo largo de la terraza desierta. Eran los únicos comensales presentes que habían llegado temprano. Desde la terraza, dos puertas con cortinas conducían al salón del hotel y le llamó la atención que una de ellas no había estado entreabierta cuando la miró antes, y era precisamente la puerta opuesta a la mesa donde estaban sentados.

Lo notó de forma distraída, sin darle gran importancia al hecho.

—Supongamos que alguien presentara un cheque al banco a mi nombre —preguntó ella—. ¿Qué pasaría?

—¿Si fuera por una suma importante? El gerente nos llamaría y probablemente uno de nosotros iría a su banco. Está a solo una cuadra de nuestra oficina. Si Rennett o yo dijéramos que todo está en orden, el cheque se pagaría. Puede estar segura de que yo haría averiguaciones muy drásticas sobre el origen de la firma.

Y entonces ella vio que él se tensaba y que sus ojos se dirigían hacia la puerta. Esperó un segundo, luego se levantó sin hacer ruido, cruzó rápidamente el piso de madera de la terraza y empujó la puerta para encontrarse cara a cara con la sonriente Jean Briggerland.

Capítulo 28

—¿Cómo es que llegaste aquí? —preguntó Lydia sorprendida.

—Fui a Niza —dijo la joven con despreocupación—. Los detectives iban hacia allá y los llevé.

—Ya veo —dijo Jack—, ¿así que entró a La Turbie por el camino de atrás? Me preguntaba por qué no había visto su auto.

—Me esperaba, ¿verdad? —sonrió ella, mientras se sentaba a la mesa y escogía un durazno de su lecho de algodón—. Llegué hace apenas un segundo; de hecho, estaba abriendo la puerta cuando casi me arranca la cabeza. ¡Qué hombre tan violento es usted, Jack! Tendré que incluirlo en mi historia.

Para entonces, Glover ya había recuperado la compostura.

—¿Así que a sus otros delitos le suma el de convertirse en novelista? —dijo él con buen humor—. ¿De qué trata el libro, señorita Briggerland?

—Se va a llamar «Sospechosa» —dijo ella con frialdad—. Y será la historia de un alma herida.

—Ah, ya veo, una historia de humor —dijo Jack, haciéndose el tonto a propósito—. No sabía que iba a escribir una biografía.

—Pero cuéntame sobre esto, es muy emocionante, Jean —dijo Lydia—, y es la primera vez que lo oigo.

Jean estaba pelando el durazno y sonreía como ante un pensamiento divertido.

—Llevo dos años decidiéndome a escribirlo —dijo ella—, y se lo voy a dedicar a Jack. Empecé a trabajar en él hace tres o cuatro días. ¡Mira mi muñeca! —Extendió su hermosa mano para que la joven la examinara.

—Es una muñeca muy bonita —rio Lydia—, pero ¿por qué querías que la viera?

—Si tuvieras ojo profesional —dijo la joven, retomando su ocupación—, habrías notado la hinchazón, resultado del calambre del escritor.

—El cuento sobre su admirador mayor debería dar para un buen capítulo —dijo Jack—, y ¿no hay una frase que dice «Un capítulo de accidentes»? Eso debería estar ahí.

Ella no levantó los ojos.

—No me desanime —dijo con un poco de tristeza—. Tengo que ganar dinero de alguna manera.

¿Cuánto había escuchado? Jack se lo preguntaba todo el tiempo, y gimió para sus adentros al ver el poco efecto que su advertencia había tenido en la chica que se esforzaba por proteger. Las mujeres son actrices natas, pero Lydia no estaba actuando en ese momento. Le tenía un cariño genuino a Jean y él podía ver que había aceptado sus advertencias como los desvaríos de una imaginación enfermiza. Confirmó esta opinión cuando, tras una mañana de turismo y de explorar el lugar donde, dos mil años atrás, el emperador Augusto había erigido su imponente «trofeo», regresaron a la villa. Hay omisiones que resultan muy evidentes, y cuando Lydia le permitió marcharse sin insistirle en que se quedara a cenar, se dio cuenta de que había perdido la partida.

—¿Cuándo regresa a Londres? —preguntó ella.

—Mañana por la mañana —dijo Jack—. No creo que vuelva por aquí antes de irme.

Ella no respondió de inmediato. Sentía un poco de remordimiento por su falta de hospitalidad, pero Jack la había molestado, y cuanto más convincente se había mostrado, mayor había sido la irritación que le había causado. Había una pregunta que él tenía que hacer, pero dudó.

—Sobre ese testamento… —empezó a decir, pero la mirada de cansancio de ella lo detuvo.

Fue un joven muy molesto el que regresó conduciendo al Hôtel de Paris. Apenas se había marchado cuando Lydia se arrepintió de su

brusquedad. Jack Glover le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, y aunque solo había estado en Cap Martin dos días, sintió una ligera sensación de desolación por su partida. De manera muy resuelta, se negó siquiera a considerar sus extraordinarias opiniones sobre Jean. Y sin embargo…

Jean la dejó a solas y la observó pasear sin rumbo por el jardín, adivinando la pequeña tormenta que se había desatado en su pecho. Lydia se fue a la cama temprano esa noche, otra señal significativa que Jean notó, y no lo lamentó, porque quería tener a su padre para ella sola.

El señor Briggerland escuchó con mal humor mientras Jean relataba todo lo que había averiguado, pues ella había estado en el salón del National durante un buen cuarto de hora antes de que Jack la descubriera.

—Pensé que él querría que ella hiciera un testamento —dijo ella—, y, por supuesto, aunque haya rechazado la idea por ahora, le irá calando hondo. Creo que tenemos casi una semana a nuestro favor.

—Supongo que lo tienes todo fríamente calculado, como de costumbre —gruñó el señor Briggerland—. ¿Cuál es tu plan?

—Tengo tres —dijo Jean pensativa—, y dos me resultan particularmente atractivos porque no implican el empleo de ninguna tercera persona.

—¿Tenías uno que involucraba a alguien más? —preguntó Briggerland sorprendido—. Pensé que una chica tan lista como tú…

—No desperdicies tu sarcasmo conmigo —dijo Jean en voz baja—. La tercera persona que consideré fue Marcus Stepney —y le resumió lo esencial de su conversación con el apostador. El señor Briggerland no se dejó impresionar.

—Un ladrón como Marcus se librará de pagar —dijo él—, y si puede darte largas el tiempo suficiente para conseguir el dinero, ya puedes ir despidiéndote de tu parte. Además, un tipo así no le teme realmente a un cargo por bigamia.

Jean, acurrucada en un gran sillón, miró a su padre por debajo de las pestañas y se rio.

—No tenía la menor intención de dejar que Marcus se casara con Lydia —dijo con frialdad—, pero tenía que ponerle algún cebo delante de los ojos, porque puede serme útil de una forma muy distinta.

—¿Cómo se hizo esos dos cortes en la mano? —preguntó el señor Briggerland de repente.

—Pregúntaselo a él —dijo ella—. Marcus se está volviendo un poco problemático. Pensé que había aprendido la lección y que se había dado cuenta de que yo no estoy hecha para el matrimonio, especialmente para un romance agitado con un hombre que se gana la vida haciendo trampa a las cartas.

—Vamos, vamos, querida —dijo su padre.

—Por favor, no te escandalices —se burló ella—. Sabes tan bien como yo cómo se gana la vida Marcus.

—El muchacho te tiene mucho cariño.

—El muchacho tiene entre treinta y treinta y seis años —dijo ella secamente—. Y no es la clase de muchacho al que yo le tenga un cariño especial. Es útil y puede que lo sea aún más.

Se levantó, estiró los brazos y bostezó.

—Voy a subir a mi habitación a trabajar en mi historia. ¿Estás vigilando por si aparece el señor Jaggs?

—¿Trabajar en qué? —dijo él.

—En la historia que estoy escribiendo y que creo que causará sensación —dijo ella con calma.

—¿Qué es esto? —preguntó Briggerland con desconfianza—. ¿Una historia? No sabía que escribieras ese tipo de cosas.

—Hay muchas cosas importantes de las que no sabes nada, padre —dijo ella, y lo dejó un poco aturdido.

Por una vez, Jean no lo estaba engañando. Habían puesto un escritorio en su habitación y un grueso bloc de papel aguardaba su atención. Se puso el kimono y, con un leve suspiro, se sentó a la mesa y empezó a escribir. Eran las dos y media cuando recogió las hojas y las leyó con una sonrisa que era mitad desprecio. Estaba a punto de meterse en la cama cuando recordó que su padre estaba montando guardia abajo. Se puso las pantuflas, bajó las escaleras y dio unos golpecitos suaves en la puerta del comedor a oscuras.

La abrieron casi de inmediato.

—¿Para qué tenías que tocar así? —gruñó él—. Me diste un susto.

—Preferí tocar a que me dispararas —respondió ella—. ¿Has oído algo o visto a alguien?

Los ventanales del comedor estaban abiertos; su padre llevaba puesto el abrigo y, por la luz de las estrellas que se reflejaba desde el exterior, ella vio que llevaba una escopeta bajo el brazo.

—Nada —dijo él—. El viejo no ha venido esta noche.

Ella asintió.

—Por alguna razón, no creí que lo hiciera —dijo.

—No veo cómo voy a poder dispararle sin armar un escándalo.

—No seas tonto —dijo Jean a la ligera—. ¿Acaso la policía no está muy al tanto de que un señor mayor ha amenazado mi vida? ¿Y sería tan raro que, al ver a un anciano merodeando por esta casa, le dispararas apenas lo vieras?

Se mordió los labios pensativa.

—Sí, creo que puedes irte a la cama —dijo—. No vendrá esta noche. Mañana por la noche, sí.

Subió a su habitación, rezó sus oraciones, se metió en la cama y se

quedó dormida de inmediato.

Lydia se había olvidado de la historia de Jean hasta que la vio escribiendo laboriosamente en una mesita que habían colocado en el césped. Era febrero, pero el viento y el sol eran cálidos, y Lydia pensó que nunca había visto una estampa más hermosa que la que ofrecía la joven sentada allí, en un jardín salpicado de alegres flores y cargado con el aroma de las rosas de febrero; la figura delicada de una chica, casi etérea en su belleza.

—¿Te interrumpo?

—Para nada —dijo Jean, dejando la pluma y frotándose la muñeca—. Es muy fastidioso. He llegado a una parte bastante emocionante, y la muñeca me está matando.

Usó la expresión con tanta naturalidad que a Lydia se le olvidó escandalizarse.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Jean negó con la cabeza.

—No veo exactamente qué podrías hacer —dijo—, a menos que pudieras… pero, no, ¡no te pediría que hicieras eso!

—¿De qué se trata? —preguntó Lydia.

Jean frunció el ceño, pensativa.

—Supongo que podrías hacerlo —dijo—, pero odiaría pedírtelo. Verás, querida, tengo que terminar un capítulo y la verdad es que debería salir para Londres hoy mismo. Tengo muchas ganas de recibir la opinión de un amigo literato mío… pero no, no te lo voy a pedir.

—¿Qué es? —sonrió Lydia—. Estoy segura de que no me vas a pedir un imposible.

—Se me ocurrió la idea de que tal vez podrías escribir mientras yo dicto. Solo serían dos o tres páginas —dijo la joven en tono de disculpa

—. Estoy tan inmersa en la historia en este momento, que sería una lástima dejar que el fuego divino de la inspiración —ese es el término, ¿no?— se apagara.

—Por supuesto que lo haré —dijo Lydia—. No sé escribir taquigrafía, pero eso no importa, ¿verdad?

—No, a mano y con letra normal será lo bastante rápido para mí. Mis pensamientos no van tan deprisa —dijo la chica.

—¿De qué trata?

—Trata sobre una chica —dijo Jean— que ha robado mucho dinero…

—¡Qué emocionante! —sonrió Lydia.

—Y ha huido a América. Lleva una vida muy plena y alegre, pero el recuerdo de su pecado la atormenta y decide desaparecer y dejar que la gente piense que se ha ahogado. En realidad, va a entrar en un convento. He llegado al punto en que se despide de su amiga. ¿Te sientes lista para un poco de angustia?

—Nunca en mi vida me sentí más preparada para el trabajo —dijo Lydia y, sentándose en la silla que la joven había dejado libre, tomó el lápiz que la otra había dejado.

Jean se paseó de un lado a otro por el césped en una agonía de composición mental y, poco después, regresó y empezó a dictar lentamente.

Palabra por palabra, Lydia puso por escrito la emocionante historia de los remordimientos de la chica, y pronto llegó el momento en que la heroína redactaba una carta a su amiga.

—Toma una página nueva —dijo Jean, cuando Lydia se detuvo a la mitad de una hoja—. Voy a querer escribir algo ahí yo misma cuando me mejore la mano. Ahora empieza: "Mi querida amiga".

Lydia escribió las palabras y lentamente la chica dictó.

—"No sé cómo puedo escribirte esta carta. Tenía la intención de decirte lo desdichada que era cuando te vi el otro día. Tu sospecha me dolió menos que tu ignorancia sobre el único acontecimiento vital en mi vida que ahora ha convertido el hecho de vivir en una carga. Mi dinero no me ha traído ninguna alegría. He conocido a un hombre al que amo, pero con quien sé que una unión es imposible. Estamos decididos a morir juntos… adiós…"

—Dijiste que se iba a ir —interrumpió Lydia.

—Lo sé —asintió Jean—. Es solo que ella quiere dar la impresión de…

—Entiendo, entiendo —dijo Lydia—. Continúa.

—"Perdóname por el acto que estoy cometiendo, que quizá te parezca el acto de una cobarde, y trata de pensar lo mejor de mí que te sea posible. Tu amiga…"

—No sé si hacer que firme con su nombre o poner sus iniciales —dijo Jean, frunciendo los labios.

—¿Cómo se llama?

—Laura Martin. Pon solo las iniciales L. M.

—También son las mías —sonrió Lydia—. ¿Qué más?

—Creo que no haré más —dijo Jean—. No soy buena dictando, ¿verdad? Aunque tú eres una amanuense maravillosa.

Recogió los papeles con orden, los guardó en una pequeña carpeta y se la metió bajo el brazo.

—Vayamos a apostar toda la tarde —dijo Jean—. Quiero distraerme.

—¿Pero y tu historia? ¿No tienes que enviarla?

—Voy a pelearme con ella en secreto, aunque me rompa la muñeca —dijo Jean con voz animada.

Llevó la carpeta arriba a su habitación, cerró la puerta con llave y revisó las páginas. Apartó con cuidado la hoja que contenía la carta de despedida. Con el resto, incluida toda la parte de la historia que había escrito la noche anterior, hizo un fajo, y cuando Lydia se fue a nadar con Marcus Stepney, se llevó el papel a un rincón apartado de los terrenos y lo quemó hoja por hoja. Volvió a examinar la «carta», la dobló y la guardó bajo llave en un cajón.
A su regreso de nadar, Lydia se encontró con Jean a mitad de camino en la subida de la colina.

—Por cierto, querida, me gustaría que me dieras la dirección en Londres de Jack Glover —dijo mientras entraban en la casa—. Escríbela aquí. Toma un lápiz. —Sacó un sobre de un portacartas y Lydia, con total inocencia, escribió lo que le pedía.

Jean subió las escaleras con el sobre, metió dentro la carta firmada con «L. M.» y lo cerró. En aquel momento, Lydia Meredith estuvo más cerca de la muerte de lo que había estado la tarde en que Mordon, el chofer, subió su gran Fiat a la acera de la calle Berkeley.

Capítulo 29

Fue la noche del día siguiente cuando Lydia recibió un telegrama de Jack Glover. Había sido enviado desde Londres y anunciaba su llegada.

—¿No te hace sentir bien, Lydia —dijo Jean, al ver el telegrama—, tener a un hombre en Londres cuidando de tus intereses, una especie de ángel de la guarda, y a otro ángel de la guarda merodeando por tus dominios en Cap Martin?

—¿Te refieres a Jaggs? ¿Lo has visto?

—No, no lo he visto —dijo la chica con suavidad—. Me gustaría bastante verlo. ¿Sabes dónde se aloja en Montecarlo?

Lydia negó con la cabeza.

—Espero verlo antes de irme —dijo Jean—. Debe de ser un anciano muy interesante.

Fue el señor Briggerland quien vislumbró por primera vez al vigilante de Lydia. El señor Briggerland había pasado la mayor parte del día durmiendo. Estaba inusualmente despabilado a la una de la madrugada, y se sentó en la terraza con un abrigo forrado de piel y la escopeta sobre las rodillas. Había visto muchas formas misteriosas revoloteando por el césped, solo para descubrir al investigar que no eran más que las sombras proyectadas por las copas de los árboles en movimiento.

A las dos en punto vio una silueta emerger de la franja de árboles y moverse con sigilo hacia la casa, oculta en la sombra de los arbustos. No disparó porque cabía la posibilidad de que fuera uno de los detectives que habían prometido echarle un ojo a Villa Casa en vista de las amenazas de muerte que Jean había recibido.

Se levantó sin hacer ruido y, con sus zapatos de goma, caminó hacia el extremo más oscuro del porche. Era el viejo Jaggs. No cabía duda. Un hombre encorvado que cojeaba con cautela por el césped y se dirigía a

la parte trasera de la casa. El señor Briggerland amartilló la escopeta y apuntó…

Ambas jóvenes oyeron el disparo y Lydia, saltando de la cama, corrió hacia el balcón.

—Todo está bien, señora Meredith —dijo la voz de Briggerland—. Creo que era un ladrón.

—¿No lo ha lastimado? —exclamó ella, recordando los hábitos nocturnos del viejo Jaggs.

—Si lo hice, logró escapar —dijo Briggerland—. Debe haberme visto y se tiró al suelo.

Jean bajó las escaleras volando en bata y se reunió con su padre en el césped.

—¿Le diste? —preguntó en voz baja.

—Habría jurado que le disparé —dijo su padre en el mismo tono—, pero el viejo demonio debió de tirarse al suelo.

Él oyó cómo ella contenía la respiración de golpe y se volvió con aprensión.

—Vamos, no hagas un drama de esto, Jean, no pude evitarlo.

—¡No pudiste evitarlo! —casi gruñó ella—. Lo tenías a tiro y lo dejaste escapar. ¿Crees que volverá a venir, idiota?

—Mira, no voy a… —empezó el señor Briggerland, pero ella le arrebató el arma de las manos, miró rápidamente el seguro y corrió por el césped hacia los árboles.

Alguien estaba escondido. Lo presintió y todos sus nervios se pusieron en alerta. Al poco tiempo vio una figura agachada y levantó la escopeta, pero antes de que pudiera disparar se la arrebataron de las manos.

Abrió los labios para pedir auxilio a gritos, pero una mano le tapó la boca y la hizo girar de modo que quedó de espaldas a su agresor; luego, en un instante, él le pasó el brazo por el cuello, presionando la curva del codo contra su garganta.

—Reza una de esas oraciones tuyas —dijo una voz en su oído, y el brazo apretó con más fuerza.

Ella forcejeó con furia, pero el hombre la sujetaba como si fuera una niña.

—Vas a morir —susurró la voz—. ¿Qué te parece la sensación?

El brazo se tensó en su cuello. Se estaba asfixiando, muriendo, pensó, y su corazón se llenó de un salvaje y loco anhelo de vivir y de un terror inimaginable. Apenas pudo oír la voz de su padre llamándola, y entonces perdió el conocimiento.

Cuando Jean volvió en sí, estaba en los brazos de Lydia Meredith. Abrió los ojos y vio el patético rostro de su padre asomando al fondo. Se llevó la mano a la garganta.

—Hola a todos… ¿cómo llegué aquí? —preguntó mientras luchaba por sentarse.

—Fui a buscarte y te encontré tirada en el suelo —dijo el señor Briggerland con voz temblorosa.

—¿Viste al hombre? —preguntó ella.

—№ ¿Qué te pasó, querida?

—Nada —dijo con esa compostura de la que era capaz—. Debo de haberme desmayado. Fue un poco ridículo de mi parte, ¿no? —sonrió.

Se puso de pie tambaleándose y volvió a tocarse la garganta. Lydia se dio cuenta del gesto.

—¿Te lastimó? —preguntó con ansiedad—. No pudo haber sido Jaggs.

—Oh, no —sonrió Jean—, no pudo haber sido Jaggs. Creo que me iré a la cama.

No esperaba poder dormir. Por primera vez en su extraordinaria vida el miedo se había apoderado de ella, y se había estremecido al borde mismo del abismo. Sintió un escalofrío que no pudo reprimir y se sacudió con impaciencia. Luego apagó la luz, fue a la ventana y miró hacia fuera. Sabía que su enemigo estaba escondido en algún lugar de la oscuridad, y de nuevo la invadió aquella sensación de aprensión.

—Estoy perdiendo el valor —murmuró.

A Lydia Meredith le pareció extraordinario que la chica no mostrara ningún signo de su aventura nocturna cuando bajó a desayunar a la mañana siguiente. Se la veía radiante. Tenía los ojos claros y su delicada ironía era tan aguda como si hubiera dormido doce horas seguidas.

Lydia no nadó ese día, y el señor Stepney hizo en vano su viaje hasta Cap Martin. Tampoco se mostró dispuesta a acompañarlo de vuelta a Montecarlo para ir al Casino por la tarde, y el señor Stepney empezó a darse cuenta de que estaba perdiendo un tiempo muy valioso.

Jean la encontró garabateando en el jardín y Lydia no ocultó la tarea que estaba llevando a cabo.

—¿Haciendo tu testamento? ¿Qué idea tan macabra? —dijo ella mientras dejaba la taza de té que le había llevado a la chica.

—¿Verdad que sí? —dijo Lydia con una mueca—. Además es un asunto de lo más preocupante, Jean. No hay nadie a quien le quiera dejar dinero, excepto a ti y al señor Glover.

—Por el amor de Dios, no me dejes nada a mí o Jack pensará que estoy conspirando para provocar tu prematuro final —dijo Jean—. ¿Para qué hacer un testamento, al fin y al cabo?

No había necesidad de que lo preguntara, pero sentía curiosidad por descubrir qué respondería la chica y, para su sorpresa, Lydia evadió la pregunta.

—Se hace en todos los mejores círculos —dijo con buen humor—. Y, Jean, ¡no me interesa ni una sola institución pública! No conozco el nombre oficial de ningún refugio de perros, y tampoco me entusiasmaría mucho dejarles mi dinero aunque lo supiera.

—Entonces será mejor que se lo dejes a Jack Glover —dijo la joven—, o a la Institución de Botes Salvavidas.

Lydia arrojó el lápiz con disgusto.

—Imagínate estar haciendo testamento en un día tan hermoso como este y dando instrucciones sobre dónde debe una ser enterrada. ¡Brrr! Jean —preguntó de pronto—, ¿fue al señor Jaggs a quien viste en el bosque?

Jean negó con la cabeza.

—No vi a nadie —dijo—. Entré a buscar al ladrón; la emoción debe haber sido demasiada para mí y me desmayé.

Pero Lydia no quedó conforme.

—Yo misma no logro entender al señor Jaggs —dijo, pero Jean la interrumpió con una exclamación.

Lydia levantó la vista y vio que los ojos le brillaban y que los labios se le abrían en una sonrisa.

—Por supuesto —dijo con suavidad—. Él solía dormir en tu departamento, ¿no es así?

—Sí, ¿por qué? —preguntó la chica sorprendida.

—¡Qué tonta soy, qué tonta de remate! —dijo Jean, sobresaltada y perdiendo su habitual compostura.

—No sé muy bien en qué consiste tu tontería, pero quizá me lo digas —pero Jean se reía en voz baja.

—Sigue haciendo tu testamento —dijo en tono de burla—. Y cuando termines, entraremos en los salones y buscaremos los números de la suerte. La pobre y querida señora Cole-Mortimer también se siente un poco desatendida; deberíamos hacer algo por ella.

El día y la noche transcurrieron sin ningún incidente adverso. Por la noche, Jean se entrevistó con su chofer francés y luego desapareció en su habitación. Cuando Lydia llamó a su puerta para darle las buenas noches, no obtuvo respuesta.

Estaba amaneciendo cuando el viejo Jaggs salió de entre los árboles con sus andares furtivos y, tras mirar a un lado y a otro del camino, avanzó renqueando hacia Montecarlo. Los únicos elementos a la vista eran un burro cargado de productos de mercado al que conducía un muchacho de piernas descubiertas que iba en la misma dirección que él.

A poco más de un kilómetro y medio por el camino giró bruscamente a la derecha y empezó a subir por un empinado y estrecho sendero de herradura que se unía a la carretera de la montaña, a mitad de la subida a La Turbie. El niño del burro se desvió hacia la carretera principal y continuó el empinado ascenso hacia la Grande Corniche. Había muchas casas construidas al borde de la carretera y prácticamente al borde de los precipicios, ya que las ventanas que daban al mar a menudo miraban hacia una caída libre de sesenta metros. Al principio estas viviendas aparecían en grupos; luego, a medida que el camino subía, se presentaban a intervalos escasos.

El muchacho que guiaba al burro no perdía de vista el valle de abajo y de vez en cuando vislumbraba al anciano, que ya había dejado el camino de herradura y se abría paso por la escabrosa ladera de la colina. Se dirigía a una casa en ruinas situada en una de las curvas cerradas de la carretera, y el chico del burro, protegiéndose los ojos del resplandor del sol naciente, lo vio desaparecer en lo que debía ser el sótano de la casa, puesto que la puerta por la que entró estaba unos buenos seis metros por debajo del nivel de la calzada. El muchacho del burro continuó su ascenso, tirando de su bestia de carga, y pronto llegó a la casa. Salía humo de una de las chimeneas; él se detuvo en la puerta, ató la cuerda que llevaba al destartalado poste de una verja y llamó suavemente.

Una campesina de rostro vivaz se asomó a la puerta abierta y negó con la cabeza al ver las mercancías de las que iba cargado el burro.

—No queremos tus verduras, muchacho —dijo—. Tengo mi propio huerto. No eres monegasco.
—No, signora —respondió el chico, mostrando los dientes con una sonrisa—. Soy de San Remo, pero he venido a vivir a Montecarlo para vender verduras para mi tío, y me dijo que aquí encontraría alojamiento.

Ella lo miró con dudas.

—Tengo una habitación que podrías ocupar, muchacho —dijo ella—, aunque no me gustan los italianos. Deberás pagarme un franco por noche, y tu burro puede quedarse en el cobertizo de mi cuñado, colina arriba.

Ella lo guio por un tramo de antiguas escaleras y le mostró una diminuta habitación con vista al valle.

—Tengo a otro hombre que vive aquí —dijo ella—. Un anciano, que duerme todo el día y sale toda la noche. Pero es un hombre muy respetable —añadió en defensa de su cliente.

—¿Dónde duerme? —preguntó el muchacho.

—¡Ahí! —La mujer señaló una habitación en el lado opuesto del estrecho rellano—. Acaba de llegar, puedo oírlo. —Se quedó escuchando.

—¿Me daría cambio de esto, señora? —El muchacho sacó un billete de cincuenta francos, y la mujer arqueó las cejas.

—¡Cuánta riqueza! —dijo con buen tono—. No pensé que un niño pequeño como tú pudiera tener tanto dinero.

Subió apresuradamente a su propia habitación, dejando al muchacho a solas. Él esperó hasta que sus pesados pasos resonaron en el piso de arriba, y luego probó con suavidad la puerta del otro inquilino. El señor

Jaggs aún no había echado el cerrojo de la puerta, y el espía la empujó para abrirla y miró. Lo que vio lo satisfizo, pues volvió a cerrar bien la puerta, y cuando las pisadas del viejo Jaggs se acercaron a ella, el muchacho del burro subió las escaleras volando con extraordinaria rapidez.

—Vendré más tarde, señora —dijo, cuando recibió el cambio—. Debo llevar mi burro a Montecarlo.

Ella observó al muchacho y a su bestia bajar por el camino, y volvió a la tarea de preparar el desayuno de su inquilino.

El vendedor de coles no fue a Montecarlo. En su lugar, desanduvo el camino por el que había venido, y a cien yardas de la entrada de Villa Casa, Mordon, el chofer, apareció y le quitó la cuerda de la mano.

—¿Encontró lo que buscaba, mademoiselle? —preguntó él.

Jean asintió. Entró a la casa por la entrada del servicio y subió a su habitación sin ser vista. Se quitó la peluca negra y se dedicó a limpiarse las manchas del rostro. Había sido una buena mañana de trabajo.

—Debes mantener a la señora Meredith completamente ocupada el día de hoy. —Interceptó a su padre en las escaleras para darle estas instrucciones.

Para ella fue una mañana ajetreada. Primero fue al Hôtel de Paris y, con el pretexto de escribir una carta en el salón, se hizo con dos o tres hojas de papel del hotel y un sobre. A continuación alquiló una máquina de escribir y se la llevó de vuelta a la casa. Estuvo trabajando durante una hora antes de tener la carta terminada. La firma le llevó algo de tiempo. Tuvo que rebuscar en el estuche de escritura de Lydia hasta encontrar una carta de Jack Glover… la firma de Lydia era fácil en comparación.

Esto, y un cheque extraído de la parte trasera de la chequera de Lydia Meredith, completaron su equipo.

Esa tarde Mordon, el chofer, condujo hasta Niza, y a las nueve de la noche un avión lo depositó en París. A la mañana siguiente estaba en Londres, portador de una carta urgente para el señor Rennett, el

abogado, la cual, sin embargo, no entregó en persona.

Mordon conocía a una chica francesa en Londres, y fue ella quien le llevó la carta a Charles Rennett; una carta que le hizo rascarse la cabeza muchas veces antes de tomar una hoja de papel y, dirigiéndose al gerente del banco de Lydia, escribir:

"Este cheque está en orden. Sírvase pagarlo."

Capítulo 30

—A grandes males —dijo Jean Briggerland—, grandes remedios.

El señor Briggerland levantó la vista de su libro.

—¿Qué era ese cuento que le estabas contando a Lydia esta mañana —preguntó—, sobre las apuestas de Glover? Solo estuvo aquí un día, ¿verdad?

—Estuvo el tiempo suficiente para perder mucho dinero —dijo Jean—. Por supuesto, no apostó, así que no perdió nada. Fue solo una pequeña semilla que sembré por mi parte… uno nunca sabe cuán útil puede ser la palabra adecuada en el momento oportuno.

—¿Le dijiste a Lydia que estaba perdiendo mucho? —preguntó él rápidamente.

—¿Acaso soy tonta? ¡Por supuesto que no! Simplemente dije que la juventud exige lo suyo, y que si uno lleva dentro el instinto del juego, pues no importaba la posición que ocupara en la sociedad o cuáles fueran sus responsabilidades, debía dar rienda suelta a su pasión.

El señor Briggerland se frotó la barbilla. Había ocasiones en que los planes de Jean lo superaban por completo, y odiaba el ejercicio mental de intentar seguirle el ritmo. Lo único que sabía era que cada correo de Londres traía demandas urgentes de dinero, y que el futuro deparaba posibilidades que prefería no contemplar. Se encontraba en la desafortunada posición de tener que mantener a numerosos pensionados, hombres y mujeres que le habían servido de diversas maneras y cuya aprobación, pero más importante aún, cuya lealtad, dependía en gran medida de la regularidad de sus pagos.

—Apostaré o haré algo desesperado —dijo con el ceño fruncido—. A menos que puedas dar un golpe que produzca veinte mil libras en efectivo, vamos a meternos en todo tipo de problemas, Jean.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó ella con desprecio—. Es debido a

esta urgente necesidad de dinero por lo que he dado un paso que detesto.

Él la escuchó con asombro mientras ella le contaba lo que había hecho para aliviar sus apremiantes necesidades.

—Cada vez estamos más en manos de Mordon —dijo él, negando con la cabeza—. Eso es lo que me asusta a veces.

—No tienes por qué preocuparte por Mordon —sonrió ella. Su sonrisa fue un tanto dura—. Mordon y yo nos vamos a casar.

Ella examinaba con atención la punta de su zapato mientras hablaba, y el señor Briggerland se puso en pie de un salto.

—¡Qué! —chilló—. ¿Casarte con un chofer? ¿Un tipo que recogí de la cuneta? ¡Estás loca! Ese sujeto es un sinvergüenza que se ha ganado la guillotina una y otra vez.

—¿Quién no? —preguntó ella, levantando la vista.

—¡Es increíble! ¡Es una locura! —dijo él—. No tenía ni idea… —se detuvo por falta de aliento.

Mordon se estaba volviendo problemático. Ella lo sabía mejor que su padre.

—Fue después del "accidente" que no ocurrió cuando empezó a ponerse un poco pesado —dijo ella—. ¿Dices que estamos cayendo cada vez más en sus manos? Bueno, él insinuó algo parecido, y no me gustó. Cuando empezó a ponerse un poco cariñoso, acepté esa salida como una alternativa fácil a quedar expuestos de forma muy desagradable. Si nos habría traicionado o no, no lo sé; probablemente lo habría hecho.

El rostro del señor Briggerland se ensombreció.

—¿Cuándo tendrá lugar este interesante acontecimiento?

—¿Mi matrimonio? En dos meses, creo. ¿Cuándo es Pascua? Esa clase

de personas siempre quiere casarse en Pascua. Le pedí que guardara el secreto y que no te lo mencionara, y no habría hablado ahora si no te hubieras referido a la obligación en la que estábamos.

—¿En dos meses? —El señor Briggerland asintió—. Avísame cuando quieras que esto termine, Jean —dijo.

—Terminará casi de inmediato. Por favor, no te molestes —dijo Jean—, y hay otra cosa, padre. Si ves al señor Jaggs en el jardín esta noche, te ruego que no intentes dispararle. Es un hombre muy útil.

Su padre volvió a dejarse caer en la silla.

—Me superas —dijo con impotencia.

Mordon ocupaba dos habitaciones encima del garaje, que estaba situado de forma conveniente para los propósitos de Jean. Llegó tarde la noche siguiente, y una luz en su ventana, visible desde la habitación de la chica, le dijo todo lo que necesitaba saber.

El señor Mordon era un hombre apuesto, según ciertos estándares. Tenía el cabello oscuro y peinado con brillo. Su palidez habitual de rostro le daba ese aspecto interesante que a los hombres de su clase no les desagradaba demasiado, y tenía una figura que era admirada en una docena de cuartos de servicio, así como unos modales que pasaban por "caballerosos" entre las doncellas y por "superiores" entre los caballeros.

Oyó las pisadas de la chica en las escaleras y abrió la puerta.

—¿Lo has traído? —dijo ella, sin mediar palabra de saludo.

Se había echado una capa oscura sobre el vestido de noche, y los ojos del hombre se deleitaron en ella.

—Sí, lo he traído... Jean —dijo él.

Ella se llevó un dedo a los labios.

—Ten cuidado, François —advirtió en voz baja.

Aunque el hombre hablaba inglés tan bien como el francés, fue en este último idioma en el que se desarrolló la conversación. Se dirigió a una maleta que descansaba sobre la cama, la abrió y sacó cinco gruesos paquetes de billetes de mil francos.

—Hay mil en cada uno, mademoiselle. Cinco millones de francos. Cambié parte del dinero en París y parte en Londres.

—¿Y la mujer… no hay ningún peligro por su parte?

—Oh, no, mademoiselle —sonrió él con complacencia—. No es probable que me traicione, y no sabe mi nombre ni dónde vivo. Es una chica que conocí en un baile en el Club de Camareros Suizos —explicó —. No tiene muy buena reputación. Creo que la policía francesa desea encontrarla, pero es muy astuta.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Jean.

—Que estaba preparando un golpe con Vaud y Montheron. Son dos hombres muy famosos en París a los que ella conocía. Le di cinco mil francos por su trabajo.

—¿No hubo ningún problema?

—Ninguno en absoluto, mademoiselle. La vigilé y vi que llevaba la carta al banco. En cuanto se cambió el dinero, salí de Croydon en avión hacia París, y vine de París a Marsella en aeroplano.

—Lo hiciste bien, François —dijo ella, y le dio unas palmaditas en la mano.

Él habría querido tomar la de ella, pero ella se apartó.

—Lo has prometido, François —dijo con dignidad—, y un caballero francés cumple su palabra.

François hizo una reverencia.

No era un caballero francés, pero ansiaba que esta chica pensara que

lo era, y con ese fin le había contado historias sobre su nacimiento que aparentemente la habían impresionado.

—¿Harás ahora algo más por mí?

—¡Haré cualquier cosa en el mundo, Jean! —exclamó con pasión, y de nuevo una mano para contenerlo se posó sobre su hombro.

—Entonces siéntate y escribe; tu francés es mucho mejor que el mío.

—¿Qué escribo? —preguntó. Ella nunca le había pedido pruebas de su erudición, y él estaba infantilmente ansioso por revelarle a la mujer que amaba habilidades de las que en realidad carecía.

—Escribe: "Estimada Mademoiselle". —Él obedeció—. "He regresado de Londres, y le he confesado a Madame Meredith que he falsificado su firma y he retirado 100.000 libras de su banco..."

—¿Por qué escribo esto, Jean? —preguntó sorprendido.

—Te lo diré algún día... continúa, François —prosiguió ella con su dictado—. "Y ahora me he enterado de que Madame Meredith me ama. Solo hay un final para esto... el que estás viendo..."

—¿Pretendes desviar las sospechas hacia otra persona? —preguntó, evidentemente confundido—, pero ¿por qué debería decir yo...?

Ella le tapó la boca con la mano.

—Qué maravillosa eres, Jean —dijo con admiración, mientras secaba la tinta del papel y se lo entregaba—. De modo que si descubren que estás implicada... —Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—Habrá problemas para alguien —dijo ella en voz baja, mientras se guardaba el papel en el bolsillo.

De repente, antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, él la tuvo entre sus brazos, con sus labios apretados contra los de ella.

—¡Jean, Jean! —murmuró él—. ¡Mujer adorable!

Ella lo apartó con suavidad y siguió sonriendo, aunque sus ojos parecían de granito.

—Despacio, François —dijo ella—, ¡debes tener paciencia!

Se escabulló por la puerta y la cerró tras de sí, e incluso en el estado mental en que se encontraba entonces no dio un portazo, ni bajó las escaleras a toda prisa, sino que salió tomándose su tiempo, y estuvo de vuelta en la casa sin que se hubiera notado su ausencia. Su rostro, reflejado en el espejo de cuerpo entero, estaba sereno en su reposo, pero en su interior vivía un demonio hambriento de destrucción. Ningún hombre había despertado el amor de Jean Briggerland, pero al menos uno había logrado avivar un odio devorador que, por el momento, la absorbía por completo.

Desde el momento en que se pasó el pañuelo húmedo por los labios rojos y arrojó la delicada prenda por la ventana abierta como si estuviera contaminada, François Mordon era un hombre muerto.

Capítulo 31

A la mañana siguiente llegó una carta de Jack Glover. Había tenido un viaje tranquilo, se alegraba de haber tenido la oportunidad de ver a Lydia y esperaba que ella recapacitara sobre el testamento.

Lydia no estaba pensando en testamentos, sino en una excusa para regresar a Londres. De repente, la belleza de Montecarlo le había dejado de resultar atractiva y casi había olvidado las circunstancias que habían hecho tan bienvenido aquel cambio de escenario y de clima.

—¿Volver a Londres, querida? —dijo la señora Cole-Mortimer, escandalizada—. ¡Qué… qué idea tan precipitada! Pero si en la ciudad está helando, hay niebla y… ¡y de verdad no puedo dejar que te vayas!

La sola idea agitaba a la señora Cole-Mortimer. Su propia diversión en la Riviera dependía de que Lydia se quedara. Jean había dejado ese punto muy claro. Ella misma, le explicó a su contrariada anfitriona, estaba lista para regresar de inmediato, y la prolongación de la estadía de la señora Cole-Mortimer dependía de los planes de Lydia. Un sorprendente cambio de causa y efecto, ya que la señora Cole-Mortimer había entendido que era la voluntad de Jean la que controlaba los planes del grupo.

Lydia podría haber insistido de haber conocido realmente el motivo de su repentino anhelo por la mugrienta metrópolis. Pero ni siquiera podía convencerse a sí misma de que los encantos de Montecarlo estuvieran supeditados a la presencia allí de un hombre que había despertado su furiosa indignación y con quien había pasado la mayor parte del tiempo discutiendo. Le mencionó su inquietud a Jean, y Jean, como de costumbre, pareció comprender.

—La Riviera es un poco como las delicias turcas: muy dulce, pero no satisface —dijo—. Quédate una semana más y luego, si te sigues sintiendo así, volveremos todas juntas a casa.

—Eso significa arruinarles las vacaciones —dijo Lydia, reprochándoselo a sí misma.

—Para nada —negó la joven—, tal vez yo me sienta como tú dentro de una semana.

¡Una semana! Jean pensó que en una semana podían pasar muchas cosas. En verdad, los acontecimientos empezaron a precipitarse a partir de aquella noche, pero de un modo que no había previsto.

El señor Briggerland, que había estado leyendo el periódico durante la conversación, levantó la vista.

—Están armando un gran alboroto con este moro en Niza —dijo—, pero, si no recuerdo mal, Niza siempre tiene algún león exótico al que adorar.

—Muley Hafiz —dijo Lydia—. Sí, lo vi el día que fui a almorzar con el señor Stepney; un hombre muy apuesto.

—No me interesan mucho los nativos —dijo Jean con indiferencia—. ¿Qué es, un negro?

—Oh, no, es de tez más clara que… —Lydia estuvo a punto de decir "que tu padre", pero pensó que era más prudente buscar otra comparación—. Es de tez más clara que la mayoría de la gente del sur de Francia —dijo—, pero todos los moros de alta cuna lo son, ¿no?

Jean negó con la cabeza.

—La etnología no significa nada para mí —dijo con humor—. Saqué mi idea de los moros de Shakespeare, y creía que en su mayoría eran negros. ¿Qué es entonces? No he leído los periódicos.

—Es el pretendiente al trono moro —dijo Lydia—, y ha habido muchos problemas en el Senado francés a causa de él. Francia apoya sus reclamaciones, y los españoles han ofrecido una recompensa por su cuerpo, vivo o muerto, y eso ha provocado tirantez en las relaciones entre España y Francia.

Jean la observó con una sonrisa divertida.

—Imagínate interesarte por la política internacional. Supongo que se debe a tu trabajo en un periódico, Lydia.

Jean iba a descubrir que terminaría interesándose por Muley Hafiz mucho más de lo que habría creído posible. Tenía que ir a Montecarlo a hacer unas compras. Menton estaba más cerca, pero prefería el trayecto en coche hasta el principado.

Los salones de juego no le llamaban mucho la atención, y mientras Mordon iba a un taller mecánico para que le revisaran un cilindro defectuoso, ella se paseó por la terraza del Casino y bajó por la amplia escalinata hacia el mar. Las casetas de baño estaban cerradas en esa época del año, pero el caminito que bajaba a la playa estaba apartado y había sido uno de sus paseos favoritos en visitas anteriores.

Cerca de las casetas pasó junto a un grupo de hombres de aspecto moreno ataviados con largas chilabas blancas, y se preguntó cuál de ellos sería el famoso Muley. Se fijó en que uno de ellos, con un rostro de rasgos particularmente negroides, llevaba en su túnica ondeante la cinta escarlata de la Legión de Honor. De un modo u otro no parecía lo bastante interesante para ser Muley, pensó mientras avanzaba hacia una franja de playa.

Un hombre estaba de pie a la orilla del mar, un hombre alto y majestuoso que contemplaba, al parecer, el océano bañado por el sol, como si buscara algo. No podía haber oído sus pasos porque ella caminaba sobre la arena y, sin embargo, debió de percibir su presencia, pues se volvió, y ella casi se detuvo al verle el rostro. Podría haber pasado por europeo; su tez era clara, aunque sus cejas y sus ojos eran de un negro azabache, al igual que la diminuta barba y el bigote que llevaba. Debajo de la convencional chilaba llevaba una chaqueta verde oscuro, y ella alcanzó a vislumbrar unas condecoraciones brillantes antes de que él se echara encima la capa para ocultarlas. Pero fueron sus ojos los que la atraparon. Eran grandes y tan negros como la noche, y estaban enmarcados en un rostro de tal fuerza y dignidad que Jean supo instintivamente que estaba ante el pretendiente moro.

Se quedaron un segundo mirándose fijamente el uno al otro, y luego el moro se hizo a un lado.

—Perdón —dijo él en francés—, me temo que la he asustado.

Jean respiraba un poco más deprisa. No recordaba a ningún hombre en su vida que le hubiera causado una impresión tan inmediata y favorable. Olvidó su desprecio por los nativos, olvidó su raza, su religión (y la religión era algo importante para Jean), olvidó todo excepto que detrás de esos ojos reconocía algo que era afín a ella.

—Usted es inglesa, por supuesto —dijo él en aquel idioma.

—Escocesa —sonrió Jean.

—Es casi lo mismo, ¿no? —Hablaba sin el menor rastro de acento, sin un solo error gramatical, y su voz era la de un hombre con educación universitaria.

Le había dejado el camino libre para que pasara, pero ella se demoró.

—Usted es Muley Hafiz, ¿verdad? —preguntó ella, y él giró la cabeza—. He leído mucho sobre usted —añadió, aunque en verdad no había leído nada.

Él se echó a reír, mostrando dos hileras de dientes perfectamente blancos. Fue solo por el contraste con su blancura que ella notó el tono castaño dorado de su tez.

—Soy de interés internacional —dijo a la ligera, y echó un vistazo a su alrededor en dirección a sus asistentes.

Ella pensó que él se marchaba y habría seguido su camino, pero él la detuvo.

—Es usted la primera persona de habla inglesa con la que converso desde que estoy en Francia —dijo—, a excepción del embajador estadounidense. —Sonrió como ante un recuerdo agradable.

—Usted mismo habla casi como un inglés.

—Estudié en Oxford —dijo—. Mi hermano estuvo en Harvard. Mi padre, el hermano del difunto sultán, era un hombre muy progresista y creía en la educación occidental para sus hijos. ¿No se sienta? —preguntó, señalando la arena.

Ella dudó un segundo y luego se dejó caer al suelo; cruzando las piernas, él se sentó a su lado.

—Estuve en Francia cuatro años —prosiguió, con evidente ansiedad por mantenerla conversando—, así que hablo ambos idiomas bastante bien. ¿Usted habla árabe? —Hizo la pregunta con solemnidad, pero sus ojos brillaban de risa.

—No muy bien —respondió ella con gravedad—. ¿Se quedará mucho tiempo? —Era una pregunta convencional y ella no estaba preparada para la respuesta.

—Me marcho esta noche —dijo—, aunque muy poca gente lo sabe. Ha descubierto un secreto de Estado —volvió a sonreír.

Y entonces empezó a hablar de Marruecos y de su historia, y con extraordinaria facilidad trazó el relato de las familias que habían gobernado aquel turbulento Estado.

Mencionó de pasada su propia participación en la rebelión que casi había provocado una guerra europea.

—Mi tío usurpó el trono, ¿sabe? —dijo, recogiendo un puñado de arena y lanzándolo al aire—. Derrotó a mi padre y lo mató, y luego nosotros capturamos a sus dos hijos.

—¿Qué les pasó? —preguntó Jean con curiosidad.

—Oh, los matamos —dijo él con despreocupación—. Hice que los ahorcaran frente a mi tienda. ¿Está escandalizada?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cree que hay que matar a los enemigos?

Ella asintió.

—¿Por qué no? Es lo único lógico que se puede hacer.

—Mi hermano unió fuerzas con el actual sultán, y si alguna vez lo atrapo, también lo colgaré a él —sonrió.

—¿Y si él lo atrapa a usted? —preguntó ella.

—Pues él me colgará a mí —se rio—. Es la regla del juego.

—¡Qué extraño! —dijo ella, casi para sí misma.

—¿Le parece? Supongo que desde el punto de vista europeo…

—No, no —lo detuvo ella—. No estaba pensando en eso. Usted es lógico y hace lo lógico. Así es como yo trataría a mis enemigos.

—Si tuviera alguno —sugirió él.

Ella asintió.

—Si tuviera alguno —repitió con una pequeña y dura sonrisa—. Dígame una cosa: ¿debo llamarlo señor Muley o lord Muley?

—Puede llamarme Wazeer, si tan necesitada está de un título —dijo él, y aquella pequeña expresión sonó extraña viniendo de sus labios.

—Bien, Wazeer, dígame esto: suponga que alguien tuviera algo que usted deseara muchísimo y no quisiera dárselo, y usted tuviera el poder de destruir a esa persona... ¿qué haría?

—Ciertamente la destruiría —dijo Muley Hafiz—. Es innecesario preguntar. "La regla común, el plan sencillo" —citó.

Los ojos de ella estaban fijos en su rostro y fruncía el ceño, aunque no era consciente de ello.

—Me alegra haberlo conocido esta tarde —dijo—. Debe de ser maravilloso vivir en esa atmósfera, la atmósfera del poder y la fuerza, donde hombres y mujeres no están gobernados por las quisquillosas reglas que corrompen al mundo occidental.

Él rió.

—Entonces está cansada de su civilización occidental —dijo mientras se levantaba y la ayudaba a ponerse de pie (sus manos eran largas y delicadas, y ella sintió que le faltaba el aliento al contacto de ellas)—. Debe venir conmigo a mi pequeña ciudad en las colinas, donde la ley es la espada de Muley Hafiz.

Ella lo miró un momento.

—Casi desearía poder hacerlo —dijo, tendiéndole la mano.

Él la tomó a la manera europea y se inclinó sobre ella. Ella parecía algo diminuto a su lado; su cabeza no alcanzaba siquiera su hombro.

—Adiós —dijo ella apresuradamente, y dándose vuelta, regresó por el camino por el que había venido.

Él permaneció observándola hasta que desapareció de su vista.

Capítulo 32

—¡Jean!

Ella se giró para encontrarse con la mirada ceñuda de Marcus Stepney.

—Debo decir que has llegado al límite —dijo él violentamente—. Imagino que eres capaz de muchas cosas, pero quedarte ahí, a plena luz del día, hablando con un negro…

—Si me quedo a plena luz del día y hablo con un tramposo de cartas, Marcus, creo que soy lo suficientemente vil como para hacer casi cualquier cosa.

—Un maldito negro moro —escupió él, y los ojos de ella se entornaron.

—Camina por el camino conmigo y, si es posible, mantén tu voz al nivel que los caballeros suelen emplear cuando hablan con las mujeres —dijo ella.

Ella estaba en mejor forma que él, y él estaba un poco sin aliento cuando llegaron al Café de Paris, que a esa hora estaba abarrotado de gente que tomaba el té de la tarde.

Encontró un rincón tranquilo, y para entonces su ira, y un poco de su valentía, se habían evaporado.

—Solo busco tu propio interés, Jean —dijo casi suplicante—, pero no querrás que la gente de nuestro círculo sepa que has estado codeándote con este infernal moro.

—Cuando dices "nuestro círculo", ¿a qué círculo te refieres? —preguntó ella de manera desagradable—. Porque si es el círculo que creo que quieres decir, no pueden pensar tan mal de mí como para que me importe. Sería una degradación para mí ser admirada por tu círculo, Marcus.

—Oh, vamos —empezó él débilmente.

—Pensé que te lo había dejado claro y esperaba que llevaras las marcas hasta el día de tu muerte —había malicia en su voz, y él se estremeció

—, que no permito que domines mi vida ni que censes mis acciones. El "negro" al que te refieres era más caballero de lo que tú jamás podrás ser, Marcus, porque él tiene linaje, algo que el Señor no te dio a ti.

El camarero trajo el té en ese momento y la conversación pasó a temas sin importancia hasta que se fue.

—Estoy un poco nervioso —se disculpó—. Perdí seis mil luises anoche.

—Entonces tienes seis mil razones por las que deberías mantenerte en buenos términos conmigo —dijo Jean sonriendo alegremente.

—¿Eso de actuar como un cavernícola? —preguntó él, y negó con la cabeza—. Ella armaría un escándalo.

Jean se reía por dentro, pero no mostró su alegría.

—Solo tienes que intentarlo —dijo—. Ya te he dicho cómo se puede hacer.

—Lo intentaré mañana —dijo después de pensarlo—. ¡Por los cielos, lo intentaré mañana!

Estuvo a punto de decir "No mañana", pero se contuvo.

Mordon llegó con el coche para recogerla poco después. ¡Mordon! Su pequeña barbilla se crispó con un gesto de molestia que rara vez se permitía. Y, sin embargo, se sentía inusualmente animada. Su encuentro con el moro fue un hito en su vida del cual podía extraer tanto ánimo como consuelo.

—¿Conociste a Muley? —dijo Lydia—. ¡Qué emocionante! ¿Cómo es, Jean? ¿Era un moro de tez negra?

—No, no era un moro de tez negra —dijo la joven con calma—. Era un hombre inusualmente inteligente.

—Humm —gruñó su padre—. ¿Cómo llegaste a conocerlo, querida?

—Lo abordé en la playa —dijo Jean con frialdad—, como cualquier jovencita abordaría a cualquier tipo.

El señor Briggerland se atragantó.

—Odio oírte hablar así, Jean. ¿Quién te lo presentó?

—Ya te lo dije —dijo ella con suficiencia—. Me presenté yo misma. Hablé con él en la playa y él me habló a mí, y nos sentamos, jugamos con la arena y discutimos sobre nuestras vidas.

—Pero qué emprendedora eres, Jean —dijo Lydia, admirada.

El señor Briggerland iba a decir algo, pero decidió que era mejor no hacerlo.

Había un concierto en el teatro esa noche y todo el grupo fue. Tenían un palco, y el intermedio había llegado antes de que Lydia viera cómo alguien era conducido a un palco al otro lado de la sala con tal evidencia de deferencia que habría sabido quién era incluso si no hubiera visto el fez escarlata y la túnica blanca.

—Es tu Muley —susurró.

Jean miró a su alrededor.

Muley Hafiz la estaba mirando; sus ojos buscaron inmediatamente los de la joven, y él hizo una leve inclinación de cabeza.

—¿A qué demonios está saludando? —refunfuñó el señor Briggerland —. No le habrás hecho caso, ¿verdad, Jean?

—Yo lo saludé —dijo su hija, sin molestarse en mirar atrás—. No seas tonto, padre; de todos modos, si no fuera agradable, sería lo correcto hacer. ¡Soy la mujer más distinguida de la sala porque conozco a Muley Hafiz, y él me ha saludado! ¿No te das cuenta del valor social del reconocimiento de un león?

Lydia no podía verlo con claridad. Tenía la impresión de una cara blanca, dos grandes espacios negros donde estaban sus ojos y una barba negra. Se sentó todo el tiempo en la sombra de una cortina.

Jean miró alrededor para ver si Marcus Stepney estaba presente, esperando que hubiera sido testigo del intercambio de cortesías, pero Marcus en ese momento estaba observando cómo pequeños fajos de billetes de doce mil francos eran rastrillados hacia el extremo del croupier de la mesa, que es el extremo del negocio de Montecarlo.

Jean fue la última en salir del coche cuando los dejó en Villa Casa. Mordon la llamó respetuosamente.

—Disculpe, *mademoiselle* —dijo—, deseo que venga al garaje y vea los nuevos neumáticos que han llegado. No me gustan.

Era un código que ella había acordado que él usaría cuando la necesitara.

—Muy bien, Mordon, iré al garaje más tarde —dijo ella con descuido.

—¿Para qué te quiere Mordon? —preguntó su padre, con el ceño fruncido.

—Le escuchaste. No aprueba algunos neumáticos nuevos que se han comprado para el coche —dijo con frialdad—. Y no me hagas preguntas. Tengo dolor de cabeza y me muero por una taza de chocolate.

—Si ese tipo te da algún problema, se arrepentirá —dijo Briggerland—. Y déjame decirte esto, Jean, esa idea de matrimonio tuya…

Ella solo lo miró, pero él conocía esa mirada y se marchitó.

—No quiero interferir en tus asuntos privados —masculló—, pero la sola idea me vuelve loco.

El garaje era un edificio de ladrillo construido al lado del camino de carruajes, edificado mucho más cerca de la casa de lo habitual.

Jean esperó un tiempo razonable antes de escabullirse. Mordon la esperaba ante las puertas abiertas del garaje. El lugar estaba en penumbra; ella no vio a Mordon de pie en la entrada hasta que estuvo a pocos pasos del hombre.

—Suba a mi habitación —dijo él secamente.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Quiero hablar con usted y este no es el lugar.

—Este es el único lugar donde estoy dispuesta a hablar contigo en este momento, François —dijo ella con tono de reproche—. ¿No te das

cuenta de que mi padre está cerca y en cualquier momento puede salir Madame Meredith? ¿Cómo explicaría mi presencia en tu habitación?

Él no respondió por un momento, luego:

—Jean, estoy preocupado —dijo, con voz turbada—. No puedo entender sus planes; son demasiado astutos para mí, y he conocido a hombres y mujeres de gran talento. El gran Bersac…

—El gran Bersac está muerto —dijo ella con frialdad—. Era un hombre de tanto talento que acabó bajo el cuchillo. Además, no es necesario que entiendas mis planes, François.

Ella sabía muy bien qué era lo que le preocupaba, pero esperó.

—No puedo entender la carta que escribí para usted —dijo Mordon—. La carta en la que digo que Madame Meredith me amaba. He pensado sobre este asunto, Jean, y me parece que estoy comprometido.

Ella rio suavemente.

—Pobre François —dijo con burla—. ¿Con quién podrías estar comprometido sino con tu futura esposa? Si deseo que escribas esa carta, ¿qué otra cosa importa?

De nuevo, él guardó silencio.

—No puedo hablar aquí —dijo casi con brusquedad—. Debe venir a mi habitación.

Ella dudó. Había algo en su voz que no le gustaba.

—Muy bien —dijo, y lo siguió por las empinadas escaleras.

Capítulo 33

—Ahora explíquese.

Sus palabras eran una orden; su tono, imperioso.

Jean, que conocía a los hombres y los leía sin equivocarse, comprendió que aquel no era momento para evasivas.

—Le explicaré, François, pero no me gusta la forma en que me habla —dijo—. No es a usted a quien deseo comprometer, sino a Madame Meredith.

—En esta carta que escribí para usted decía que me marchaba. Le confesé que había falsificado un cheque por cinco millones de francos. Es un documento muy serio, mademoiselle, para que esté en manos de cualquiera que no sea yo mismo.

La miró directamente a los ojos y ella sostuvo su mirada sin vacilar.

—Mañana todo le quedará muy claro, François —dijo suavemente—, y realmente no hay motivo para preocuparse. Deseo terminar con este desgraciado estado de cosas.

—¿Conmigo? —preguntó él rápidamente.

—No, con Madame Meredith —respondió ella—. Yo también estoy cansada de esperar el matrimonio y pienso pedirle permiso a mi padre para que la boda se celebre la próxima semana. De hecho, François —bajó modestamente los ojos—, ya he escrito al cónsul británico en Niza pidiéndole que arregle la ceremonia.

El rostro cetrino del chófer se tiñó de un rojo apagado.

—¿Habla en serio? —preguntó ansiosamente—. Jean, ¿no me está engañando?

Ella negó con la cabeza.

—No, François —dijo con aquella voz baja y lastimera tan suya—. No podría engañarlo en un asunto tan importante para mí.

Él permaneció observándola, el pecho agitado, los ojos ardientes devorándola; luego dijo:

—Me devolverá esa carta que escribí, Jean.

—Se la devolveré mañana.

—Esta noche —dijo él, tomando ambas manos entre las suyas—. Estoy seguro de que tengo razón. Es una carta demasiado peligrosa para que exista, Jean; peligrosa para usted y para mí. ¿Me la dará esta noche?

Ella vaciló.

—Está en mi habitación —dijo, una afirmación innecesaria y, dadas las circunstancias, peligrosa, porque sus ojos descendieron hacia el bolso que colgaba de su muñeca.

—Está ahí —dijo él—. Jean, querida, haga lo que le pido —suplicó—. Sabe que cada vez que pienso en esa carta me recorre un escalofrío. Estaba loco cuando la escribí.

—No la tengo aquí —dijo ella con firmeza.

Intentó retroceder, pero fue demasiado tarde. Él le sujetó las muñecas y le arrancó bruscamente el bolso de la mano.

—Perdóneme, pero sé que tengo razón —empezó a decir.

Entonces ella se lanzó sobre él como una furia, le arrebató el bolso y, con la violencia misma de su ataque, lo hizo retroceder.

Él la miró fijamente, y el color abandonó su rostro hasta dejarlo de un blanco mortal.

—¿Qué está tratando de hacer? —gruñó.

—Lo veré por la mañana, François —dijo ella, dándose vuelta.

Antes de que pudiera llegar al descanso de la escalera, el brazo de él la rodeó y la arrastró hacia atrás.

—Amiga mía —dijo entre dientes—, hay algo en este asunto que me perjudica.

—Suélteme —jadeó ella, golpeándolo en el rostro.

Durante un minuto entero forcejearon, y entonces la puerta se abrió y entró Mr. Briggerland. Al ver su rostro lívido, Mordon soltó a la muchacha.

—¡Canalla! —siseó el hombre corpulento.

Su puño salió disparado y Mordon cayó al suelo con estrépito. Por un instante quedó aturdido; luego, con un gruñido, se volvió de costado y sacó un revólver del bolsillo de la cadera. Antes de que pudiera disparar, la muchacha sujetó el arma y se la arrancó de la mano.

—Levántese —dijo Briggerland severamente—. Ahora explíqueme, amigo mío, qué significa este vergonzoso ataque contra mademoiselle.

El hombre se levantó y se sacudió mecánicamente la ropa; había algo en su rostro que no auguraba nada bueno para Mr. Briggerland.

Antes de que pudiera hablar, Jean intervino.

—Padre —dijo con calma—, no tiene derecho a golpear a François.

—¡François! —balbuceó Briggerland, el rostro oscuro púrpura de ira.

—François —repitió ella serenamente—. Es justo que sepa que François y yo nos casaremos la próxima semana.

La mandíbula de Mr. Briggerland cayó.

—¿Qué? —casi chilló.

Ella asintió.

—Nos casaremos la próxima semana —dijo—, y la pequeña escena que usted presenció no tiene absolutamente nada que ver con usted.

El efecto de aquellas palabras sobre Mordon fue mágico. El ceño maligno que deformaba su rostro desapareció. Miró de Jean a Briggerland como si le fuera imposible creer lo que acababa de oír.

—François y yo nos amamos —continuó Jean con voz uniforme—. Esta noche hemos discutido por un asunto que no concierne a nadie más que a nosotros mismos.

—¿Vas... a... casarte... con... él... la... próxima... semana? —dijo sordamente Mr. Briggerland—. ¡Por Dios, no harás nada semejante!

Ella levantó la mano.

—Es demasiado tarde para que interfiera, padre —dijo tranquilamente —. François y yo seguiremos nuestro camino y afrontaremos nuestro propio destino. Lamento que desapruebe esto, porque siempre ha sido un padre muy cariñoso conmigo.

Aquella fue la primera insinuación que recibió Mr. Briggerland de que quizá existiera alguna otra explicación para sus palabras, y se calmó un poco.

—Muy bien —dijo—. Solo puedo decirte que desapruebo profundamente la decisión que has tomado y que no haré absolutamente nada para favorecer tu insensato plan. Pero debo insistir en que vuelvas ahora mismo a la casa. No permitiré que hablen de mi hija.

Ella asintió.

—Lo veré mañana temprano, François —dijo—. Quizá pueda llevarme a Niza antes del desayuno. Tengo algunas compras que hacer.

Él hizo una inclinación y extendió la mano hacia el revólver que ella le había quitado.

Jean observó el arma ornamentada, las piezas plateadas y la elegante empuñadura de marfil.

—No voy a confiarle esto esta noche —dijo con una de sus raras sonrisas—. Buenas noches, François.

Él tomó su mano y la besó.

—Buenas noches, Jean —dijo con voz temblorosa.

Por un momento sus miradas se encontraron; luego ella se volvió, como si no se atreviera a confiar en sí misma, y siguió a su padre escaleras abajo.

Iban a mitad de camino hacia la casa cuando ella puso la mano sobre el brazo de Briggerland.

—Guarde esto —dijo.

Era el revólver de François.

—Probablemente esté cargado y me pareció ver unas iniciales de plata incrustadas en la empuñadura de marfil. Si conozco a François Mordon, son las suyas.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó él, guardándose el arma en el bolsillo.

Ella rió.

—Cuando vaya a acostarse, entre a mi habitación —dijo—. Tengo mucho que contarle.

Y entró flotando en el salón para interrumpir a Mrs. Cole-Mortimer, que enseñaba a una agotada Lydia los elementos del bezique.

—¿Dónde has estado, Jean? —preguntó Lydia, dejando las cartas sobre la mesa.

—He estado organizando para ti una experiencia novedosa, aunque no estoy muy segura de que vaya a ser tan interesante como podría serlo... todo depende del estado de tu joven corazón —dijo Jean, acercando una silla.

—Mi joven corazón está muy sano —rió Lydia—. ¿Cuál es esa experiencia interesante?

—¿Estás enamorada? —preguntó Jean desafiante mientras buscaba en una gran bolsa de cretona donde guardaba sus labores de costura una pieza sin terminar. (La domesticidad de Jean siempre era motivo de asombro para Lydia).

—¿Enamorada? ¡Dios santo, no!

—Mucho mejor —asintió Jean—. Eso hace que la experiencia prometa ser fascinante.

Esperó hasta haber enhebrado la fina aguja antes de explicarse.

—Si de verdad no estás enamorada y te sientas en la Silla de los Enamorados, el nombre de tu futuro esposo acudirá a ti. Si estás enamorada, claro, eso complica un poco las cosas.

—¿Pero qué pasa si no quiero saber el nombre de mi futuro esposo?

—Entonces eres inhumana —dijo Jean.

—¿Dónde está esa silla mágica?

—En el camino a San Remo, más allá de la estación fronteriza. Has estado allí, ¿verdad, Margaret?

—Una vez —respondió la señora Cole-Mortimer, que nunca había ido más al este de Cap Martin, pero cuya regla era jamás admitir que se había perdido algo digno de verse.

—Está en un lugar salvaje y extraño —continuó Jean—, y a kilómetros de cualquier sitio habitado.

—¿Vas a llevarme?

Jean negó con la cabeza.

—Eso arruinaría el hechizo —dijo solemnemente—. No, querida. Si quieres sentir esa emoción —y, hablando en serio, vale la pena, porque el paisaje es el más hermoso de toda la costa— debes ir sola.

Lydia asintió.

—Lo intentaré. ¿Está demasiado lejos para ir caminando? —preguntó.

—Muchísimo —dijo Jean—. Mordon te llevará en coche. Conoce muy bien la carretera y no deberías ir con nadie que no sea un conductor experimentado. Tengo un permiso para que el automóvil cruce la frontera; probablemente te encontrarás con papá en San Remo... va a hacer una excursión en motocicleta, ¿verdad, papá?

El señor Briggerland respiró hondo y asintió. Empezaba a comprender.

Capítulo 34

Había anclada en el puerto de Mónaco una larga embarcación blanca con un mástil rechoncho, que respondía al nombre de *Jungle Queen*. Era propiedad de un empobrecido lord inglés que obtenía ingresos respetables alquilando la nave.

A la señora Cole-Mortimer le había sorprendido la razonable tarifa exigida por dos meses de uso, hasta que vio la embarcación al día siguiente de llegar a Cap Martin.

Había imaginado un yate grande y cómodo; encontró una lancha motora de tamaño aceptable con una diminuta cabina sobre cubierta. La descripción del catálogo del agente, que aseguraba que la *Jungle Queen* podía "alojar a cuatro personas", probablemente se basaba en la experiencia de algún grupo de jóvenes juerguistas que había alquilado la nave una vez. Suponiendo que esos "cuatro" estuvieran razonablemente ebrios o fuertemente drogados, era posible que durmieran a bordo de la *Jungle Queen*. En circunstancias normales, dos personas lo habrían encontrado difícil, aunque un hombre pequeño podía dormir sin incomodidad si se tendía en diagonal a través de la "cabina".

La *Jungle Queen* también había decepcionado a Jean. Su mente inquieta había concebido una excelente manera de resolver su principal problema, pero una sola mirada a la *Jungle Queen* le bastó para comprender que el dinero gastado en alquilar aquella embarcación —porque apenas podía llamársele algo mejor— había sido desperdiciado. Ella misma odiaba el mar y tenía tan poca fe en la utilidad del bote que incluso había despedido al muchacho encargado de cuidar sus maltrechos motores.

El señor Marcus Stepney, que sentía un moderado interés por las lanchas motoras y un interés mucho mayor por cualquier diversión que pudiera conseguir a costa ajena, había sido hasta entonces el único usuario habitual de la *Jungle Queen*. Solía sacar la embarcación todas

las mañanas para un paseo de dos horas, generalmente solo, aunque a veces llevaba a alguien cuya amistad acababa de hacer y que, en el futuro, prometía convertirse en una fuente de ganancias para él.

La conversación de Jean acerca del método del hombre de las cavernas para conquistar mujeres le había causado una profunda impresión, reforzada además por las dos furiosas cicatrices rojas que todavía cruzaban el dorso de su mano. Las cosas no marchaban bien para él; el suministro de jóvenes ricos y confiados se había agotado de repente. Las pequeñas partidas en su salón privado se habían reducido a proporciones insignificantes. Aún lograba ganarse la vida, pero sus éxitos en las sesiones privadas se veían compensados por fuertes pérdidas en las mesas públicas.

Es un hecho conocido que las personas que viven fuera de la ley suelen mantenerse dentro de su propio ámbito. El estafador rara vez recurre a la violencia. El ladrón que además se dedica a hacer trampas en las cartas es prácticamente desconocido.

El señor Stepney vivía de una lengua persuasiva y de un par de manos extraordinariamente hábiles. Jamás se le había ocurrido ir más allá de su especialidad y, de hecho, la violencia le resultaba tan repugnante como vulgar.

Sin embargo, la sugerencia del hombre de las cavernas lo había seducido. Tenía cierta habilidad con determinadas mujeres y, aunque la ferocidad de Jean y la indiferencia de Lydia habían sacudido un poco su confianza, no había abandonado del todo la esperanza de conquistar a ambas aplicando el método adecuado.

El método para tratar con Jean ya lo tenía en mente.

En cuanto a Lydia, la sugerencia de Jean resultaba muy atractiva. Fue después de una noche desastrosamente improductiva en el Casino de Niza cuando reunió el valor suficiente y condujo hasta Villa Casa.

Llegó temprano, pero Lydia ya había terminado su *petit déjeuner*, y se sorprendió desagradablemente al verlo.

—Hoy no voy a nadar, señor Stepney —dijo—, y usted tampoco parece dispuesto a hacerlo.

Él llevaba unos pantalones blancos de dril impecablemente ajustados, zapatos blancos y una chaqueta náutica azul con botones de latón; una gorra de yate descansaba ladeada sobre su oscura cabeza.

—No, voy a salir a pescar un poco —dijo—, y me preguntaba si, en su caridad, querría acompañarme.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento; esta mañana tengo otro compromiso.

—¿No puede cancelarlo? —suplicó él—. Como un favor especial para mí. Ya he preparado todo y llevo un almuerzo delicioso a bordo... Usted dijo que algún día iría a pescar conmigo.

—Me gustaría —admitió ella—, pero de verdad tengo algo muy importante que hacer esta mañana.

No le dijo que aquella importante obligación consistía en sentarse en la Silla de los Enamorados. De algún modo, su excursión le parecía un poco ridícula bajo la fría y clara luz de la mañana.

—Podría traerla de vuelta a tiempo —insistió él—. Vamos, señora Meredith, me va a arruinar el día.

—Estoy segura de que Lydia no sería tan cruel.

Jean acababa de aparecer mientras hablaban.

—¿Cuál es el plan, Lydia?

—El señor Stepney quiere que salga con él en el yate —dijo la muchacha, y Jean sonrió.

—Me alegra que lo llame "yate" —comentó secamente—. Usted es la segunda persona que lo describe así. El primero fue el agente. Llévela mañana, Marcus.

Había un destello burlón en sus ojos, y él sintió que ella sabía perfectamente lo que rondaba por su mente.

—Muy bien —dijo con un tono que sugería todo menos conformidad, y añadió—: Te vi atravesando Niza esta mañana con ese chófer amarillento tuyo, Jean.

—¿Estabas despierto tan temprano? —preguntó ella con indiferencia.

—Ni siquiera estaba vestido; miraba por la ventana. Mi habitación da al Paseo de los Ingleses. No me gusta ese tipo.

—Yo no se lo haría saber —respondió Jean tranquilamente—. Es muy sensible. Aunque también hay muchos hombres que te desagradan.

—No creo que debas darle tanta libertad —continuó Marcus Stepney. No estaba de buen humor, y el hecho de saber que irritaba a la muchacha lo animaba—. Si les das un centímetro a esos chóferes franceses, se tomarán un kilómetro.

—Supongo que sí —dijo Jean pensativamente—. ¿Cómo está tu pobre mano, Marcus?

Él gruñó algo entre dientes y hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta marinera.

—Está perfectamente bien —replicó con brusquedad.

Regresó a Mónaco y a su solitario paseo en barco, ardiendo de furia.

—Uno de estos días... —murmuró mientras ajustaba el motor.

No terminó la frase, sino que lanzó la proa de la *Jungle Queen* a toda velocidad hacia mar abierto.

La conversación de Jean con Mordon aquella mañana no había sido del todo satisfactoria. Había calmado sus sospechas hasta cierto punto, pero él seguía obsesionado con la carta, y ella le había prometido entregársela esa misma noche.

—Querido mío —dijo ella—, eres demasiado impulsivo... demasiado francés. Anoche tuve una escena terrible con papá. Quiere que rompa el compromiso; me habló de lo que dirían mis amigos en Londres y de cómo me convertiría en una paria social.

—¿Y tú..., tú, Jean? —preguntó él.

—Le dije que esas cosas no me preocupaban —respondió ella, y sus labios se curvaron tristemente—. Sé que no puedo ser feliz con nadie más que contigo, François, y estoy dispuesta a enfrentarme a las burlas de Londres, incluso al odio y al desprecio de mi padre, por ti.

Él habría tomado su mano, aunque estaban en plena carretera, pero ella se apartó.

—Ten cuidado, François —le advirtió—. Recuerda que tendrás que esperar muy poco tiempo.

—No puedo creer mi buena suerte —balbuceó él mientras hacía subir el coche por la suave pendiente hacia Monte Carlo. Esquivó un tranvía madrugador, pasando a centímetros de un pasajero desprevenido que había rodeado la parte trasera del vagón, y lanzó el gran Italia por la avenida de las palmeras hacia la ciudad.

—Es increíble, y sin embargo siempre pensé que me ocurriría algo grande; y, Jean, he arriesgado mucho por ti. Habría matado a Madame en Londres si aquel viejo no la hubiese apartado, ¿y acaso no estuve vigilando por ti cuando el hombre Meredith...?

—Silencio —dijo ella en voz baja—. Hablemos de otra cosa.

—¿Debo ver a tu padre? Lamento lo que hice anoche —dijo él cuando se acercaban a la villa.

—Papá ha tomado su motocicleta y se ha ido de excursión a Italia —respondió ella—. No, no creo que debas hablar con él, aunque estuviera aquí. Tal vez cambie de opinión con el tiempo, François. Debes comprender que esto le resulta terriblemente doloroso; esperaba que yo hiciera un gran matrimonio. Tienes que disculpar la decepción de papá.

Él asintió. No la llevó hasta la casa, sino que detuvo el automóvil frente al garaje.

—Recuerda: a las diez y media llevarás a la señora Meredith a la Silla de los Enamorados. ¿Conoces el lugar?

—Lo conozco muy bien —dijo él—. Es un sitio difícil para dar la vuelta; tendré que llevarla casi hasta San Remo. ¿Por qué quiere ir a la Silla de los Enamorados? Creía que sólo iba allí la gente vulgar...

—No debes decirle eso —replicó ella bruscamente—. Además, yo misma he estado allí.

—¿Y en quién pensaste, Jean? —preguntó él de pronto.

Ella bajó los ojos.

—No te lo diré... todavía —dijo, y corrió hacia la casa.

François se quedó contemplando el lugar por donde había desaparecido hasta que dejó de verla y luego, como un hombre que despierta de un trance, volvió a la tarea mundana de llenar el depósito de gasolina.

Capítulo 35

Lydia se estaba vistiendo para su excursión cuando la señora Cole-Mortimer entró en el salón donde Jean escribía.

—Hay una llamada telefónica de Monte Carlo —dijo—. Alguien quiere hablar con Lydia.

Jean se levantó de un salto.

—Yo contestaré —dijo.

La voz al otro extremo de la línea era áspera y desconocida para ella.

—Quiero hablar con la señora Meredith.

—¿Quién habla? —preguntó Jean.

—Soy un amigo suyo —respondió la voz—. ¿Quiere avisarla? El asunto es bastante urgente.

—Lo siento —dijo Jean—, pero acaba de salir.

Oyó una exclamación de fastidio.

—¿Sabe adónde ha ido? —preguntó la voz.

—Creo que ha ido a Monte Carlo —respondió Jean.

—Si no logro alcanzarla, ¿quiere decirle que no vuelva a salir hasta que yo llegue a la casa?

—Por supuesto —respondió Jean cortésmente, y colgó el teléfono.

—¿Era una llamada para mí?

Era la voz de Lydia desde lo alto de la escalera.

—Sí, querida. Creo que era Marcus Stepney quien quería hablar contigo. Le dije que ya habías salido —dijo Jean—. ¿No querías hablar con él?

—¡Dios santo, no! —exclamó Lydia—. ¿De verdad no vienes conmigo?

—Prefiero quedarme aquí —respondió Jean con sinceridad.

El automóvil estaba esperando a la puerta y Mordon, con un aspecto inusualmente elegante en su guardapolvo blanco, permanecía junto a la portezuela abierta.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera? —preguntó Lydia.

—Unas dos horas, querida; volverás con mucha hambre —dijo Jean, besándola—. Ahora procura pensar en el hombre adecuado —añadió en tono burlón.

—Me pregunto si lo haré —dijo Lydia suavemente.

Jean observó el coche hasta que desapareció de vista y luego regresó al salón. Apenas había tomado asiento cuando el teléfono volvió a sonar, y se adelantó a la señora Cole-Mortimer para responder.

—La señora Meredith no ha ido a Monte Carlo —dijo la voz—. Su coche no ha sido visto en la carretera.

—¿Es usted el señor Jaggs? —preguntó Jean dulcemente.

—Sí, señorita —fue la respuesta.

—La señora Meredith ya ha vuelto. Lo siento muchísimo; creí que había ido a Monte Carlo. Está en su habitación con un fuerte dolor de cabeza. ¿Vendrá a verla?

Hubo un instante de silencio.

—Sí, iré —dijo Jaggs.

Veinte minutos después, un taxi dejó al anciano frente a la puerta, y una criada lo hizo pasar al salón.

Jean se levantó para recibirlo. Observó detenidamente la encorvada figura del viejo Jaggs, desde su cabello gris acerado hasta sus zapatos polvorientos, y luego señaló una silla.

—Siéntese —dijo.

El viejo Jaggs obedeció.

—Supongo que tiene algo muy importante que decirle a la señora Meredith.

—Eso se lo diré yo mismo, señorita —gruñó el anciano.

—Bueno, antes de que le diga nada, quiero hacerle una confesión —sonrió ella mientras acercaba una silla para quedar frente a él.

El viejo estaba sentado de espaldas a la luz, sosteniendo el maltrecho sombrero sobre las rodillas.

—En realidad lo he hecho venir con engaños —dijo ella—, porque la señora Meredith no está aquí en absoluto.

—¿No está aquí? —dijo él, incorporándose a medias.

—No, se ha ido de paseo con nuestro chófer. Pero quería verlo, señor Jaggs, porque... —hizo una pausa—. Comprendo que usted es un querido amigo suyo y que vela por sus intereses. No sé quién es usted —dijo moviendo la cabeza—, pero por supuesto sé que el señor John Glover lo ha empleado.

—¿De qué va todo esto? —preguntó él ásperamente—. ¿Qué tiene que decirme?

—No sé cómo empezar —dijo ella mordiéndose los labios—. Es un asunto tan delicado que detesto siquiera hablar de ello. Pero la actitud de la señora Meredith hacia nuestro chófer, Mordon, es preocupante, y creo que el señor Glover debería saberlo.

Él no habló y ella continuó.

—Sé que estas cosas suceden —dijo—, pero me alegra decir que jamás he tenido experiencia de algo semejante; y, desde luego, Mordon es un hombre atractivo y ella es joven...

—¿Qué está diciendo? —Su tono era autoritario y dominante.

—Quiero decir —respondió ella— que temo que la pobre Lydia esté enamorada de Mordon.

El anciano se puso de pie de un salto.

—¡Es una maldita mentira! —dijo, y ella lo miró fijamente—. Ahora dígame qué ha sucedido con Lydia Meredith —continuó—, y permítame advertirle esto, Jean Briggerland: si se le hace daño a un

solo cabello de la cabeza de esa muchacha, terminaré el trabajo que empecé ahí afuera —señaló el jardín— y la estrangularé con mis propias manos.

Ella levantó los ojos hacia él y volvió a bajarlos; comenzó a temblar y, girando de pronto sobre sus talones, huyó a su habitación, cerró la puerta con llave y se apoyó contra ella, pálida y estremecida.

Por segunda vez en su vida, Jean Briggerland sentía miedo.

Oyó sus rápidos pasos en el pasillo exterior y luego un golpe en la puerta.

—Déjeme entrar —gruñó el hombre.

Por un instante ella estuvo a punto de perder el control. Miró frenéticamente alrededor de la habitación buscando una vía de escape y entonces, al ocurrírsele una idea, corrió al cuarto de baño contiguo. Junto a una ventana abierta había una gran esponja secándose, y la tomó; sobre un estante, al lado de la bañera, había una botella grande de amoníaco, y apartando el rostro vertió el contenido sobre la esponja hasta empaparla. Luego, con la esponja chorreando en la mano, volvió sigilosamente, giró la llave y abrió la puerta.

El anciano irrumpió en la habitación y, antes de darse cuenta de lo que sucedía, la esponja fue presionada contra su rostro. El penetrante producto casi lo cegó; sus vapores paralizantes lo hicieron caer de rodillas. Sujetó la muñeca de ella e intentó apartar la mano, pero ahora el brazo de Jean rodeaba su cuello y él no podía hacer palanca.

Con un gemido de agonía se desplomó en el suelo. En aquel instante ella cayó sobre él como un gato, clavando la rodilla entre sus hombros.

Medio inconsciente, sintió que le llevaban las manos a la espalda y algo las ataba con fuerza. Jean estaba utilizando el cinturón de seda que llevaba en la cintura, y el trabajo resultó eficaz.

Al cabo de un momento lo volvió de espaldas. El amoníaco seguía irritándole los ojos y no podía abrirlos. El dolor era terrible, casi insoportable. Sujetándolo por debajo del brazo, ella lo ayudó a ponerse

de pie. Él sintió que lo conducía a alguna parte y, de pronto, fue empujado sobre una silla. Ella lo dejó solo un momento y luego regresó para atarle también los pies.

Era una captura asombrosa para haber sido realizada por una sola persona; ni la propia Jean habría imaginado jamás la facilidad con la que podía obtener la victoria.

—Lamento tener que lastimar a un anciano.

Había una mueca burlona en su voz que él nunca antes había oído.

—Pero si promete no gritar, no tendré que amordazarlo.

Él oyó correr el agua y luego, con un paño húmedo, ella comenzó a limpiarle suavemente los ojos.

—Dentro de un minuto podrá ver —dijo la voz tranquila de Jean—. Mientras tanto se quedará aquí hasta que mande llamar a la policía.

A pesar del dolor, él se vio obligado a soltar una carcajada.

—¿Hasta que mande llamar a la policía, eh? ¿Sabe quién soy?

—Sólo sé que es un viejo malvado que entró en esta casa mientras yo estaba sola y los sirvientes habían salido —dijo ella.

—¿Sabe por qué he venido? —insistió él—. He venido a decirle a la señora Meredith que se han retirado cien mil libras de su banco con una firma falsificada.

—Qué absurdo —dijo Jean.

Estaba sentada en el borde de la bañera mirando la figura desaliñada.

—¿Cómo podría alguien sacar dinero del banco de la señora Meredith mientras su querido amigo y protector, Jack Glover, está en Londres vigilando que no la roben?

El "viejo Jaggs" levantó hacia ella sus ojos inflamados.

—Usted sabe perfectamente —dijo con claridad— que yo soy Jack Glover y que no he salido de Monte Carlo desde que Lydia Meredith llegó aquí.

Capítulo 36

El señor Briggerland no sentía entusiasmo por ninguna forma de deporte o ejercicio. Sus aficiones se limitaban a la hermosa motocicleta, que no solo le proporcionaba recreación, sino que, en ocasiones, había servido de ayuda para llevar a cabo importantes planes formulados por su hija.

Se detuvo en Menton para desayunar y subió la colina hacia Grimaldi después de pasar la estación fronteriza de Pont St. Louis. Tenía toda la mañana por delante y no había gran prisa. En Ventimiglia tomó un segundo desayuno, pues la mañana era fría y tenía buen apetito. Vagó sin rumbo por el pequeño pueblo con un cigarro entre los dientes, compró algunas curiosidades en una tienda y continuó su tranquilo viaje.

Su destino era San Remo. Había un tren a la una que lo devolvería, junto con su motocicleta, a Monte Carlo, donde pensaba pasar el resto de la tarde. En Pont St. Louis había conversado con el oficial de aduanas.

—No, monsieur, hay muy pocos viajeros en la carretera por la mañana —dijo el funcionario—. No es hasta entrada la tarde cuando empieza el tráfico. Los tiempos han cambiado en la Riviera y mucha gente va a Cannes. La vieja carretera está ahora casi desierta.

A las once en punto el señor Briggerland llegó a cierta parte del camino y encontró un escondite para su motocicleta: una pequeña plantación de olivos en la ladera. De hecho, era un excelente lugar de descanso, pues desde allí dominaba una amplia vista del camino occidental.

El viaje de Lydia no había sido menos agradable. Ella también se había detenido en Menton para explorar el pueblo y había dejado Pont St. Louis una hora después de que el señor Briggerland pasara.

La carretera hacia San Remo corre bajo la sombra de colinas escarpadas a través de una región desolada de la que ni siquiera los laboriosos campesinos del norte de Italia podían arrancar sustento.

Salvo por algunos parches aislados de tierra cultivada, las colinas eran desnudas y amenazantes.

Con aquellas mesetas austeras a un lado y la costa rocosa al otro, había poco que atrajera la mirada salvo algún ocasional destello de una ciudad italiana a lo lejos. Había una rudeza salvaje en el paisaje que impresionaba a la muchacha. A veces el coche corría tan cerca del nivel del mar que la espuma de las olas golpeaba las ventanillas; otras, trepaba sobre un promontorio saliente y ella contemplaba una playa cubierta de rocas a treinta metros más abajo.

Fue en la cima de uno de aquellos promontorios donde el automóvil se detuvo.

Allí la carretera describía un semicírculo, de modo que desde donde ella estaba sentada no podía ver su continuación ni delante ni detrás. Más adelante desaparecía alrededor del hombro de una gran masa de roca alta y saliente, a través de la cual debían haber abierto el camino. Detrás descendía hacia una cala oculta a la vista.

—Ahí está la Silla de los Enamorados, mademoiselle —dijo Mordon.

Unos dos metros por debajo del nivel de la carretera había una amplia repisa de roca. Unos cuantos escalones de piedra descendían hasta ella y Lydia los siguió. La Silla de los Enamorados estaba tallada en la cara de la roca y ella se sentó para contemplar la belleza del paisaje. La soledad, el silencio roto únicamente por las lentas olas y la majestuosidad del escenario le produjeron una extraña paz. Más allá del borde de la repisa el acantilado caía a pico hacia el agua, y ella se estremeció al apartarse después de mirar hacia abajo.

Mordon no la vio irse. Estaba sentado sobre el estribo del coche, con el rostro pálido entre las manos, presa de sus sombríos pensamientos. Debía haber un desenlace, se decía. Empezaba a sentirse inquieto y por primera vez dudaba de la sinceridad de la mujer que para él había sido como una diosa.

No oyó al señor Briggerland, pues el hombre de rostro oscuro caminaba con pies ligeros al rodear el recodo de la colina. Mordon le daba la espalda. De pronto el chófer miró atrás.

—Monsieur... —balbuceó, e iba a levantarse cuando Briggerland le puso una mano sobre el hombro.

—No se levante, François —dijo agradablemente—. Me temo que fui precipitado anoche.

—Monsieur, fui yo quien se precipitó —dijo Mordon con voz ronca—. Fue imperdonable...

—¡Tonterías! —Briggerland le dio unas palmadas en el hombro—. ¿Qué es ese barco allá afuera? ¿Un buque de guerra, François?

François Mordon volvió la cabeza hacia el mar y Briggerland sacó la pistola de mango de marfil que había mantenido oculta detrás de la espalda y le disparó, matándolo en el acto.

El estampido del revólver, amplificado por las rocas, llegó hasta Lydia como un trueno. Al principio creyó que había reventado un neumático y subió apresuradamente los escalones para ver.

El señor Briggerland estaba de pie, de espaldas al coche. A sus pies yacía el cuerpo desmadejado de Mordon.

—¡Señor... Brig...! —jadeó, y vio el revólver en su mano.

Con un grito estuvo a punto de arrojarse escaleras abajo cuando el arma volvió a dispararse. La bala le arrancó el sombrero de la cabeza y ella alzó las manos creyendo que la habían alcanzado.

Entonces el rostro oscuro apareció sobre el parapeto y nuevamente el revólver apuntó hacia ella. Miró durante un segundo aquellos ojos benevolentes y luego algo la golpeó violentamente. Se tambaleó hacia atrás y cayó por el borde de la repisa, directamente hacia el mar.

Capítulo 37

Probablemente Jean Briggerland nunca ofreció una representación más perfecta de sorpresa escandalizada que cuando el viejo Jaggs anunció que era Jack Glover.

—¿El señor Glover? —dijo incrédula.

—Si fuera tan amable de desatarme las manos —dijo Jack con ferocidad—, podré convencerla.

Jean, toda mansedumbre, obedeció y al poco rato él se puso de pie con un gemido.

—Casi me deja ciego —dijo, volviéndose hacia el espejo.

—Si hubiera sabido que era usted...

—¡No me haga reír! —replicó secamente—. ¡Claro que sabía quién era!

Se quitó la peluca y arrancó la barba postiza de su rostro.

—¿Fue muy doloroso? —preguntó ella con simpatía, y Jack resopló.

—¿Cómo iba a saber que era usted? —preguntó ella con virtuosa indignación—. Creí que era un anciano malvado...

—No creyó nada de eso, señorita Briggerland —dijo Jack—. Sabía perfectamente quién era y adivinó por qué me había disfrazado así. No estaba a muchos metros de usted cuando comprendió de repente que no podía dormir en el piso de Lydia Meredith a menos que fuera bajo la apariencia de un anciano.

—¿Y por qué habría de querer dormir allí? —preguntó inocentemente —. No me parece una ambición muy apropiada.

—Esa es una pregunta innecesaria y pierdo el tiempo respondiéndole —dijo Jack severamente—. Fui allí para salvarle la vida, para protegerla de sus planes asesinos.

—¿Mis planes asesinos? —repitió ella horrorizada—. Seguramente no sabe lo que dice.

—Sé esto —y su rostro no era agradable de ver—: tengo pruebas suficientes para lograr el arresto de su padre y posiblemente el suyo. Durante meses he estado investigando aquel primer accidente providencial suyo: el rico australiano que murió de forma tan notablemente repentina. Puede que no consiga atraparla por el caso Meredith y quizá no pueda enviarla a prisión por sus ataques contra la señora Meredith, pero tengo pruebas suficientes para llevar a su padre a la horca por aquel crimen anterior.

Su rostro quedó vacío, inexpresivo. Nunca antes la habían detenido en seco con una amenaza semejante, ni tampoco había estado jamás en peligro de ser descubierta. Y mientras lo observaba con tanta fijeza, sin mover un músculo del rostro, su mente retrocedía al pasado, examinando cada detalle del crimen que él había mencionado, buscando alguna falla en el cuidadosamente preparado plan que había llevado a un buen hombre a un final violento y prematuro.

—Ese tipo de farol no me impresiona —dijo al fin—. Está usted en mala situación si tiene que inventar crímenes para atribuirmelos.

—Eso lo discutiremos después. ¿Dónde está Lydia? —preguntó bruscamente.

—Le digo que no lo sé, salvo que ha salido a dar un paseo en coche. Espero que regrese pronto.

—¿Está su padre con ella?

Ella negó con la cabeza.

—No, padre salió temprano. No sé quién le dio autoridad para interrogarme. Vaya, Jack Glover, tiene usted toda la importancia de un juez instructor francés —sonrió.

—Puede que pronto descubra cuánta importancia tienen —dijo significativamente—. ¿Dónde está su chófer, Mordon?

—Él también se ha ido; de hecho, conduce a Lydia. ¿Por qué? —preguntó ella, sintiendo una ligera opresión en el pecho. Había llegado

justo a tiempo, pensó. Así que habían relacionado a Mordon con la falsificación.

Las primeras palabras de él confirmaron su sospecha.

—Hay una orden de arresto contra Mordon que será ejecutada en cuanto regrese —dijo Jack—. Hemos podido seguirle el rastro en Londres y también encontrar a la mujer que presentó el cheque. Conocemos todos sus movimientos desde que salió de Niza en avión hacia París hasta que volvió. Las personas que le cambiaron el dinero jurarán reconocerlo.

Si esperaba sobresaltarla, se decepcionó. Ella alzó las cejas.

—No puedo creer que sea posible. Mordon parecía un hombre tan honrado —dijo—. Confiábamos completamente en él y jamás traicionó nuestra confianza. Ahora, señor Glover —añadió con calma—, ¿podría sugerirle que una entrevista con un caballero en mi dormitorio no es precisamente lo más adecuado para mantener el respeto de mis criados? ¿Quiere bajar y esperar hasta que yo baje?

—¿No intentará salir de esta casa? —preguntó él, y ella soltó una risa.

—De verdad, se está comportando como uno de esos detectives infalibles que aparecen en las revistas populares —dijo con cierto desprecio—. No tiene ninguna autoridad para impedirme salir de esta casa y nadie lo sabe mejor que usted. Pero no tema. Si quiere, siéntese en las escaleras hasta que baje.

Cuando él salió, llamó a la doncella y le entregó un sobre.

—Estaré en el salón hablando con el señor Glover —dijo en voz baja—. Quiero que entre con esto y diga que lo encontró en el vestíbulo.

—Sí, señorita —dijo la mujer.

Jean se arregló con toda calma. Durante el forcejeo su vestido se había rasgado y lo cambió por uno de seda verde pálido. Jack, paseándose abajo en el vestíbulo, estaba a punto de subir para comprobar si había escapado cuando ella descendió serenamente por la escalera.

—Hay una cosa que me gustaría saber, señor Glover —dijo entrando en el salón—. ¿Qué piensa hacer? ¿Cuál es su plan inmediato? ¿Piensa llevarse a Lydia lejos de nosotros? Claro, sé que está enamorado de ella y todo eso.

El rostro de él se tiñó de rosa.

—No estoy enamorado de la señora Meredith —mintió.

—No sea tonto —dijo ella con practicidad—. Claro que está enamorado de ella.

—Mi primera tarea es recuperar ese dinero y usted va a ayudarme —dijo él.

—Por supuesto que voy a ayudarlo —aceptó ella—. Si Mordon ha sido tan canalla, debe sufrir las consecuencias. Estoy segura de que usted es demasiado inteligente para haberse equivocado. Pobre Mordon. Me pregunto qué le hizo actuar así, porque era muy amigo de Lydia y, hablando en serio, señor Glover, sí creo que Lydia está siendo indiscreta.

—Ya hizo antes esa observación —dijo él tranquilamente—. Ahora quizá quiera explicar qué quiere decir.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre están juntos. Anoche los vi paseando por el jardín hasta bastante tarde y tuve tanto miedo de que la señora Cole-Mortimer también lo notara...

—Lo que significa que la señora Cole-Mortimer no lo notó. ¡Es usted lista, Jean! Incluso mientras inventa algo, ya prepara la manera de refutar cualquier prueba que la otra parte pueda presentar. No creo una sola palabra de lo que dice.

Llamaron a la puerta y entró la doncella llevando una carta sobre una bandeja.

—Esto iba dirigido a usted, señorita —dijo—. Estaba sobre la mesa del vestíbulo. ¿No la vio?

—No —dijo Jean sorprendida.

Tomó la carta, miró la dirección y la abrió.

Él vio aparecer en su rostro una expresión de asombro y horror.

—¡Dios mío! —exclamó Jean, boquiabierta.

—¿Qué pasa? —dijo él, poniéndose en pie de un salto.

Ella volvió a mirar la carta y luego pasó su mirada de la misiva a él.

—Léela —dijo con voz hueca.

"Estimada *Mademoiselle*, he regresado de Londres y le he confesado a *Madame* Meredith que he falsificado su firma y he retirado 100.000 libras de su banco. Y ahora me he enterado de que *Madame* Meredith me ama. Solo hay un final para esto… el que estás viendo…"

Jack leyó la carta dos veces.

—Además, está escrita con su letra —murmuró—. ¡Es imposible, increíble! Te digo que he tenido a la señora Meredith bajo mi vigilancia todo el tiempo que ha estado aquí. ¿Hay alguna carta suya? —preguntó de repente—. ¡Pero no, es imposible, imposible!

—No he entrado en su habitación. ¿Vendrás conmigo?

Él la siguió escaleras arriba hasta el gran dormitorio de Lydia, y lo primero que le llamó la atención fue una carta sellada sobre una mesa cerca de la cama. La tomó. Estaba dirigida a él, con la letra de Lydia, y la abrió febrilmente.

Su rostro, cuando terminó de leer, estaba tan pálido como el de ella.

—¿A dónde han ido? —preguntó.

—Fueron a San Remo.

—¿En coche?

—Por supuesto.

Sin decir palabra, se dio la vuelta y bajó las escaleras corriendo hasta salir de la casa.

El taxi que lo había traído en su papel de Jaggs se había ido, pero bajando por el camino, a una docena de yardas, estaba el coche que había alquilado el día que llegó a Montecarlo. Dio instrucciones al conductor y saltó al interior. El coche cruzó Menton a toda velocidad y se detuvo solo un instante en la barrera de aduanas mientras Jack realizaba sus pesquisas.

Sí, una dama había pasado, pero no había regresado.

¿Cuánto tiempo hace?

Quizá una hora; quizá menos.

A máxima velocidad, el gran coche tronó por la carretera costera, serpenteando y girando, sumergiéndose en valles y escalando escarpados promontorios, y al doblar una esquina, Jack vio el coche y un pequeño grupo de gente a su alrededor. Su corazón se convirtió en piedra cuando saltó a la carretera.

Vio las espaldas de dos carabineros italianos y, apartando al pequeño grupo de curiosos, llegó al centro del corro y se detuvo. Mordon yacía boca abajo en un charco de sangre, y uno de los policías sostenía un revólver de empuñadura de marfil.

—Fue con esto con lo que se cometió el crimen —dijo en un italiano florido—. Tres de las recámaras están vacías. Ahora bien, ¿contra quién se dispararon las otras dos?

Jack se tambaleó y se aferró al guardabarros del coche para sostenerse; luego, sus ojos se desviaron hacia la abertura en el muro que bordeaba el lado del mar de la carretera.

Caminó hasta el parapeto y miró hacia abajo; lo primero que vio fue un sombrero y un velo desgarrados, y supo que eran de Lydia.

Capítulo 38

El señor Briggerland, matando el tiempo en el muelle de Mónaco, vio entrar al *Jungle Queen* en el puerto y observó a Marcus desembarcar, llevando las líneas de pesca en la mano.

Cuando Marcus pasó a su lado, lo llamó y el señor Stepney se volvió sobresaltado.

—Hola, Briggerland —dijo, tragando saliva.

—Bueno, ¿ha estado pescando? —preguntó el señor Briggerland con su aire más paternal.

—Sí —admitió Marcus.

—¿Ha pescado algo?

Stepney asintió.

—Solo uno —dijo.

—Mala suerte —dijo el señor Briggerland con una sonrisa—. Pero ¿dónde está la señora Meredith? Entendí que iba a salir con usted hoy.

—Fue a San Remo —dijo Stepney secamente, y el otro asintió.

—Claro —dijo—. Lo había olvidado.

Más tarde compró un ejemplar del *Nicoise* y se enteró de la tragedia ocurrida en la carretera de San Remo. Aquello lo hizo volver a la casa, visiblemente agitado.

—Esta es una noticia espantosa, querida mía —jadeó entrando en el salón, y se quedó inmóvil al ver al señor Jack Glover.

—Entre, Briggerland —dijo Jack sin ceremonias.

Había con él un hombre alto y perspicaz, un francés a quien Briggerland reconoció como el jefe de detectives de la Prefectura.

—Queremos que nos dé cuenta de sus movimientos.

—¿Mis movimientos? —dijo el señor Briggerland indignado—. ¿Me relacionan con esta terrible tragedia? Una tragedia —añadió— que me ha dejado casi mudo de horror y remordimiento. ¿Por qué permití alguna vez que ese villano siquiera hablara con la pobre Lydia?

—Sin embargo, monsieur —dijo tranquilamente el hombre alto—, debe decirnos dónde ha estado.

—Eso es fácil de explicar. Fui a San Remo.

—¿Por carretera?

—Sí, por carretera —dijo el señor Briggerland—, en mi motocicleta.

—¿A qué hora llegó a San Remo?

—Al mediodía, o quizá un cuarto de hora antes.

—Sabe que el asesinato debió cometerse a las once y media —dijo Jack.

—Eso dicen los periódicos.

—¿Dónde fue en San Remo? —preguntó el detective.

—Fui a un café y tomé una copa de vino; luego paseé por la ciudad y almorcé en el Victoria. Tomé el tren de la una hacia Monte Carlo.

—¿No oyó hablar del asesinato?

—Ni una palabra —dijo el señor Briggerland—, ni una palabra.

—¿Vio el coche?

El señor Briggerland negó con la cabeza.

—Salí algún tiempo antes que la pobre Lydia —dijo suavemente.

—¿Sabía de alguna relación entre el chófer y su invitada?

—No tenía idea de que existiera algo semejante. Si la hubiera tenido —dijo virtuosamente el señor Briggerland—, habría tomado medidas inmediatas para hacer entrar en razón a la pobre Lydia.

—Su hija dice que estaban frecuentemente juntos. ¿Lo notó usted?

—Sí, lo noté, pero mi hija y yo somos muy democráticos. Hemos hecho amistad con Mordon y supongo que lo que a ustedes les habría parecido demasiada familiaridad...

—¿Es este suyo?

El detective sacó detrás de una cortina un viejo rifle británico.

—Sí, es mío —admitió Briggerland sin vacilar—. Lo compré en Amiens, un recuerdo de nuestros valientes soldados...

—Sí, comprendo perfectamente su motivo patriótico al adquirirlo —dijo secamente el detective—, pero ¿quiere decirnos cómo salió de su posesión?

—No tengo la menor idea —dijo el señor Briggerland sorprendido—. No sabía que se había perdido; hacía semanas que no lo veía. ¿Será posible que Mordon...? Pero no, no debo pensar tan mal de él.

—¿Qué iba a sugerir? —preguntó Jack—. ¿Que Mordon disparó contra la señora Meredith cuando estaba en la plataforma de natación? Si es así, puedo ahorrarle la molestia de decir esa mentira. Fue usted quien disparó y fui yo quien lo dejó inconsciente.

El rostro del señor Briggerland era digno de estudio.

—No entiendo por qué hace una acusación tan salvaje e infundada —dijo suavemente—. Tal vez, querida mía, puedas aclarar este misterio.

Jean no había hablado desde que él entró. Estaba sentada muy erguida en una silla, con las manos cruzadas en el regazo y sus tristes ojos fijos alternativamente en Jack y en el detective. Negó con la cabeza.

—No sé nada del rifle y ni siquiera sabía que usted poseyera uno —dijo —. Pero, por favor, responda todas sus preguntas, padre. Estoy tan ansiosa como usted por llegar al fondo de esta espantosa tragedia. ¿Le ha hablado a mi padre de las cartas que fueron descubiertas?

El detective negó con la cabeza.

—No he visto a su padre hasta este momento —dijo.

—¿Cartas? —El señor Briggerland miró a su hija—. ¿La pobre Lydia dejó una carta?

Ella asintió.

—Creo que el señor Glover se lo dirá, padre —dijo—. La pobre Lydia sentía afecto por Mordon. Está muy claro lo que ocurrió. Salieron hoy sin intención de regresar...

—La señora Meredith no tenía intención de ir a la Silla de los Enamorados hasta que usted le sugirió el paseo —dijo Jack tranquilamente—. La señora Cole-Mortimer es muy categórica en ese punto.

—¿Han encontrado el cuerpo? —preguntó el señor Briggerland.

—No se ha encontrado nada excepto el chófer —dijo el detective.

Después de algunas preguntas más, sacó a Jack al exterior.

—A mí me parece mucho uno de esos crímenes pasionales tan frecuentes en este país —dijo—. Mordon era francés y he podido identificarlo por los tatuajes de su brazo como un hombre que ha estado muchas veces en manos de la policía.

—¿Cree que no hay esperanza?

El detective se encogió de hombros.

—Estamos dragando la poza. Hay aguas muy profundas bajo la roca, pero lo más probable es que el cuerpo haya sido arrastrado mar adentro. Claramente no hay pruebas contra estas personas, aparte de la suya. Las cartas podrían, desde luego, haber sido falsificadas, pero usted asegura que la letra es de la señora Meredith.

Jack asintió.

Caminaban por el sendero hacia el coche de espera de los oficiales cuando Jack preguntó:

—¿Puedo ver esa carta otra vez?

El detective la sacó de su cartera y Jack se detuvo para examinarla.

—Sí, es su letra —dijo, y de pronto exclamó—. ¿Ve eso?

Señaló ansiosamente dos pequeñas marcas delante de las palabras «Querido amigo».

—Comillas —dijo el detective, desconcertado—. ¿Por qué escribiría eso?

—¡Ya lo tengo! —dijo Jack—. ¡La historia! Mademoiselle Briggerland me dijo que estaba escribiendo una historia y recuerdo que dijo que le dolía la mano de tanto escribir. Suponga que le dictó una parte de la historia a la señora Meredith, y suponga que en esa historia aparecía esta carta: Lydia habría puesto las comillas mecánicamente.

El detective tomó la carta de sus manos.

—Es posible —dijo—. La escritura es muy uniforme; no muestra signos de agitación y, naturalmente, las iniciales del personaje podrían ser «L. M.». Es una hipótesis ingeniosa y no del todo improbable, pero si esto fuera parte de la historia tendría que haber más hojas. ¿Quiere que registre la casa?

Jack negó con la cabeza.

—Es demasiado lista para tenerlas aquí —dijo—. Lo más probable es que las haya quemado.

—¿Qué fuego? —preguntó secamente el detective—. Estas casas no tienen chimeneas; tienen calefacción central... a menos que fuera a la cocina.

—Y no lo haría —dijo Jack pensativo—. No, las quemaría en el jardín.

El detective asintió y regresaron a la casa.

Jean, que conversaba en voz baja con su padre, los vio reaparecer y los observó mientras caminaban lentamente por el césped hacia los árboles, con los ojos fijos en el suelo.

—¿Qué están buscando? —preguntó frunciendo el ceño.

—Iré a ver —dijo Briggerland, pero ella le sujetó el brazo.

—¿Cree que se lo dirán? —preguntó sarcásticamente.

Corrió a su habitación y los observó desde detrás de una cortina. Poco después desaparecieron al otro lado de la casa y ella fue al cuarto de Lydia para seguir vigilándolos desde allí. De repente vio al detective inclinarse y recoger algo del suelo, y apretó los dientes.

—La historia quemada —dijo—. Jamás imaginé que buscarían eso.

Solo encontraron un fragmento, pero estaba escrito con la letra de Lydia y la marca del lápiz era claramente visible entre las cenizas carbonizadas.

—«Laura Martin» —leyó el detective—. «L. M.», y aquí están las palabras «trágico» y «remordimiento».

Del resto de los fragmentos quemados no obtuvieron nada importante. Jean los observó desaparecer por la avenida y bajó junto a su padre.

—Tuve un susto —dijo

—Parece que todavía lo conservas —dijo él. La observó con agudeza.

Ella negó con la cabeza.

—Padre, debes entender que esta aventura puede terminar de forma desastrosa. Hay noventa y nueve probabilidades contra que se sepa la verdad, pero es esa última probabilidad la que me preocupa. Deberíamos haber resuelto lo de Lydia de forma más silenciosa, más natural. Hubo demasiado melodrama y tiroteos, pero no veo cómo podríamos haber hecho otra cosa; Mordon era muy pesado.

—¿De dónde salió Glover? —preguntó el señor Briggerland.

—Ha estado aquí todo el tiempo —dijo la joven.

—¿Qué?

Ella asintió.

—Él era el viejo Jaggs. Tuve la idea de que lo era, pero me convencí cuando recordé que se había alojado en el apartamento de Lydia.

Él dejó su taza de té y se secó los labios con un pañuelo de seda.

—Ojalá este asunto hubiera terminado —dijo con irritación—. Parece que vamos a tener problemas.

—Por supuesto que los tendremos —dijo ella con frialdad—. No esperarías conseguir una fortuna de seiscientas mil libras sin problemas, ¿o sí? Me atrevería a decir que seremos sospechosos. Pero hace falta mucha sospecha para preocuparme. Pronto estaremos en aguas tranquilas, por el resto de nuestras vidas.

—Eso espero —dijo él sin mucha convicción.

La señora Cole-Mortimer estaba postrada en cama, y Jean no tenía paciencia para ir a verla.

Ella misma ordenó la cena, y apenas habían terminado cuando llegó una visita: el señor Marcus Stepney.

Era inusual que Marcus apareciera a la hora de cenar sin vestir de etiqueta, y ella notó el hecho con extrañeza.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Jean? —preguntó él.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó el señor Briggerland con brusquedad—. ¿No hemos tenido suficientes misterios ya?

Marcus lo miró con desprecio.

—Tendremos otro más, si no le importa —dijo de mala manera, y la joven, con todos sus sentidos alerta, tomó un chal y salió al jardín, con Marcus siguiéndola de cerca.

Pasaron diez minutos y no regresaron, transcurrió un cuarto de hora y el señor Briggerland empezó a inquietarse. Se levantó de su silla, dejó el libro y estaba a mitad de camino por la sala cuando se abrió la puerta y entró Jack Glover, seguido por el detective.

Fue el francés quien habló.

—*M'sieur* Briggerland, tengo una orden del Prefecto de los Alpes Marítimos para su detención.

—¿Mi detención? —balbuceó el hombre de piel oscura, con los dientes castañeando—. ¿Cuál… cuál es el cargo?

—El asesinato premeditado de François Mordon —dijo el oficial.

—Mientes, mientes —gritó Briggerland—. No tengo conocimiento de ningún… —sus palabras se hundieron en un gorgoteo gutural, y se quedó mirando más allá del detective. Lydia Meredith estaba de pie en el umbral.

Capítulo 39

La mañana para el señor Stepney había sido doblemente decepcionante; una y otra vez sacaba el sedal vacío y, al final, arrojó los aparejos de pesca al fondo de la lancha.

—Ni los malditos peces muerden —dijo, y el humor de su comentario lo animó. Estaba a diez millas de la costa, y el litoral azul era una línea borrosa e irregular en el horizonte. Sacó una gran canasta de picnic de la cabina y la miró con desagrado. Le había costado doscientos francos. Abrió la canasta y, al ver el contenido, se inclinó a reconsiderar su opinión inicial de que había tirado su dinero, más aún porque el maître había incluido con total consideración dos botellas grandes de champaña.

El señor Marcus Stepney comió en abundancia y, para cuando arrojó una botella vacía al mar, ya estaba dispuesto a ver la vida con más optimismo. Tiró los restos del almuerzo al agua, empujó la canasta debajo de uno de los asientos de la cabina, levó el ancla y encendió los motores.

El cielo tenía un azul más brillante y el mar un destello más hermoso, y se sintió inclinado a tener una opinión de Jean Briggerland incluso más generosa que cualquiera de las anteriores.

—Pequeña diabla —sonrió con nostalgia mientras murmuraba las palabras.

Abrió la segunda botella de champaña en su honor —el señor Marcus Stepney solía ser un hombre abstemio— y brindó solemnemente, aunque no con mucha sobriedad, por la salud y la felicidad de ella. A medida que el sol calentaba más, empezó a sentir un sueño inexplicable. Estaba lo bastante sobrio como para saber que quedarse dormido en medio del océano era buscarse problemas, así que enfiló la proa del Jungle Queen hacia la playa más cercana, con la esperanza de encontrar un lugar donde desembarcar.

Encontró algo mejor mientras bordeaba la costa. El mar y el clima habían excavado una gran cavidad bajo un acantilado alto, un hueco

justo del tamaño necesario para albergar al Jungle Queen y lo bastante profundo y tranquilo como para garantizar un anclaje seguro. Una barrera de rocas se interponía entre el oleaje y esta fosa profunda que las olas habían labrado en el fondo rocoso del océano. Al soltar el ancla, perturbó a un cardumen, y sus instintos de pescador despertaron de nuevo. Soltó el sedal por la borda, se acomodó en una de las dos grandes sillas de mimbre y se quedó dormitando plácidamente…

El sonido de un disparo lo despertó. A este le siguió otro, y un tercero. Casi de inmediato, algo cayó desde el acantilado e impactó en el agua con un enorme estruendo.

Marcus se espabiló por completo y casi se le pasó la borrachera. Miró hacia las profundidades cristalinas y vio la silueta de una mujer dando vueltas y más vueltas. Luego, mientras flotaba hacia arriba, quedó de espaldas y él le vio el rostro. Sin vacilar un instante, se zambulló en el agua.

Habría sido más sensato si hubiera esperado a que ella flotara a la superficie, porque ahora se le dificultaba volver al bote. Después de muchos esfuerzos, logró alcanzar la lancha y sacar una cuerda, la cual ató alrededor de la cintura de la joven y aseguró con fuerza a un pequeño puntal. Luego subió él mismo a la embarcación y la subió a ella.

Al principio pensó que estaba muerta, pero al escuchar con atención oyó los latidos de su corazón, así que buscó en la canasta de picnic una pequeña petaca de licores que Alphonse, el jefe de meseros, había empacado. Le acercó la botella a los labios y le vertió una pequeña cantidad en la boca. Ella se atragantó con convulsiones y, al poco tiempo, abrió los ojos.

—Estás entre amigos —dijo Marcus de manera innecesaria.

Ella se incorporó y se cubrió el rostro con las manos. Todo volvió a su mente en un destello, y el horror de la situación le heló la sangre.

—¿Qué te pasó? —preguntó Marcus.

—No lo sé con exactitud —dijo ella con voz débil. Y luego—: ¡Oh, fue espantoso, espantoso!

Marcus Stepney le ofreció la petaca de licores y, cuando ella negó con la cabeza, él se sirvió una porción generosa.

Lydia sentía un dolor en el hombro izquierdo. La manga estaba rota y, en la parte más ancha del brazo, tenía un verdugón horrible y vivo.

—A mí me parece la marca de una bala —dijo Marcus Stepney, poniéndose serio de repente—. Oí un disparo. ¿Alguien te disparó?

Ella asintió.

—¿Quién?

Ella intentó articular la palabra, pero no le salió ningún sonido, y luego rompió en un llanto inconsolable.

—¿Jean no fue? —preguntó él con voz ronca.

Ella negó con la cabeza.

—¿Briggerland?

Ella asintió.

—¡Briggerland! —El señor Stepney soltó un silbido y, al hacerlo, se estremeció—. Salgamos de aquí —dijo—. Nos vamos a morir de frío. El sol nos calentará.

Puso en marcha los motores y navegó con cuidado por el estrecho paso hacia el mar abierto. Tuvo que alejarse bastante antes de poder ver la carretera; entonces vio el auto y a un policía en bicicleta que se bajaba y se inclinaba sobre algo. Guardó su catalejo y se volvió hacia la joven.

—Esto está mal, señora Meredith —dijo—. Gracias a Dios yo no estuve involucrado.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella.

—Te llevo a mar abierto —dijo Marcus con una leve sonrisa—. No te asustes, señora Meredith. Quiero escuchar tu historia y, si se parece en algo a lo que temo, entonces será mejor para ti que Briggerland piense que estás muerta.

Ella le contó la historia hasta donde sabía y él la escuchó, sin interrumpirla, hasta que terminó.

—Mordon está muerto, ¿eh? Eso está mal. Pero, ¿cómo demonios van a explicarlo? Supongo —dijo con una sonrisa— que no escribiste una carta diciendo que te ibas a escapar con el chofer, ¿verdad?

Ella se incorporó al oír esto.

—Sí escribí una carta —dijo despacio—. No era una carta real, era parte de una historia que Jean me estaba dictando.

Cerró los ojos.

—Qué horror —dijo—. No puedo creerlo ni siquiera ahora.

—Cuéntame de esa historia —dijo el hombre con rapidez.

—Era una historia que estaba escribiendo para una revista de Londres; le dolía la muñeca y yo la anoté mientras ella me dictaba. Eran solo unas tres páginas, pero una de las páginas era una carta supuestamente escrita por la heroína que decía que se marchaba porque amaba a alguien de una clase social inferior a la de ella.

—¡Dios mío! —dijo Marcus, verdaderamente conmocionado—. ¿Jean hizo eso?

Parecía completamente abrumador darse cuenta de lo que había hecho Jean Briggerland, y no volvió a hablar en mucho tiempo.

—Me alegra saberlo —dijo al fin.

—¿De verdad crees que todo este tiempo ha estado intentando

matarme?

Él asintió.

—Nos ha usado a todos, incluso a mí —dijo con amargura—. No quiero que pienses mal de mí, señora Meredith, pero te voy a decir la verdad. Hoy había abastecido este pequeño yate para un viaje de mil doscientas millas, y tú ibas a ser mi compañera.

—¿Yo? —dijo ella con incredulidad.

—Fue idea de Jean, en realidad, aunque creo que debió cambiar de parecer o pensó que yo me había olvidado de todo lo que sugirió. Tenía la intención de llevarte a mar abierto y mantenerte allí hasta que aceptaras… —Negó con la cabeza—. No creo que hubiera podido hacerlo realmente —dijo, hablando casi para sí mismo—. La verdad es que no sirvo para conspirador. Nada de ese estilo rudo me ha atraído jamás. Bueno, de todos modos no lo intenté.

—No, señor Stepney —dijo ella con calma—, y no creo que lo hubieras logrado si lo hubieras intentado.

Él estaba en su momento de mayor franqueza, y más tarde la sorprendió cuando le habló de su profesión, sin intentar justificarse ni restar importancia al método con el que se ganaba la vida.

—Estaba en una situación bastante difícil y pensé que vendría dinero fácil, y eso me tentó bastante —dijo—. Sé que vas a pensar que soy un patán despreciable, pero en realidad ninguna mala opinión que tengas de mí será exagerada.

Contempló la costa. Frente a ellos, la lengua verde de Cap Martin sobresalía en el mar.

—Creo que te llevaré a Niza —dijo—. Allí llamaremos menos la atención y probablemente podré ponerme en contacto con tu viejo amigo, el señor Jaggs. ¿No tienes idea de dónde puedo encontrarlo? En cualquier caso, puedo ir a Villa Casa y descubrir qué clase de cuento están contando.

—Y probablemente podré secar mi ropa —dijo ella con una pequeña mueca—. Me pregunto si sabes lo incómoda que me siento.

—Bastante bien —dijo él con calma—. Cada vez que me muevo, me corre un nuevo chorro de agua por la espalda.

Eran las tres y media de la tarde cuando llegaron a Niza; Marcus se aseguró de que la joven entrara a salvo en un hotel, se cambió de ropa y llevó el yate de vuelta a Mónaco, donde Briggerland lo había visto.

Durante dos horas, Marcus Stepney luchó contra el amor que sentía por una joven que evidentemente era una asesina, y al final el amor ganó. Cuando cayó la noche, abasteció el Jungle Queen, lo llenó de gasolina y, dirigiéndose a mar abierto, llegó a la ensenada para nadar de Cap Martin. Fue hacia ese bote a donde Jean corrió a refugiarse.

—¿Qué hay de mi padre? —preguntó ella al subir a bordo.

—Creo que lo atraparon —dijo Marcus.

—Odiará la prisión —dijo la joven con autosuficiencia—. ¡Date prisa, Marcus, a mí también me daría horror estar ahí!

Capítulo 40

Lydia se instaló en un hotel tranquilo en Niza y la señora Cole-Mortimer accedió a quedarse y ser su chaperona.

Aunque no había sentido los efectos de su aterradora experiencia durante el primer día, se encontró con los nervios destrozados al despertar por la mañana, y sabiamente decidió quedarse en la cama.

Jack, que había previsto la recaída, llamó a un médico, pero Lydia se negó a verlo. Al día siguiente, recibió al abogado.

Solo le había esbozado brevemente el papel que Marcus Stepney había desempeñado en su rescate, pero había dicho lo suficiente como para que Jack pasara por el hotel de Stepney a agradecerle en persona. Sin embargo, el señor Stepney no estaba en casa; no había llegado en toda la noche, pero su discreto informante no le ofreció este dato de manera voluntaria. Tampoco se notó la desaparición del *Jungle Queen* hasta dos días después. Fue la señora Cole-Mortimer quien, al ajustar sus cuentas con Jack, mencionó el "yate".

—El *Jungle Queen* —dijo Jack—, es la lancha de motor, ¿no? La he visto atracada en el puerto. Pensaba que era propiedad de Stepney.

Con las sospechas despiertas, volvió a presentarse en el hotel de Stepney, y esta vez su indagación estuvo respaldada por la presencia de un detective. Entonces se dio a conocer que el señor Stepney no había sido visto desde la noche del arresto de Briggerland.

—Ahí es a donde han ido. Creo que a Stepney le gustaba mucho la chica —dijo Jack.

El detective estaba molesto.

—Si lo hubiera sabido antes, podríamos haberlos interceptado. Tenemos varios destructores en el puerto de Villefranche. Ahora me temo que es demasiado tarde.

—¿Hacia dónde se dirigirían? —preguntó Jack.

El oficial se encogió de hombros.

—Dios sabe —dijo—. Podrían entrar en Italia o en España, posiblemente en Barcelona. Telegrafiaré al Jefe de Policía de allá.

Pero la policía de Barcelona no tenía ninguna información que dar. El *Jungle Queen* no había sido avistado. El clima era tranquilo, el mar estaba en calma y todo era favorable para la huida.

Las investigaciones revelaron que el señor Stepney había comprado grandes cantidades de gasolina unos días antes de su partida, y había aumentado sus reservas la tarde en que se fue. También había comprado provisiones en cantidades considerables.

El asesinato tenía ya una semana de haber ocurrido, y el señor Briggerland se había sometido a su interrogatorio preliminar, cuando llegó un telegrama de la policía española informando que una lancha de motor que respondía a la descripción del *Jungle Queen* había hecho escala en Málaga, se había abastecido de provisiones, había repostado y se había hecho a la mar de nuevo, antes de que las autoridades policiales, que tenían una descripción de la pareja, tuvieran tiempo de investigar.

—Pensarás que tengo la mente enferma —dijo Lydia—, pero espero que logre escapar.

Jack rio.

—Si hubieras estado con ella mucho más tiempo, Lydia, te habría convertido en una criminal de primera clase —dijo él—. Espero que no olvides que ella tiene exactamente cien mil libras tuyas; en otras palabras, una sexta parte de tu fortuna.

Lydia negó con la cabeza.

—Ese es un pensamiento casi reconfortante —dijo ella—. Sé que es lo que es, Jack, pero su mayor crimen es haber nacido seiscientos años demasiado tarde. Si hubiera vivido en la época del Renacimiento italiano, habría hecho historia.

—Tu compasión es inmoral —dijo Jack—. Por cierto, Briggerland ha sido entregado a las autoridades italianas. El crimen se cometió en territorio italiano y eso salva a su cabeza de caer en la cesta.

Ella se estremeció.

—¿Qué le harán?

—Lo encarcelarán de por vida —fue la respuesta—, y la verdad creo que eso es un poco peor que la guillotina. Dices que te preocupas por Jean; yo siento un poco de pena por el viejo Briggerland. Si no hubiera intentado estar a la altura de su hija, podría haber sido un miembro de lo más respetable para la sociedad.

Paseaban por las pintorescas y estrechas calles de Grasse, y Jack, que conocía y amaba la ciudad, le estaba mostrando lugares que le hicieron olvidar siquiera que la Fábrica de Perfumes, la meca del turista promedio, existiera.

—Supongo que ahora tendré que sentar cabeza —dijo ella con una expresión de disgusto.

—Supongo que sí —dijo Jack—, y también tendrás que saldar cuentas; tus gastos legales son algo atroces.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, deteniendo su marcha y mirándolo con seriedad.

—Hablo como tu abogado mercenario —dijo Jack.

—Estás intentando poner tus servicios en otro nivel —lo corrigió—. Te debo todo lo que tengo. Mi fortuna es lo de menos. Te debo mi vida tres veces.

—Cuatro —corrigió él—, y a Marcus Stepney una.

—¿Por qué has hecho tanto por mí? ¿Estabas interesado? —preguntó ella tras una pausa.

—Mucho —respondió él—. Me interesé en ti desde el momento en que te vi bajar del taxi del señor Mordon hacia el lodo, pero me interesaste especialmente…

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—Cuando me sentaba afuera de tu puerta noche tras noche y descubrí que no roncabas —dijo sin pudor, y ella se ruborizó.

—Espero que nunca te refieras a tus aventuras como el viejo Jaggs. Fue muy…

—¿Qué?

—Iba a decir horrible, pero no estaría diciendo la verdad —admitió con franqueza—. Me gustó tenerte allí. La pobre señora Morgan estará desconsolada cuando descubra que hemos perdido a nuestro inquilino.

Entraron al frescor de la antigua catedral y se sentaron.

—Hay algo muy reconfortante en una iglesia, ¿verdad? —susurró él—. Mira ese vitral tan precioso. Si alguna vez fuera lo bastante rico como para casarme con la mujer que amo, me casaría en una catedral como esta, llena de tumbas antiguas, estatuas y vitrales.

—¿Qué tan rico tendrías que ser? —preguntó ella.

—Tan rico como ella.

Ella se inclinó hacia él, con los labios rozándole la oreja.

—Dime cuánto dinero tienes —susurró—, y regalaré todo lo que yo tenga que exceda esa cantidad.

Él le tomó la mano y la sostuvo con fuerza, y se quedaron allí sentados ante el altar de Santa Catalina hasta que el sol se ocultó y la anciana que hacía de cuidadora de la catedral, con mirada de desaprobación, les dio unos toquecitos en el hombro.

Capítulo 41

—Ese es Gibraltar —dijo Marcus Stepney, señalando hacia adelante una silueta gris que se asomaba en el mar.

Estaba sin afeitar, pues había olvidado traer su navaja, y estaba aterido de frío. Llevaba el abrigo subido hasta las orejas, a pesar de lo cual temblaba.

Jean no parecía afectada por el repentino cambio de temperatura. Estaba sentada en la parte superior de la cabina, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y el codo sobre la rodilla cruzada.

—¿No vas a entrar en Gibraltar? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Creo que no —dijo—, ni a Algeciras. ¿Viste a ese tipo en el muelle gritando que la embarcación regresara después de que salimos de Málaga? Fue una mala señal. Supongo que la policía tiene instrucciones de detener este bote, y la mayoría de los puertos deben de haber sido notificados.

—¿Cuánto tiempo podemos seguir huyendo?

—Tenemos gasolina y provisiones suficientes para llegar a Dacca —dijo —. Es más o menos un viaje de ocho días.

—¿En la costa africana?

Él asintió, aunque ella no podía verlo.

—¿Dónde podríamos conseguir un barco que nos lleve a Sudamérica? —preguntó ella, dándose la vuelta.

—Lisboa —dijo pensativo—. Sí, podríamos llegar a Lisboa, pero hay demasiados vapores por ahí y es seguro que nos verán. Podríamos cruzar hasta Las Palmas, la mayoría de los barcos sudamericanos hacen escala allí, pero si yo fuera tú me quedaría en Europa. Ven y toma este timón, Jean.

Ella obedeció sin chistar, y él continuó el trabajo que había sido interrumpido por una comida tardía: pintar el casco del bote, una tarea difícil que implicaba acrobacias, ya que le exigía asomarse por la borda. Había comprado la pintura gris en Málaga y, por suerte, no había mucha superficie que requiriera atención. El rechoncho mástil del *Jungle Queen* ya había caído al agua; lo había aserrado con gran esfuerzo el día después de partir de Cap Martin.

Lo observó con mirada especulativa mientras trabajaba, y pensó que nunca había lucido tan poco atractivo como ahora, con una barba de ocho días, y su camisa manchada de pintura y gasolina. Sus manos estaban mugrientas y nadie habría reconocido en este espantapájaros al elegante habitual de aquellos destinos de moda que frecuenta la alta sociedad.

Sin embargo, ella tenía razones para estarle agradecida. Su conducta hacia ella había sido irreprochable. No se había pronunciado ni una sola palabra de amor ni, hasta ahora, se habían discutido sus planes futuros, a pesar de que los afectaba a ambos.

—Supongamos que llegamos a Sudamérica a salvo —preguntó—. ¿Qué pasa entonces, Marcus?

Él volteó a verla desde su trabajo, sorprendido.

—Nos casaremos —dijo tranquilamente, y ella se rio.

—¿Y qué pasa con la actual señora Stepney?

—Se ha divorciado de mí —dijo Stepney de forma inesperada—. Recibí los papeles el día que nos fuimos.

—Ya veo —dijo Jean en voz baja—. Nos casaremos… —luego se detuvo.

Él la miró y frunció el ceño.

—¿No es esa tu idea también? —preguntó.

—¿Casarnos? Sí, esa también es mi idea. Parece una forma extraña y poco interesante de terminar las cosas, ¿no crees? Y, sin embargo, supongo que no lo es.

Él había retomado su trabajo y estaba muy inclinado sobre la proa, concentrado en su labor. De repente, ella giró el timón y la lancha se escoró hacia estribor. Por un segundo pareció que Marcus Stepney no podría mantener el equilibrio frente a ese impulso inesperado, pero mediante un esfuerzo sobrehumano se impulsó hacia atrás para ponerse a salvo, y la miró fijamente, con el rostro pálido.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó con voz ronca—. Casi me tiras por la borda.

—Había una marsopa en la superficie del mar, dormida, creo —dijo con calma—. Lo siento mucho, Marcus, pero no sabía que eso te haría perder el equilibrio.

Él miró a su alrededor buscando al pez dormido, pero había desaparecido.

—Tú me dijiste que los evitara, ¿sabes? —dijo a modo de disculpa—. ¿De verdad te puse en peligro?

Se humedeció los labios secos, tomó el bote de pintura y lo arrojó al mar.

—Dejaremos esto —dijo—, hasta que desembarquemos. Me diste un buen susto, Jean.

—Lo lamento muchísimo. Ven aquí y siéntate a mi lado.

Ella se hizo a un lado para hacerle espacio, y él se sentó a su lado, quitándole el timón de las manos.

En el horizonte, las tierras altas del norte de África mostraban sus contornos en forma de dientes de sierra.

—Eso es Marruecos —le señaló—. Propongo mantenernos bien alejados de Gibraltar y seguir la línea costera hasta Tánger.

—Tánger no sería un mal lugar para desembarcar si no fuéramos dos —continuó—. Es el hecho de estar juntos en este yate lo que probablemente cause sospechas. Tú podrías fingir fácilmente que llegaste desde Gibraltar, y las autoridades portuarias allí son bastante negligentes.

—O si pudiéramos desembarcar en la costa —sugirió—. Hay un buen lugar de desembarco, podríamos seguir por la playa y aparecer en Tánger por la mañana; todo tipo de rarezas aparecen en Tánger sin levantar sospechas.

Ella miraba el mar con una expresión extraña en el rostro.

—¡Marruecos! —dijo suavemente—. Marruecos… ¡no había pensado en eso!

Poco después se llevaron un susto. Una silueta gris apareció corriendo desde el oscurecido este, y Stepney giró el timón mientras el destructor pasaba a toda máquina de camino a Gibraltar.

Observó cómo desaparecía la luz de popa, luego el barco giró de repente y les presentó el costado.

—Nos están buscando —dijo Marcus.

La oscuridad había caído, y él se dirigió directamente hacia el este.

No cabía duda de que el destructor estaba en una misión de rastreo. Un haz de luz blanca salió disparado desde sus cubiertas y comenzó a tantear el mar. Y luego, cuando creyeron que no los había detectado, cayó sobre el bote y se mantuvo. Un segundo después los perdió y comenzó a buscar de nuevo. Poco después iluminó la pequeña embarcación, e hizo algo más: reveló un espesamiento de la atmósfera. Estaban entrando en una niebla marina, una de esas finas nieblas blancas que caen sobre el Mediterráneo en los días sin viento. El resplandor cegador del reflector se desdibujó.

—¡Bang!

—Ese es el disparo de advertencia para que nos detengamos —dijo Marcus entre dientes.

Giró la proa del bote hacia el sur, una maniobra arriesgada, pues entró en aguas despejadas, y acababa de regresar al refugio del providencial banco de niebla cuando el haz blanco se deslizó sigilosamente por el borde de la bruma. Poco después se desvaneció y no volvieron a verlo.

—Nos están buscando —volvió a decir Marcus.

—Ya dijiste eso —dijo la joven con calma.

—Probablemente les hayan avisado en Tánger. No nos atrevemos a llevar el bote a la bahía —dijo Stepney, que ya tenía los nervios a flor de piel.

Volvió a girar hacia el oeste, acercándose a la rocosa costa del norte de África. Vieron pequeños grupos de luces en la orilla, y él trató de recordar qué pueblos eran.

—Creo que ese grande es Cutra, la prisión española —dijo.

Redujo la velocidad del bote, y avanzaron con cautela por la línea costera, hasta que el destello de un faro les dio una idea de su posición.

—Cabo Espartel —identificó la luz—. Podemos desembarcar muy pronto. Estuve en Marruecos tres meses y, si mal no recuerdo, se puede caminar bien por la playa hasta Tánger.

Ella entró en la cabina y se cambió, y justo cuando la proa del *Jungle Queen* se deslizó suavemente por la playa de arena, estuvo lista.

Él la llevó a tierra en brazos y la bajó; luego empujó la proa del bote y lo maniobró para que la popa quedara contra la playa, descansando en un metro de agua. Saltó a bordo, amarró el timón y encendió los motores; luego, vadeando de regreso a la orilla, se quedó mirando hacia la oscuridad mientras el pequeño *Jungle Queen* se adentraba en el mar.

—Se acabó —dijo con severidad—. Ahora, querida mía, tenemos una caminata de diez millas por delante.

Pero había hecho un ligero error de cálculo. La distancia entre él y Tánger era de veinticinco millas, e implicaba varios desvíos tierra adentro hacia un territorio que estaba totalmente deshabitado, salvo porque en ese momento albergaba el campamento de Muley Hafiz, quien estaba inmerso en negociaciones con el gobierno español para una de esas «paces permanentes» que frecuentemente duran años.

Muley Hafiz estaba sentado bebiendo su café a la medianoche, escuchando las melodías de un gramófono adornado que se encontraba en un rincón de su tienda cuadrada.

Una voz al exterior de los pliegues de seda de su tienda lo saludó, y él detuvo la máquina.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Señor, hemos capturado a un hombre y una mujer caminando junto al mar.

—Son rifeños; déjenlos ir —dijo Muley en árabe—. Estamos haciendo la paz, amigo mío, no la guerra.

—Señor, estos son infieles; creo que son ingleses.

Muley Hafiz se retorció su pulcra y pequeña barba.

—Tráiganlos —dijo.

Así fueron llevados a su presencia un hombre desaliñado y una joven; al ver el rostro de ella, se quedó sin aliento.

—Mi pequeña amiga de la Riviera —dijo maravillado, y la sonrisa que ella le dedicó fue como un rayo de sol para su corazón.

Él se puso de pie, un hombre de figura magnífica, y ella lo miró con admiración.

—Lamento si mis hombres los han asustado —dijo—. No tiene nada que temer, *madame*. Enviaré a mis soldados para que los escolten hasta Tánger.

Y luego frunció el ceño.

—¿De dónde venían?

Ella no pudo mentir bajo la mirada firme de aquellos ojos líquidos.

—Desembarcamos en la costa desde un bote. Nos perdimos —dijo.

Él asintió.

—Tú debes ser a quien están buscando —dijo—. Uno de mis espías vino desde Tánger esta noche y me dijo que la policía española y la francesa estaban esperando para arrestar a una dama que había cometido algún delito en Francia. No puedo creer que seas tú; o si lo eres, entonces diría que el crimen fue perdonable.

Él miró a Marcus.

—O tal vez —dijo lentamente—, es a su acompañante a quien buscan.

Jean negó con la cabeza.

—No, no lo buscan a él —dijo—, es a mí a quien buscan.

Él señaló un cojín.

—Siéntense —dijo, y siguió su propio ejemplo.

Solo Marcus se quedó de pie, preguntándose cómo se desarrollaría esta extraña situación.

—¿Pero qué harás? Si entras en Tánger, temo que no podré protegerte; pero hay una ciudad en las colinas —hizo un gesto con la mano—, muy lejos de aquí, una ciudad donde las colinas son verdes, mademoiselle, y donde hermosos manantiales brotan de la tierra, y allí soy señor.

Ella respiró profundamente.

—Iré a la ciudad de las colinas —dijo suavemente—, y en cuanto a este hombre —se encogió de hombros—, no me importa lo que le ocurra —añadió con una sonrisa divertida, mirando al pálido Marcus.

—Entonces irá solo a Tánger.

Pero Marcus Stepney no fue solo. Durante las últimas dos millas del viaje había llevado una bolsa que contenía la mayor parte de los cinco millones de francos que la muchacha había sacado del barco. Jean no recordó eso hasta que ya iba camino a la ciudad de las colinas, y para entonces el dinero ya había dejado de interesarle.